3 1761 04944636 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

3

Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

(NUEVA EDICIÓN)

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS.
II.—POEMAS.
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS.
IV.—EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO.
V.—ALMAS QUE PASAN.
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA.
VIII.—JUANA DE ASBAJE.
IX.—ELLOS.
X.—MIS FILOSOFIAS.
XI.—SERENIDAD.
XII.—LA AMADA INMOVIL.
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO.
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA.
XV.—ELEVACION.
XVI.—LOS BALCONES.
XVII.—PLENITUD.
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL.
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS.
XXI.—ALGUNOS.
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA (Primera parte).
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte).
XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA.
XXV.—CRONICAS.
XXVI.—ENSAYOS.
XXVII.—EL ARQUERO DIVINO.
XXVIII.—CONFERENCIAS.—DISCURSOS.—MISCELANEA.
XXIX.—LA ULTIMA VANIDAD.

PRECIO DE CADA TOMO

EN RÚSTICA: CINCO PESETAS. EN TELA: SIETE PESETAS

(DE CADA TOMO SE HA HECHO UNA TIRADA DE CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS.—PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 35 PESETAS).

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

S
14566

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO ~ Volumen XXIV

EN TORNO A LA GUERRA

357793
28. 11. 38.

BIBLIOTECA NUEVA ~ MADRID ~

ES PROPIEDAD DE LOS
HEREDEROS DEL AUTOR

EJEMPLAR N.º 0798

LIBRARY
JUN 1 7 1973
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6291
N5A1325
1928
v.24

PAX

Esta guerra fué preparada—por quienes tuvieron la horrible voluntad de prepararla—contra la voluntad de las madres; se hace contra la voluntad de las madres y acabará por la voluntad de las madres, en la cual se manifiesta más límpida que en ninguna otra determinación la voluntad de Dios.

Más aún: la paz universal, la paz definitiva, LA MAJESTAD DE LA PAZ EUROPEA, por la cual luchan los aliados, ¡no se cimentará en el mundo sino por la voluntad de las madres!

O CON EL ESCUDO O SOBRE EL ESCUDO, decían fieramente las madres espartanas a sus hijos, y sus hijos llegaron, merced no sólo a estas palabras de diamante, sino a la educación austera, a la discipli-

na glacial de las cuales eran expresión, a ser esos héroes fríos como el destino de que nos habla la historia, y cuyo prototipo fué Leónidas el rey.

Para producirse la conflagración actual, también se necesitaron ciertas palabras mágicas, zarathustrianas, y fué preciso que determinadas ideas, que tales y cuales fórmulas ideológicas, duras y resplandecientes como el platino, empezasen a propinarse a los niños y a los adolescentes sajones, en el propio hogar, poniéndoselas en los bordes de la copa misma del vivir...

Mas cuando ilumine el mundo la gigantesca llamarada de la VERDAD, cuando los que hayan sido culpables (el Destino sabrá reconocerlos) se detengan al borde trágico del océano de sangre, espantados de su obra, las madres, ya convencidas, antes que ellos, del inmenso crimen inútil contra la Especie, crimen que se cometió muy especialmente contra ellas, guardianas del ser, resolverán con el supremo instinto que las guía, aniquilar todo germen de guerra en lo porvenir. Y en vano vendrán entonces los doctrinarios; en vano declamarán los oradores de violencia, los tribunos rojos; y en vano los filósofos truculentos intentarán desviar de nuevo el espíritu de los pueblos: las madres estarán allí para impedirlo, y lo impedirán.

En su propio seno, antes de nacer, el embrión expresará ya con sus palpitaciones vitales: ¡PAZ!

En la tibia leche de sus pechos irá ya la mansedumbre a la boca del recién nacido.

Y después, en el augusto aprendizaje de los regazos, los balbucientes labios, apenas abiertos, dirán el monosílabo celeste: ¡PAZ!

❀

No es cerrando las puertas de la Vida a los hijos como se acabará la guerra, ¡oh mujeres americanas que cantáis la consabida canción!

¡Oh Francia, tú sabrás por tu parte ser multípara a fin de que tu raza admirable siga llevando la antorcha que nos alumbre el camino!...

Mas cada hijo tuyo aprenderá su lección: SÉ FUERTE PARA TENER EL DERECHO DE SER PACÍFICO.

«Seamos numerosos—dirá el genio de tu raza—para seguir oponiendo a toda veleidad de invasión, venga de donde viniere, estos pechos, que en Verdun han comprobado que la fe es más resistente que todas las corazas y que ante la Voluntad estalla en vano la furia espantosa de los explosivos modernos y abren en vano en las tinieblas las granadas de lidita sus diabólicas flores de luz...»

«¡Seamos fuertes; seamos formidables y estemos en paz!»

❀

Madres (todas sois santas, pues que sois madres) las de éste y las del otro lado del Río: madres rubias del otro lado del Río, sin vosotras no habría habido guerra.

Si vosotras lo queréis, ya nunca más la habrá, ¡aunque todos los príncipes se confabulen!

En vez del nombre del padre, enseñad a vuestros hijos a decir: ¡PAZ!

Preformad a vuestros hijos en vuestro seno, con este intento sagrado, en este molde espiritual del ¡AMOR!

¡Que cuando nazca esté todo saturado de paz!

Ya podrá después aullar Thor, el hijo de Odin, en los bosques de abetos y de pinos...

El corazón de vuestros hijos, ¡oh madres del otro lado del Río!, a los golpes del martillo del dios que forja las armas, responderá sólo: ¡PAZ! ¡PAZ!

Madres de este lado del Río, maravillosas madres belgas y francesas, dulces y heroicas al propio tiempo: vosotras no lo habéis querido. Vosotras dísteis con resignación sublime vuestros hijos para la defensa de la tierra invadida. Vuestro corazón sangra herido por siete puñales: SOIS MUY GRANDES.

El porvenir reserva para vuestros hijos y para los hijos de vuestros hijos un milagroso reinado de LUZ y de PAZ!

ANTE LA CATÁSTROFE

Octubre, 914.

Dingo, el perro australiano de la novela de Octave Mirbeau, siente cierto desdén por su congénere de Europa, el can doméstico, y una gran simpatía por el gato.

El perro es sentimental; tiene escrúpulos y no se resuelve a matar porque sí, a saborear ese placer embriagador de la sangre.

En cambio, cierta gata, amiga de *Dingo*, lo acompaña a cazar y afila con él todas sus crueldades.

El perro está degenerado por la civilización, como ciertos hombres piadosos de ahora. El estado natural de la humanidad es la guerra, y una vez que usted tiene sobre la cabeza un kepis o un casco puntiagudo, puede perfectamente echar al cesto de los desperdicios todos esos conceptos hueros

e inútiles de «derecho», «justicia», «propiedad», «respeto al sexo débil», etc., etc., etc.

Usted en su casa era un señor adornado de todas las virtudes domésticas. Burguesamente llegaba a la hora del almuerzo con un paquetito de golosinas para mamá y los chicos; se indignaba usted si Pedrito tiraba de la cola a *Bol* y si Paquito pellizcaba a su hermano menor, Luis. Le llevaba usted a los niños cuentos morales y procuraba que las niñas no fuesen al teatro sino los miércoles blancos. Se indignaba usted si en el cine «echaban» películas de detectives y criminales, porque eso sugiere malas ideas a la infancia.

Pero llegó la movilización; usted era movilizable; se plantó el uniforme y fué enviado a la línea de fuego.

Todos los aspectos legales y éticos han cambiado. Cuando usted y sus compañeros no tienen manera de tirotear al enemigo, desnudan mujeres y ríen de su sonrojo (claro que se trata de mujeres del otro bando); degüellan niños, apalean ancianos, roban cuanto encuentran al paso; incendian las pobres casas de los labriegos, destruyen ciudades, saquean Bancos, fusilan a un infeliz porque pudiera ser un espía, y todo esto ante la complaciente sonrisa de sus jefes.

Cuando acabe la campaña le darán a usted una medalla militar y le dispensarán otros honores; tornará usted a su casa rodeado de la admiración de sus prójimos y volverá usted a llevar los

domingos paquetitos de golosinas a la señora y a los niños, y a comprar historietas instructivas y morales para estos últimos, cuidando de que no vean en el cine espectáculos de astucia o de violencia.

¿Y por qué ha ido usted a la guerra? Usted mismo no lo sabe a punto fijo. Una camarilla política o militar se propone despojar a tal o cual país vecino, más débil, de cierta porción de su territorio, destruir su comercio, aniquilar su industria y obtener a título de indemnización algunos miles de millones de francos. Es un buen negocio. Para redondearlo se sacrificarán cien o doscientos mil hombres. Cien o doscientas mil mujeres quedarán en la miseria; muchas se prostituirán; muchas se suicidarán por haber llegado al último límite de la resistencia humana; infinitos niños morirán de raquitismo. Varios países se arruinarán definitivamente; otros serán víctimas de la peste y del hambre durante algunos años. Pero diez o doce políticos, diez o doce generales, cuatro o cinco *trusts* y dos o tres reyes realizarán una operación brillante. Por ellos vosotros, sabios artistas, industriales, agricultores, vais a luchar; por ellos habéis abandonado cuanto os era preciso en la vida; por ellos pasaréis torturadoras noches de inquietud, lentos días de sol y de lluvia, y os extenderán después en una improvisada mesa de operaciones

para mutilaros, y si tenéis la suerte de volver al hogar inválidos o enfermos, ya habrán huído para siempre de él el bienestar y las sonrisas.

¿Conocéis siquiera al país al cual habéis combatido? ¡No! Acaso en él tenéis más bien uno o dos amigos que han venido al vuestro de excursión y que, de vez en cuando, os escriben una postal cariñosa. Vosotros, en el fondo, no deseáis mal ninguno a ese país. Vosotros pensáis que la tierra es vasta, que en ella cabemos todos; que eso de las nacionalidades armadas en corso es una idea primitiva y bárbara; que sería mucho más lógico que todos los hombres nos uniéramos apretadamente contra las mil asechanzas de la naturaleza, de lo desconocido, del desatino enigmático y enorme... Pero la camarilla de políticos o de militares no lo piensa así. ¡Ay de vosotros si decís que vuestra conciencia os veda, hermanos, sólo porque hablan otro idioma o viven del otro lado del río!... Os arrimarán a una pared y os darán cuatro tiros por ideólogos y sentimentales...

¡Pintoresca humanidad!

Hace miles de años que ensuciamos pergaminos, papiros y papeles de todas clases con lucubraciones sobre derecho, libertad, altruísmo, solidaridad... ¡qué sé yo!, y cualquier principillo casi analfabeto y cualquier politicastro ignorante y

verboso, se encaraman sobre todos los sabios, sobre todos los pensadores, sobre todos los artistas; les dan un fusil y los mandan a morir para que cuajen algunos grandes negocios y se llenen algunas arcas...

Un hombre investido por la idiotez humana de poderes formidables, puede con una declaración de guerra lanzar cincuenta millones de seres al exterminio. Y lo verdaderamente curioso es que, más tarde, si ha triunfado, las víctimas, los mancos, los cojos, los tuertos, los enfermos, las viudas, los huérfanos, lo aclaman y, si a mano viene, tiran de su carroza resplandeciente...

Cuando se piensa en estas cosas, un desconcierto tal se apodera del alma, que a veces se nos ocurre una atrocidad: la de que la Inteligencia (así, con mayúscula) no es acaso sino una enfermedad. Si hay un ser o unos seres superiores a nosotros, en lo invisible, no deben ser inteligencias, deben ser algo así como leyes, armonías sin pensamiento, ritmos sin yo consciente...

¿Que la inteligencia es bella a veces? Sí; lo es como la perla, que no por eso deja de constituir un quiste de la ostra...

El instinto, sin ninguna inteligencia, sigue su camino misterioso. La inteligencia ayudando al instinto lo deforma, lo desorienta, lo pervierte. El hombre no es más que un instinto, adulterado por la inteligencia, y ésta una anormalidad que debe transformarse más tarde en fuerza, en una índole

de fuerza especial que el universo necesita. En su estado actual de «ninfa», en este período evolutivo, tiene sólo monstruosidades de feto. De allí que todo lo que emana de ella sea verdad aquí y mentira allá, y a veces monstruoso aquí y allá; de allí lo inconcebible de las teorías, que se suceden sin interrupción en el mundo; de allí la imposibilidad de lograr otra cosa que una serie de hipótesis que el mañana substituye... (1). De allí, por último, la eterna lucha entre el cerebro y el corazón de los hombres.

Esto supuesto, ya nos explicamos las antinomias de la civilización y nos sorprende menos que los pueblos, a medida que se civilizan, es decir, a medida que se enferman, cometan más atrocidades y que una guerra actual supere en horrores y en crueldades a todas las invasiones de los bárbaros.

¡La inteligencia! Ella ha creado los valores; ella ha inventado el crédito; de ella son las ideas de los trusts sin misericordia; ella ha esclavizado al hombre haciendo de él menos que la tuerca de una máquina; ella nos ha dado todas esas inútiles teorías que llenan de petulancia a los sabios y que a cada momento hay que sustituir por otras; ella ha complicado la vida encendiendo deseos nocivos, creando hábitos inútiles, para enriquecer a los lla-

---

(1) La historia de una civilización—dice un pensador—no es más que la historia de sus hipótesis.

mados listos. Ella calumnia a lo inefable, a lo desconocido, atribuyéndole cualidades humanas; ordenando rogativas en los templos protestantes, católicos y griegos, en cada uno de los cuales se conmina a Dios para que ayude a los unos a destruir a los otros; ella es la que, en vez de compadecerse, filosofa; en vez de socorrer, teoriza; ella, por fin, la que después de haber quitado al pobre hasta el derecho de calentarse al sol, ha segado en su alma la última ilusión de un más allá de libertad, de sosiego, de paz...

Pero no la maldigamos: está, como he dicho, en un período de evolución antipática, en que lo único que acierta a hacer es hinchar de petulancia a los vacuos e inútiles doctores. Al andar de los siglos ya veréis cómo se va transformando en fuerza, en la fuerza por excelencia del Universo. Ya veréis cómo la inteligencia se habrá transmutado en amor...

Uno de los signos de esta transmutación admirable, imperfecto aún, con bases egoístas si se quiere, pero anunciador de la futura comunión espiritual de los hombres, es la solidaridad ante las catástrofes. Mil seiscientos millones de habitantes de nuestro planeta constituyen un solo organismo que se estremece en toda su vastedad formidable al menor choque producido en no importa qué

sitio recóndito. La desgracia de un país, merced a esta repercusión temblorosa, es la desgracia del mundo. No hay nación que padezca sin que padezca todo el género humano y hasta el más egoísta de los seres tiene por fuerza que sufrir en las grandes conflagraciones, siquiera sea en virtud de las consecuencias financieras de las catástrofes.

Es en vano que pretendáis encogeros de hombros ante una guerra europea, pensando que estáis en América, a muchos miles de kilómetros de la escena de sangre: el azoramiento y la cobardía del dinero os alcanzarán en el más lejano refugio. Los ahogos económicos que produzca el conflicto serán mundiales, y un modesto empleado que trabaje en una ciudad de tercer orden de la República Argentina, ganará menos cada mes, porque algunas potencias lejanas ensayan el alcance de sus cañones.

—¡Ya verán ustedes—decía sentenciosamente el borrachín del cuento—cómo todo esto va a parar en que sube el precio del vino!

Y en esta frase, de una filosofía casera y peregrina, está condensada la solidaridad financiera del planeta.

¿Quejarnos de ella? Muy al contrario, puesto que es, como dije arriba, el anuncio de una transmutación admirable. Regocijarnos, sí; porque ya ningún hombre está aislado; porque la vida moderna nos fuerza a ser lo que el Genio de la Es-

pecie quiere que seamos: un solo organismo, el «Organismo humano», compuesto por ahora de mil seiscientos millones de individuos-células, relativamente autónomos y con una sola alma, el alma planetaria, que dirige el conjunto hacia fines desconocidos, pero sin duda altísimos. La conciencia individual no es más que el destello de la «Gran Conciencia» del planeta, y cada sufrimiento y cada ensayo y cada aprendizaje aumenta esta «Conciencia» misteriosa y enorme. En el gran organismo humano, como en el de nuestro cuerpo, mueren y nacen diariamente innumerables células, pero cada una de las que han muerto, dejó ya su porción de conocimiento adquirido a la «Gran Conciencia» y cada una de las que nacen viene a trabajar para que aquélla sea más lúcida y comprensiva.

Si en otros planetas hay humanidades, la conciencia del nuestro se unirá un día (supuesto que no lo esté ya) a las conciencias de los otros para formar la conciencia del universo, que marcha hacia una comprensión cada día más clara y perfecta de sí mismo.

¡Cómo no amarnos, pues, los unos a los otros! ¡Cómo no sentir una alegría nobilísima por todos los triunfos de los hombres y un gran dolor por sus derrotas!

No; ya ninguna patria está sola; ya todas las tierras son nuestra patria; ya no puede perecer una nación sin que todas las naciones se estre-

mezcan de angustia. La humanidad, después de milenarios de semiconciencia, entra en un período activo de autoidentificación; el gran organismo empieza a darse cuenta de que ha vivido bajo el imperio de un miraje, el de las personalidades diversas; no de otra suerte que cada una de las células de nuestro cuerpo pudiera creerse un individuo completo o que cada dedo de nuestra mano pretendiese tener un personal destino...

Amarnos, por tanto, los unos a los otros, ya no será en un próximo futuro sino la mejor forma de amarse cada uno a sí mismo, y día llegará en que más que todos nuestros dolores personales nos atormente el mal—por mínimo que sea—que hayamos podido hacer a los otros hombres, el daño que hayamos podido causar a la colectividad, a la patria, al planeta, al Universo.

DIVAGACIONES

Febrero, 1915.

TODAVÍA no triunfa Alemania; pero si triunfara, ya sabríamos por qué es: porque en Alemania no hay individuos, no hay más que alemanes.

El alemán es una tuerca, un tornillo, un resorte de la complicada máquina del Imperio. No existe *per se*.

Que viva el Todo, que triunfe el Todo, que se engrandezca el Todo, y que a la parte se la lleven los diablos; la parte no existe sino para ayudar a constituir ese Todo.

A lo que parece, este sistemilla filosófico-social «se las trae», y a su aplicación se debe el engrandecimiento de Alemania. Sin él, Deutschland no fabricaría tan admirablemente perfumes sintéticos, huevos y café, sin necesidad de flores, de gallinas ni de cafetos. No construiría tampoco morteros de 42 ni torpederos terrestres.

Recuerdo que un mes o mes y medio antes de

que estallara la guerra escribí para *La Nación* un juicio acerca de la última novela de Wells, *The world set free.* Según Wells, una guerra espantosa tendría que estallar dentro de cincuenta años (se equivocó en... medio siglo), y el mundo, merced a explosivos estupendos, sería casi destruído. Pero pasada la conflagración, una era de libertad y de progreso social maravilloso nacería para el desquebrajado planeta, gracias a un nuevo espíritu imperante: «el espíritu de la colmena», el espíritu colectivo, que traería aparejada la muerte del individualismo.

Alemania pretende que ese espíritu significa un adelanto con respecto a la civilización francesa e inglesa, y añadiremos nosotros con respecto a la civilización norteamericana, todas tres individualistas por excelencia. Alemania es el país más adelantado del mundo, porque allí todo se subordina, la vida, la salud, los intereses, el concepto de la dignidad misma, a la nación.

En cualquier otro país un individuo, así se llame apenas Pedro Pérez, quiere saber por qué va a la guerra, por qué lo matan... En Alemania, no.

Que lo sepan en buena hora el Kaiser o el Kromprinz, asesorados por algunos generales de monóculo y bigote agresivo. Ellos son los administradores de la grandeza de Alemania, y si les place para lograr sus fines inescrutables que mueran dos millones de hombres jóvenes, fuertes, acaso inteligentes, no importa: morirán sin chistar.

Nosotros los latinos nos pudrimos de «personalismo». A los ingleses, los norteamericanos y los rusos les pasa otro tanto. Queremos que nuestro «ego» prepondere, para él mismo en primer lugar y después para los demás. Nos indigna la disciplina, el *perincde ac cadaver* de los jesuítas (cuyo fundador no era latino, sino vasco, lo cual es casi ser alemán...) El Estado somos nosotros, cada uno de nosotros, y maldita la gracia que nos hace que diez o doce políticos pretendan sacrificarnos en aras de sus «ideales». Preferimos nuestro pequeño Ideal, en el que, como en esfera cristalina, se refleja todo lo que nos rodea.

A lo que parece, los bichos por excelencia de este mundillo son las hormigas y las abejas.

Los alemanes son un abejero y un hormiguero. De las hormigas, las abejas y los alemanes será la tierra.

En cambio, todos los demás somos gatos; gatos egoístas, sin más finalidad que nuestro hígado tierno, nuestro confort y nuestro erotismo trágico...

Es tan bonito eso de que a una madre le maten tres hijos en la guerra y después le regalen un brochecito de acero en que diga: «Con gusto di mis hijos a la patria...»

¿Y qué es la patria?—preguntará quizá un indiscreto a esa pobre señora del brochecito.

La señora del brochecito no lo sabe; la patria debe ser el Kaiser y un numeroso grupo de señores de vistosos uniformes, de monóculo y de corsé...

¡Oh, buen padre Goethe, emperador de los individualistas: ya te veo sonreir desde tus Campos Elíseos, serenos y quietos!...

«El espíritu de la colmena» no es más que una ráfaga de la milenaria metafísica india.

No es más que un ascetismo subordinado a fines comerciales. Una idea teológica de sublimidades himalayescas, achicada, desfigurada, convertida en motor de codicias políticas, de hegemonías ávidas.

«Los pueblos—acaba de escribir el doctor Tiegler en la *Gaceta de Francfort*—no son en fin de cuentas sino entidades susceptibles de experimentar perjuicios y daños a la civilización. Estas entidades se encuentran en la obligación ineludible de echar a un lado el egoísmo nacional que las corroe, si no prefieren suicidarse.»

Sólo que la forma de desembarazarse de lo que el sabio teutón llama egoísmo nacional, es arrojarse en los brazos de Alemania; de Alemania, que es el Cristo simbólico moderno, a quien traicionan las demás potencias con una guerra impía.

A lo que parece, y según el mismo doctor, en el principio hubo dos ídem: el principio del bien y del mal, que nacieron el mismo día. (Esto ya lo habían dicho los persas en su mito de Ormuz y Arimanes).

El principio bueno, andando el tiempo, se ha convertido en *kultur* germánica... El malo anda por allí metido, inspirando individualismos.

El doctor Tiegler no ha leído quizá a ese curiosísimo autor que se llama León Bloy, a quien por cierto tratamos en París Rubén Darío y yo, así como a su amigo íntimo, que lo fué de nosotros, Henri Des Groux, quien figura pintorescamente en *El mendigo ingrato*. León Bloy, fundándose en autoridades heterodoxas, en gnósticos escondidos, afirma que la Humanidad es... el Espíritu Santo, o sea la Hipóstasis rebelde, por la cual ha penado el Hijo, y que volverá un día al Seno de la Trinidad, terminando entonces el reinado del mal en el mundo... Pero si hemos de creer a los alemanes, más bien la Humanidad, exceptuando naturalmente a Alemania, sería algo así como el Anticristo... Yo confieso que cuando leí a León Bloy me sentí un poco confuso a fuerza de amor propio: ¡conque yo era una fracción, siquiera fuese infinitesimal, del Espíritu Santo!... ¡Muy honrado... muy honrado!

Ahora no me siento tan ufano con ser una fracción del Anticristo, pero ¡qué le vamos a hacer!...

No ser alguien, perder la noción de la personalidad, diluirse en el gran Todo: cosas muy bellas son; pero sí nos resulta que el Gran Todo es una legión de príncipes y de generales alemanes, medularmente soldados, ya cambia. Porque diluirse está muy bien, ya que la noción de la personalidad es una de las más molestas, y el estado

de más alta beatitud, el éxtasis, no es en suma sino el desvanecimiento del yo en el océano del Todo... Pero que todavía diluídos nos impongan la disciplina militar y nos envíen a matar gente, ya varía... ya varía.

El cuerpo humano consta de muchísimos millones de células maravillosamente subordinadas al mantenimiento de esa llamita misteriosa de la vida; pero cada célula, como se ha comprobado, es autónoma, constituye una individualidad, mínima, si se quiere, pero una individualidad.

«Todos los fenómenos de la vida—dice Lebón en uno de sus últimos trabajos—, ya sea esta vida orgánica, afectiva o intelectual, tienen por *substratum* común la materia viviente; es decir, una colección de células. Estas varían su trabajo según las necesidades, siempre cambiantes, del organismo. Este trabajo es ejecutado con una precisión y los encadenamientos de una lógica especial muy superior a la nuestra.

»Cada célula se conduce como si estuviese dirigida por una inteligencia inmensamente superior a la de los más grandes genios. Ya he dicho en alguna parte que el sabio capaz de resolver con su inteligencia los problemas resueltos a cada hora por humildes células, sería de tal suerte superior a los otros hombres, que se le podría considerar como a un dios.»

Pero, repito, cada célula es una individualidad y goza de cierta autonomía. Hay células rebeldes,

anárquicas; por ejemplo, las que encargadas de seguir la curva de un hueso en fabricación, se desvían y forman un quiste.

Sólo el militarismo pretende que los hombres, células del organismo social, no tengan voluntad propia y que estén sujetos a subordinación absoluta. ¡Y subordinación a quién! No a esa inteligencia a quien Lebón se refiere, superior a la de los hombres como la de un dios, sino a tal o cual príncipe ignorante, indigesto de mesianismo y de megalomanía.

Hay que tener mucho cuidado en este mundo con los que nos hablan a cada paso de disciplina social y política, de altruísmo, de solidaridad. Suelen ser gentes que buscan hombres, como paveses, para levantarse. Suelen ser oligarquías que quieren matar la libertad democrática para imponerse al mundo.

«Si el ejercicio de la libertad ha desarrollado en las naciones republicanas el sentido de la individualidad que favorece el florecimiento de las iniciativas y desarrolla las energías particulares—dice Jorge Verdene—, el caporalismo alemán ha dado al pueblo un alma colectiva que no se conmueve sino al soplo venido de lo alto. El químico Ostwald ve en esto la afirmación de una superioridad que nuestra cultura latina no puede comprender ni tolerar.»

La superioridad de los borregos de Panurgo, añadiré yo para concluir.

EL CRISTIANISMO Y LA GUERRA

Una de las ideas a cuya circulación, a veces inoportuna, ha dado lugar la guerra actual, es la de que nuestra famosa cultura era postiza, falsa. A lo que parece, el orangután de que hablaba Taine está más cerca de la epidermis del hombre moderno de lo que se creía, y ha bastado rascar un poquito, pero nada más que un poquito, para que aparezca, peludo, brutal, horrible...

Para oponerse a estos conceptos, ha habido escritores que recurren a la paradoja: «Mentira, dicen, la guerra no es bárbara; al contrario, es una cosa sublime; gracias a ella se revelan en el hombre grandezas no imaginadas. La civilización de tantos siglos nos afeminó; hizo un hombre de trapo, lleno de prejuicios. El hombre real es el que está metido en las trincheras. En las trincheras es donde han ido a anidar las calidades verdaderamente humanas».

Un cronista madrileño, bastante inteligente por cierto, se ha ocupado estos días en demostrarnos que el hombre por excelencia fué el de las cavernas... y que, en suma, si algo vale la humanidad aún lo debe a los tesoros morales maravillosos que el hombre de las cavernas le legó y que, dicho sea de paso, derrocha ella (la humanidad) pródigamente.

Barajar ideas, hacer con ellas combinaciones juglarescas, es uno de los más sabrosos entretenimientos modernos. Todo se puede defender con elocuencia, con sobra de citas, en esta inmensa «escuela de los sofistas» que se llama la Tierra... Pero, en cambio, tales ideas, traídas y llevadas, tal juglarismo, han disminuído el prestigio del pensamiento y la fuerza de toda afirmación. Un escepticismo sonriente acoge las paradojas más escandalosas, las cuales empiezan por ya no causar escándalo. Las oímos entre plato y plato y no distraen nuestro apetito.

Con respecto al hombre moderno, al hombre científico, que ahora incendia, mutila, viola, roba, quizá la mejor actitud intelectual no sea la de la sorpresa. ¿Quién nos había asegurado, en efecto, que la humanidad llegase en el siglo xx a su período de plenitud? ¿Qué profeta nos había anunciado que hacia 1914 debíamos tropezar con el hombre ideal?

No conviene ser pesimista, sin embargo. La humanidad ideal no existe todavía; pero existen

hombres que son honra de la especie y cuya grandeza nos hace esperar que un día la especie toda será así.

No cabe duda que Jesús, por ejemplo (aun considerado como simple personaje histórico) fué un ser ideal, el más perfecto ejemplo de idealidad que se haya producido en el planeta. Si—según Federico Amiel—encontrásemos en esa sublime figura alguna sombra, se debería a la alteración y deformación hijas de las «refracciones prismáticas» que ha sufrido en los diversos medios por que ha tenido que atravesar. «La religión, de la cual Jesús es el fundador divino, tiene profundidad tal, que no se ha llegado aún a comprenderla. La cristiandad no ha dirigido todavía la poderosa levadura que hay en ella. Todavía no hemos penetrado en lo hondo del corazón de Cristo... Pero, a pesar de todas las aberraciones del fanatismo, de todas las supersticiones del formalismo, de todas las fealdades tradicionales de la hipocresía, de todas las puerilidades fantásticas de la Teología, el Evangelio ha modificado al mundo y consolado a la Tierra».

—¡Bonita modificación!—dirán ustedes—y algunos millones de bárbaros, todos cristianos, están cometiendo los más grandes horrores desde el 2 de agosto del año pasado...

A esto, Amiel mismo os contestaría diciendo: «La humanidad cristiana no es mucho mejor que la humanidad pagana; pero sería todavía peor sin

una religión y sin su religión. Toda la religión propone un ideal y un modelo, y el modelo (de la cristiana) es de una divina belleza.

»Se puede desaprobar a las iglesias; pero hay que inclinarse ante Jesús. Se puede sospechar de todos los cleros, prohibir todos los catecismos y amar, sin embargo, al santo y al justo, que vino a salvar y no a maldecir. Jesús servirá siempre a la crítica del cristianismo, y cuando el cristianismo muera, la religión de Jesús podrá sobrevivirle. Después del Cristo-Dios reaparecerá la fe en el Dios de Cristo.»

De suerte que si los civilizados del siglo XX son tan bárbaros, no es porque sean cristianos: es porque no lo son de veras. Cantan Tedéum a Cristo cuando la suerte de las armas los protege, con el mismo espíritu con que Josué pedía a su cruel Dios de los ejércitos que «parara el sol», para seguir matando prójimos...

Tienen creencias, tienen dogmas, pero las creencias y los dogmas, según el mismo Amiel, son moldes en que se cristalizan los resultados de la experiencia religiosa de la humanidad. Verdaderas anquilosis del pensamiento, su valor intelectual no es sino relativo y variable. Su consistencia ha podido ser necesaria en un momento determinado, pero en el fondo no son más que estrecheces; obras de nuestro espíritu, transitorias como él. Lo verdadero no son las imágenes que han podido ser creadas por nosotros, ni las fórmulas dogmá-

ticas, cosas ambas accidentales y momentáneas: lo verdadero, lo inmutable y eterno es la actividad que las produce, la fuerza obscura que obra en cada uno de nosotros y que no es otra cosa, en el fondo, que la vida universal que en nosotros circula. El hombre no está, en efecto, aislado en el universo entero, con su mecanismo. Nuestra vida interior no es por su parte más que una reproducción en miniatura y analógica de la obra de la creación, una reducción fotográfica de la naturaleza, que se extiende más allá de nosotros. El Dios de Jesús surge, como se ve, del seno mismo de la Inmanencia. Su acción se ejerce en las profundidades de lo inconsciente, que es el punto de apoyo de nuestra actividad psíquica, por medio de la cual nos unimos al mismo tiempo a él. La religión, en su esencia, no es más que la conciencia y la posesión que de nuestro Dios tomamos y adquirimos».

Ahora bien: el día en que «el Dios de Jesús» reine sobre el mundo, dejaremos de ser bárbaros. Actualmente somos sólo civilizados, pero anticristianos, es decir, inhumanos; porque el espíritu cristiano es el espíritu humano por excelencia. Cuando el hombre esté en la cima de la humanidad, estará en la cima del cristianismo, tal como Jesús lo concibió en su alma inmensa y cristalina.

Marchamos de la animalidad a la humanidad, a través de crisis periódicas y profundas, retrocediendo a cada paso, cobrando experiencia y fuerzas en cada retroceso. A avanzar nos ayudan los pensadores de todas las escuelas, los santos de todos los dogmas, los seres superiores que no tienen ya de material sino lo necesario para peregrinar por la tierra.

De cada una de estas catástrofes del mundo surgen hombres acrisolados que se forman, por contraste con la negrura, blancos; por contraste con la crueldad, caritativos; por contraste con el instinto brutal desencadenado, dulces, magnánimos, serenos. De esta guerra nacerán algunos que en el crisol ardentísimo del conflicto unánime están forjando sus almas. Y el mundo, gracias a ellos, será más cristiano en los años que sigan a estos horribles meses de conflagración planetaria, en que parece que colaboran hasta los volcanes...

Sí, el mundo será más cristiano y, por lo tanto, más humano, más noble, más lúcido y misericordioso, porque no hay tempestad que no purifique el ambiente, y cuanto más desaforados estuvieron los elementos, mayor compensación de azul, de placidez, de serenidad, suele dar el cielo a la angustia de los hombres.

LA VIDA Y LA LITERATURA DE MAÑANA

Hemos convenido en que todo va a cambiar en el mundo, que actualmente se purifica «por medio del hierro y por medio del fuego». Y si todo va a cambiar, claro que la literatura también.

Después de la guerra asistiremos a un verdadero renacimiento literario. Se asiste ya, en París por lo menos, a un renacimiento oratorio. «La oratoria—dice Gastón Dechamps—se depura y se ennoblece. La lengua francesa, adaptándose, merced a una armonía instintiva y voluntaria, a las necesidades del presente, se prepara a llenar su oficio de mañana, que será la alabanza de los héroes libertadores del territorio nacional y salvadores de la civilización europea.

«Mientras esto suceda, el teatro, intérprete verdadero del alma francesa y de nuestras tradiciones

hereditarias, se pone resueltamente al servicio de la patria, desembarazando de todas las escorias y de todas las florituras de antaño a la escena, ilustrada por el ingenio probo y robusto de un Corneille y de un Molière; la conferencia pública anuncia o prepara los profundos cambios, de donde resultará en breve una nueva orientación literaria en Francia y en toda la Europa letrada.»

Adiós, pues, adulterio, digo yo...

Porque en los últimos veinte años, ¿qué era el teatro francés, qué era la novela, qué la literatura toda, sino exposición de casos de adulterio de los más variados y apetitosos? Adulterio en todas las salsas.

No contentas con divorciarse cada año, esas deliciosas muñecas pintarrajeadas de la *rue* de la Paix, encontraban aún tiempo de engañar a sus efímeros maridos, y cada una de distinta manera... Esto en la vida y en los libros, en los libros y en la vida (que no sabemos si era la primera la que influía en los segundos, o viceversa).

Desde el más ramplón escritor hasta el «ático» Anatole France, todos se dedicaban a bordar el tema del adulterio.

¿Quién no ha leído la reciente novela del «divino» Anatolio? En *La révolte des Anges,* lo primero que sucede es que cierto atolondrado mucha-

cho engaña a uno de tantos maridos de la aristocracia. France se complace en describirnos los *rendezvous* en la *garçonnière* de siempre. El amante es, a su vez, engañado por un ángel, por su ángel custodio, que encarna en un mancebo muy sugestivo. Después vienen episodios muy diversos; pero para hacer boca, el consabido adulterio...

●

El marido y la mujer de mundo iban en el París ultra-chic de los últimos tiempos, cada uno por su lado; jamás incurrían en la cursilería de ir juntos.

La mujer decía al marido: «Voy a ver a mi *flirt*». Y se lo decía con una gracia infinita... El marido sonreía encantado.

Todavía quedarán en la *ville lumière,* por mucho tiempo después de la guerra, familias «mosaicos», en que ya por el divorcio, ya por otras causas, cada hijo (de los pocos que los matrimonios parisienses se permiten) tiene un tipo radicalmente distinto, realizándose el deseo del poeta latino (aunque no en la honesta forma en que él quería que se realizase en Roma) de que los hijos se parezcan a sus padres... (cada uno al suyo) y no a las madres solamente.

Después del adulterio cotidiano se bailaba el tango o se iba al teatro a ver algún nuevo caso de infidelidad, o se leía la novela verde, en que

hasta el más elevado ingenio ponía la magia de su estilo al servicio de todas las rastreras pasiones ajenas...

Pero vino la catástrofe, y aquel mundo de títeres, en plena desolación, parece que reacciona.

«Las gracias del indolente escepticismo en que languidecía, como al final de un baile que ha durado mucho, la deliciosa e inquietante comedia literaria de otro tiempo, se han desvanecido definitivamente en la trágica tempestad en que se está debatiendo el destino del mundo. Las almas de ahora tienen hambre y sed de certidumbre», dice el mismo Deschamps.

—*Tant mieux, mon cher Gaston, tan mieux!*— habrá que responderle.

¡Diablo! Aun cuando esa turba de rastacueros y de parisienses más o menos auténticos que hormigueaba insubstancialmente en el barrio de los Campos Elíseos parecía tomarlo todo a chacota, la vida «es seria», a veces demasiado seria...

El *mane thecel fares* sigue siempre a los festines de Baltasar.

Los estoicos tenían como dogma que el mundo debía acabar por medio de las llamas, para renacer.

Ya anteriormente las religiones orientales creían en los cataclismos periódicos.

Esta guerra es uno de esos cataclismos.

El hombre, «rey de la creación», se estaba volviendo demasiado muñeco.

¿No proclama Sacha Guitry, con gran aplauso de sus numerosos admiradores, «que la frivolidad es el principio de la sabiduría»?

¿Pues y Marinetti?

¿Pues y el cubismo?

Pero así como la más espantosa de las revoluciones acabó con los marquesitos empolvados, con las pastorcillas de Versalles y con los abatinos vestidos de violeta, así esta guerra acabó con la danza de los apaches, con el tango, con la Abbaye-Theléme, con la novela verde, con el teatro más verde aún... ¡y puede ser que hasta con el adulterio!

El Genio de la Especie quiere, a lo que parece, una humanidad viril... y no se anda por las ramas. Es un poco brutal en sus procedimientos; pero logra su objeto.

Ni ahorra vidas ni escatima penas...

Quizá dentro de cincuenta años, el incorregible polichinela que hay en el hombre vuelva a aparecer...; mas por ahora, ¡a casita, que llueve!

Distinguidísimos títeres: mundanos deportistas, literatos... hasta filósofos, que teníais a gala ser *snobs*, vuestra boga ha pasado.

La mujer francesa y la inglesa de hoy, de mañana, querrán «hombres» para maridos, hombres

de los que Diógenes buscaba con su famosa linterna.

Masculinizaos. Buscad energía moral. Compraos un alma en alguna parte, pues parece que habrá demanda de almas...

Guardad para mejor ocasión vuestro *dilettantismo* escéptico. Ya lo veis, el mundo va a tener hambre y sed de certidumbre...

¡Ah! Yo no pretendo, ciertamente, a pesar de mi reconocida ingenuidad, que una simple guerra haga de la «bestia vertical» un ángel.

La evolución es muy lenta. «Dios no se apresura jamás. Tarda meses en sazonar una manzana, diez mil años en conglomerar una tonelada de hulla, innumerables edades en formar un hombre con un cerebro como el de Platón, o un corazón como el de Cristo». (R. W. Trine.)

Pero no cabe duda que estas conflagraciones periódicas, estas guerras, estos cataclismos, son como martillazos eficaces dados en el bloque de donde ha de salir la divina estatua futura. El diamante Hombre adquiere una nueva faceta en cada sacudimiento, en cada angustia universal.

La sangre vertida, el dolor sufrido, florecen en una maravillosa cosecha de rosas.

Tengamos fe.

REVISION DE VALORES

Los pobres poetas...

Según parece, después de la guerra habrá una total «revisión de valores» (esta frasecilla goza de mucha boga, y todo escritor que se respeta debe usarla).

Dicha revisión de valores modificará la sociedad con un radicalismo evangélico.

Los primeros serán los postreros y viceversa.

Uno de los demonios quebrantados ha de ser el capital.

Como los cien mil millones de francos que se habrán gastado en matar, tienen que reponerse en alguna forma, y como el proletariado y la clase media no han de pagarlos, pesarán, a lo que se dice, en forma de ingeniosas tributaciones sobre el capital, restándole así al rico un veinticinco o quizá hasta un cincuenta por ciento de sus utilida-

des, con lo cual, a la larga, no se verá un millonario ni para remedio.

Esto está muy bien pensado; pero sucederán aún cosas muy gratas; por ejemplo, el trabajo valdrá más. Ya no penará esa horda que suda y se abochorna para malcomer, mientras los millonarios hacen ascos al pavo con trufas...

Y yo me complazco en creer—porque soy un optimista incurable—que la redención de los que trabajamos va a ser tan amplia, tan generosa, que alcanzará—¿hasta quiénes creen ustedes que alcanzará?—pues alcanzará hasta los que escribimos; hasta los literatos... hasta los poetas.

Sí, ya veo que sonríen ustedes; ya oigo que murmuran: «¡Pero este hombre, de veras es tonto!»

¡Pues sí, señor; alcanzará a los literatos, alcanzará a los poetas!

Hasta el año de gracia de 1915, no hay en los países hispanoamericanos oficio peor que el de escribir.

Es decir, sí; hay un oficio peor: el de componer versos.

Por más que Novalis (a quien recordaba recientemente en *La Nación* Miguel de Unamuno) opina que la poesía «es la única realidad»; por más que Maragall, que citaba las palabras de Novalis, nos diga que «a la corta o a la larga», y aunque esto haga reir («aunque esto haga reir»), los poetas mueven el mundo; por más que Emerson cante las maravillas que del poeta nos dice; por más que

Fagus exclame: «El poeta piensa por logaritmos. Detrás de todo filósofo se disimula un hombre: a través del poeta resplandece el universo entero»; por más que todo esto se afirme, lo cierto es que, entre los oficios perros, el oficio perro por excelencia, el último de los oficios, el que rinde menos provecho y da más amarguras en nuestras tierras, es el oficio de poeta.

Ya Lope, en la célebre epístola en que solicitaba de la magnanimidad de Felipe IV dote para que su hija se metiese monja, decía que

> las musas dan honor, mas no dan renta...

Sólo que ahora siguen no dando renta, pero ya no dan honor tampoco...

¡Con qué ligereza cualquier imbécil juzga la obra de un poeta, merced a ese triste privilegio que tienen los espíritus subalternos de desdeñar lo que no entienden!...

¡Ay! hasta las mujeres, último feudo que restaba a los pobres «apolonidas», pasan de largo, fuera de las *bas bleues,* que se quedan para castigo de algunos.

Sin embargo, seguimos viviendo no sólo de pan, sino de ideas, y el poeta es, sigue siendo, un gran desparramador de ideas... propias o ajenas, pero ideas; y las encierra en fórmulas verbales de belleza imperecedera. Y con ellas nos hemos de nutrir, pese a quien pese, porque el mundo ver-

dadero no es más que el Reino de las Ideas, de las cuales las cosas son puros reflejos.

¡Ah!, ciertamente, los poetas ya no piden aureola; les estorbaría como al personaje de Baudelaire. Ya no piden ni amor a cambio de versos; conocen la eficiencia infalible de un luis de oro. Ya no pretenden ni siquiera mayor consideración social que el zapatero de la esquina... pero sí la misma, ya que si el zapatero fabrica botas, ellos labran coturnos (?).

Aspiran los poetas simplemente a vivir, puesto que existen, y muchos, en cambio, como los niños castigados, prometen... ya no escribir versos: se resignan a pulir para los diarios una prosa más o menos eufónica...

De hecho, algunos de ellos se han divorciado de la Santa Poesía, y para contentar la vanidad de los «hombres serios», se han vuelto sociólogos, economistas, historiadores, no del todo malos...

Imitando las gentes *chic*, tienen a gala no hablar jamás de su especialidad, y nunca mencionan los versos. Si un admirador ingenioso va a visitarlos, discurren sobre partenogénesis, o disecan la filosofía bergsoniana, o comentan a von Bernhardi, o disertan sobre la reproducción de los cristales.

La poesía es para estos deliciosos vergonzantes una querida a quien se besa sólo en el secreto de la alcoba y con la que jamás se sale a la calle.

Es como el kimono de seda floreada con que salta uno de la cama, pero con el cual ni siquiera nos asomamos al balcón.

La poesía ya no «viste», ya «no se lleva», hay que disfrazarla de cualquier cosa, hasta de erudición.

Existen poetas que creen más serio averiguar, pongo por caso, si Cervantes escribía con tinta azul o negra, y si Shakespeare en Stratford se fumaba tres o cuatro pipas diarias, que publicar un bello, un generoso, un noble poema original...

No se puede, pues, dar ya mayor sumisión y mayor adaptabilidad a la *vanity fair*, al medio ambiente... Pero, ¿es que por ello el poeta gana más? El ave del paraíso, metida a gallina, ¿pone por esto siquiera un huevo de oro anual?

¡Ay!, no: los editores de España, por ejemplo, siguen pagando la prosa... como si fueran versos; y el poeta, que ya «se peina como todo el mundo», que tiene un frac bastante decentito, que come parsimoniosamente en los festines, que juega *bridge*, continúa siendo tan pobre como antes, continúa ganando menos que el zapatero, y tiene que recurrir a la ofensiva magnanimidad de cualquier hinchado y nulo politicastro para no morirse de hambre.

Cierto que se me podría objetar: el beneficio de la poesía es todo interior. Su alteza está justa-

mente en no producir ninguna utilidad externa. El estado de poesía es un estado de exaltación divina, de beatitud, de éxtasis, que se halla fuera del tiempo y del espacio; es la identidad misma con el «yo» transcendente e inmanente. Un poema constituye el mayor regalo que puede hacerse a los hombres; no tiene precio, porque no se puede cotizar un éxtasis; no vale nada y lo vale todo, como los dones máximos de la creación: el amor, la gracia, y la luz, y el agua, y el azul de la atmósfera, y los crepúsculos, más maravillosos que cuentos.

Ser poeta es una predestinación; es realizar a Dios en el alma; es convertirse en templo del Espíritu Santo... Pero igualmente cierto es que esta sociedad, satanizada por el oro, no tiene más que el oro como medida de su estimación y de la excelencia de las cosas. El barómetro único de los valores es el llamado vil metal.

En la realización de la obra de arte hay además una labor externa, justipreciable, que demanda el trueque por ese oro—que los hombres estiman sobre todo—a fin de que se vea que ella también es estimable...

Esto sin recurrir al supremo argumento de que las cigarras no se nutren de rocío...

Así, pues, ¡oh guerra mesiánica, guerra que diz que vas a cambiar la faz del mundo: guerra «santa»,

que, según se afirma, determinará una «revisión de valores»: ¡acuérdate de los líricos!

Que no lleguen de nuevo al reparto cuando Jove lo haya distribuído todo, como cantó el gran poeta alemán...

¡O decreta que el último de ellos muera destrozado en las trincheras, o hazles justicia!

Por lo que a mí respecta, me propongo en mi futura existencia, aprovechando la «gota amarilla» de judío que debo llevar escondida en alguna parte, renacer financiero y fundar una casa de banca en Francfort «sobre» el Mein.

LOS REYES

Madrid, junio, 1915.

Los cronistas de la guerra no se cansan de relatarnos, con la usual admiración propia de estos casos, los rasgos de valor de los monarcas y príncipes beligerantes. Del viejo rey Pedro, de Servia, se nos refiere que, aunque algo lisiado, tuvo la idea de ir a una trinchera del frente. Su hijo, el príncipe heredero, viendo que no podía disuadirlo de su propósito, que calificaba de locura, le dió al fin el brazo y fué con él al sitio del peligro.

Después, otro cronista nos ha contado que el heredero de la corona de Inglaterra «hacía la vida de las trincheras» como los otros oficiales, con gran entusiasmo de los soldados británicos.

Más tarde, sabemos una nueva proeza del rey Alberto (el deificado casi por Maeterlinck), que se mezcló, sin que le conociesen, con un grupo de

oficiales, en sitio de peligro; y, por último, se pondera con las más vivas frases la vida de campaña que está haciendo el rey Víctor Manuel, y que piensa continuar «hasta la victoria final».

Nuestra mentalidad hispanoamericana, tan calumniada por distinta de la europea, se sorprende, sin embargo, graciosamente, de este candor de las multitudes del viejo mundo, todavía tan jerárquicas, tan dóciles al «prestigio» de las coronas. Y es que nosotros, aunque pueblos niños, en política, en organización social, somos, sin embargo, como los chicos despabilados y picarones de nuestras escuelas, poco candorosos, poco llevados de la admiración y más zumbones que las abejas.

¿Qué tiene de particular—nos preguntamos—que un rey exponga su vida? ¿No es mucho más heroico, más admirable, más digno de veneración que la exponga un padre de familia pobre, único sostén de sus hijos, consciente de que al morir él nadie va a mantenérselos; que con esa previsión dolorosa de los luchadores sin éxito, los ve en visión interna mendigar acaso el pan de cada día?

Un hombre así es irreemplazable, en tanto que un rey es el ser más fácil de substituir que hay en el mundo.

¿Quién en este planeta (el peor de los posibles según Hartmann) no sirve para rey?

Un rey es el simple pretexto, el sencillo expediente que han encontrado los políticos para el equilibrio de los partidos, para que ninguno de és-

tos se eternice en el Poder. Es, también, como si dijéramos, una percha para colgar lo más doradito y vistoso de las guardarropías nacionales.

Está, por otra parte, muy bien pagado; tiene grandes compensaciones a cambio de las inevitables *corvées* diarias, *corvées* que todos sufrimos en la vida, sin que por ello nos asignen lista civil.

¿Qué cosa más natural, pues, que cuando una nación está en guerra, que cuando innumerables familias, por culpa de los políticos dirigentes, sufren hambre, orfandad, angustias morales sin cuento; que cuando millones de hombres están enterrados meses y meses en el barro y mueren en las trincheras o gimen en los hospitales, un rey vaya un cuarto de hora a oir zumbar las granadas y silbar los balines en el sitio generalmente menos expuesto del frente, aunque los cronistas digan otra cosa?

¿Desquita por ventura con este acto tan sencillo, tan natural, uno sólo de los días de semidivinidad que la nación le otorga, el protocolo le reglamenta y el presupuesto le corrobora?

Yo diría que un rey está obligado a hacer cosas más extraordinarias que todos los súbditos; pero como esto no es posible, ya que la capacidad intelectual y moral de un monarca, salvo estupendas excepciones, es limitadísima (por culpa de una educación que hace con su cerebro lo que los rígidos zapatos chinos con los pies de las niñas «ce-

lestes») debería por lo menos ser tan heroico como cualquiera de sus soldados.

Supongamos, por ejemplo (es un suponer, señores germanófilos), que según la «profecía» que en estos últimos meses ha dado la vuelta al mundo, «el día tantos del año de 191... en el campo de los Abedules, en Westfalia (patria de la señorita Cunegunda), cae el Imperio alemán con el tercero de sus Kaiser»: nosotros, los poetas, ¿cómo imaginaríamos que este último emperador debiera caer? Pues imaginaríamos que, vestido con el sombrío uniforme de esos húsares de la muerte (creados por el gran Federico para dar salida—según la leyenda—a una considerable existencia de paño negro proveniente de unas exequias); llevando sobre la frente la calavera simbólica, y en la mirada toda la luz lívida del *Fatum* antiguo, solo, en un caballo negro, en medio del máximo horror de la lucha decisiva, avanzaría impasible, automático, hasta caer a la vista del universo, acribillado por las balas, pronunciando muy distintamente al morir una frase nueva, maravillosa, diamantinamente sintética (pedida con la conveniente anticipación al más retórico de sus poetas).

Naturalmente, después de tan bello final, quién más, quién menos, los hijos de Phoibos Apolo compondrían versos a este singular caballero rubio, y le perdonaríamos además, poetas y no poetas, que con su famosa «gran guerra» haya hecho despeñarse los valores, decretarse las moratorias

y haya restado los substanciosos dividendos que, por ministerio de un cupón, eran para tantos el pan nuestro de cada día...

Pero entiéndase que, a pesar de las estrofas, a pesar de los himnos, seguiríamos igualando en nuestra valoración interna a ese emperador brillante con el último de sus súbditos que, noblemente, mudamente, santamente (para apurar adverbios de modo), haya muerto por Germania en cualquier llano arisco de Galitzia.

Y no vayas a pensar, Fabio, ¡ay dolor!, que yo sea, por esto que digo, un demagogo.

He conocido tales presidentes de República, tales Repúblicas he visto, que acaso acabaré por volverme monárquico.

Hago en absoluto mías, por ejemplo, aquellas palabras del viejo Schopenhauer:

«Las Repúblicas tienden a la anarquía; las Monarquías al despotismo; el régimen del justo medio, inventado para escapar a estos dos defectos: la Monarquía constitucional, tiende al reinado de las banderías. Para fundar un Estado perfecto se necesitaría, en primer lugar, que hubiese seres a quienes la naturaleza permitiese sacrificar absolutamente su bien particular al bien público. Entretanto, nos aproximamos ya a este fin cuando existe una familia cuya fortuna está inseparablemente unida a la del país; de esta suerte no puede, cuando menos en los asuntos de importancia, buscar su bien fuera del bien público. De ahí vienen la

fuerza y la superioridad de la Monarquía hereditaria.»

No, no soy enemigo de los reyes: más aún, los hay que me son profundamente simpáticos, por ejemplo, el rey de España, a quien escribí, hace ahora nueve años, un epitalamio que anda por ahí y que él conoce mucho: rey por todos conceptos interesante y estimable, de alma viril, animosa, resuelta. Y me simpatiza también—aunque claro que mucho menos—el inteligente Víctor Manuel y el «abnegado» Alberto I.

Además de estas simpatías personales, encuentro que los reyes deben subsistir, porque son un gran recurso literario y porque sin ellos no existirían esos cuentos dorados y azules que iluminan la imaginación de los niños y que empiezan: «Este era un rey...»

Así como la historia, hasta que, con Mommsen a la cabeza, los modernos la han llevado por cauces más humanos, ha sido simplemente la cronista y aduladora de los monarcas, la comadre de las coronas, la cotorra palatina; así la poesía y la literatura, en general, se han ocupado desde que nacieron de las vidas verdaderas o imaginarias de los príncipes.

La *Iliada*, con su heroico barajar de reyezuelos agresivos y sonoros, nos enseñó el camino, y desde entonces ¿qué poeta no se ha metido con los emperadores, reyes, infantes y príncipes reales o ilusorios?

Hasta el más modesto «porta-lira» de las reconditeces andinas ha hecho la corte a las princesas azules de Rubén Darío, que tienen la ventaja de ser muy bellas, al revés de las auténticas, generalmente muy feas.

Mientras el presidente de la República (de alguna de nuestras Repúblicas menores), heroicamente cursilón, paseaba con tal o cual de sus ministros por la «Plaza de armas» de la «capital», el poeta pálido, de lacia melena y corbata «papillón» añoraba (como dicen algunos escritores más cursis aún que los dichos presidentes), añoraba infantes o delfinas, en un Versalles que no conocía ni en tarjetas postales.

¡Ah!, ciertamente no podemos abominar de la realeza: hemos rimado mucho con ella y ha puesto algunas gotitas de ensueño en el vulgar cacharro de nuestras vidas provincianas.

Sólo que entiendo que deben acrisolarse ya de una vez los conceptos y no sólo dar al rey lo que es del rey, al César lo que es del César, sino al pueblo, a la masa, a la carne de las naciones, al alma colectiva de los países, lo que es de ella..., es decir, lo que es de Dios.

A fuerza de vivir en Europa he acabado por acostumbrarme, recorriendo las cortes, a que haya todavía gentes, y no analfabetos, no hombres de escasas letras, sino cortesanos relativamente instruídos, poetas, hasta políticos, que crean en el derecho divino de los reyes y lleven en sus espí-

ritus la librea del acatamiento incondicional. Pero entiendo que se debiera abusar un poco menos de ese culto que se dispensa a los monarcas, a fin de que nuestros hijos, que no sé por qué me imagino van a ser un poco satíricos, no nos tomen el pelo... póstumo y se formen de nosotros un concepto que realmente no hemos merecido, ya que, en suma, y en muchos casos, se trata más bien de palabras que se dejan correr.

Cuando acabe la guerra se habrá de levantar un monumento en cada país «al pueblo», al santo, al maravilloso pueblo francés, alemán, belga, ruso, austriaco, que supo padecer y morir de un modo tan conmovedor, digno de igualar y superar a los más sonados heroísmos antiguos.

Y debe hacerse a los monarcas que hayan cumplido con su deber la honra de fundirlos en el común recuerdo, con estas masas heroicas de hombres, de mujeres y hasta de niños, que son capaces de hacer florecer el optimismo en los espíritus más escépticos y de lograr que mañana nos enorgullezcamos (o se enorgullezcan todos los supervivientes) de ser hombres, de pertenecer a esta calumniada especie, más luminosa a veces que todas las estrellas.

■

Por lo demás, en esta catástrofe en que, como dice un economista, se han hundido los prestigios más grandes: «los prestigios de las ciencias jurí-

dicas, especialmente de todo el derecho internacional; de las ciencias militares, principalmente de la estrategia legendaria, terrestre y naval, trocadas por otras novísimas; de las ciencias filosóficas, que han sido, cual un comodín, interpretadas por los sabios partidarios de la guerra en mixtificaciones desaprensivas; de las ciencias sociales y, de un modo especial, sus manifestaciones de sentido proletario, sus reivindicaciones generosas, de un sentido amplio, humano, internacional», en esta guerra en que ha caído hasta el prestigio de las religiones, puesto que son cristianos todos los pueblos que luchan con tan nefanda barbarie, ¿no caerá también para siempre jamás lo que queda del prestigio de los soberanos, alguno o algunos de los cuales son responsables directos de tanto horror?

¿No será arrebatado definitivamente a las manos augustas (indignamente augustas ¡ay! tantas veces) el tremendo, el espantoso privilegio de desencadenar ciclones tales?

¿No estaremos quizá más cerca de lo que se cree de los «Estados Unidos de Europa», con que soñó Víctor Hugo, y no muy lejos de los maravillosos «Estados Unidos del Mundo»?

EL ORO

Madrid, julio, 1915.

Una revista financiera francesa, *Le Pour et le Contre,* muy autorizada entre capitalistas y gentes de negocios, dice, no sin cierta «ingenuidad» (la cual, bien analizada, pudiera asustar a los ricos) que, en vista de la necesidad de nuevos sacrificios y de la insuficiencia de los ya hechos, serían razonables ciertas medidas para obligar a los que guardan ahorros y disponibilidades en oro o en billetes, ya en las cajas de alquiler, ya en los depósitos en los Bancos... «ya de otra manera», «a que los entreguen» para los nuevos empréstitos.

Esta idea que apunta ya tímidamente al año de guerra, al año y medio, cuando la fantástica danza de los millones sea aún mayor, pudiera convertirse en realidad, y entonces, ¿dónde esconder el oro? El oro, que es la única moneda soberana, el único poder adquisitivo de verdad en este derrumbamiento de todos los papeles.

Nuestros abuelos españoles tenían en casa sus

cofres de peluconas. Algunos de estos cofres de maravillosas cerraduras, máximas obras de arte de cerrajería, andan por ahí en las casas de los anticuarios.

En las épocas revueltas nuestros abuelos metían su oro en recios cacharros, cavaban hondo en la tierra y escondían allí su tesoro, alrededor del cual vagaba más tarde un inquieto espectro en las noches de luna...

La mayor parte de los muertos que se aparecían en el siglo XVIII y aun a principios del XIX, movidos por una ansiedad persistente, venían a decir dónde estaba el dinero y a rogar que se invirtiese en misas y en obras de misericordia.

Quien tenía coraje y ánimos para hablarle, debía empezar por esta fórmula de interrogación, que todos conocemos:

—«De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra...»

El espectro—¡claro!—respondía invariablemente que «de la otra», y así se entablaba el breve diálogo, en el cual era revelado el secreto escondite donde yacían las buenas onzas de 16 pesos... ¡ay! muy señoras mías, que yo vi aún guardadas en las víboras de cuero que los labradores ricos de la Nueva España llevaban como cinturón.

Cuando yo era niño, mi mamá me refería que, siempre, antes de llegar al cacharro (cántaro u olla) en que estaban las peluconas, los excavadores encontraban un esqueleto; a veces dos.

Eran los de aquellos que habían cavado el agujero, y a quienes el amo cruel mataba allí mismo, a mansalva, a fin de que nadie más que él supiese del escondite.

Yo, naturalmente, me creía estas cosas a pies juntillos.

Mi abuela, que murió más que octogenaria, cuando yo tenía apenas diez y seis años; que vió al cura Hidalgo entrar triunfante en una ciudad de segundo orden de Méjico (cogida—según me relataba—de la capa de su tío, que era alcalde); mi abuela, que más tarde asistió a la jura del emperador Iturbide, en la cual se arrojaron al pueblo (así lo decía ella) buenas onzas de oro desde los balcones del viejo palacio nacional, estaba convencida de que en mi casa había un tesoro, convicción que subió de punto después de cierto sueño que una tía mía tuvo, y en el cual vió y habló a un caballero vestido a la usanza del rey Fernando VII («el Deseado», para quien en Méjico, según cuentan, se destinaba «in mente» el maravilloso palacio de Minería, obra de Tolsa). El tal caballero dijo a mi tía que en el salón de recibir había un tesoro; pero el movimiento de la diestra con que señaló el sitio, como movimiento de fantasma, al fin, fué algo vago... y a pesar de varias excavaciones, que a mí me deleitaron y que fué preciso hacer merced a la tozudez de mi abuela, no se encontró nada... Es decir, sí se encontró algo: yo encontré un hueso, una canilla, que su-

puse era de uno de los excavadores, víctima del asesinato de marras, pero de la cual mis menguados o nulos conocimientos anatómicos de entonces no me permitirían ahora afirmar si era hueso de algún animal o de algún «cristiano».

Después leí *El Escarabajo de Oro,* de Edgardo Poe, y otros muchos cuentos en que se habla de tesoros escondidos; pero nunca he vuelto a encontrar la emoción, el encogimiento tembloroso de mis entrañas, ante aquella canilla seca, que acaso era de ternero...

Pues bien: todo se repite.

La teoría del Retorno Perpetuo, que mataba de angustia a Nietzsche, es cierta, no sólo respecto de los Kalpa de la filosofía esotérica, sino dentro de la propia relatividad de nuestras épocas.

—¿Queréis que todo esto vuelva a empezar?—preguntó Zaratustra.

—¡Sí!—respondieron a coro *(Also, Sprach Zaratustra).*

Yo digo en un soneto:

«En todas las eternidades
que a nuestro mundo precedieron
¿cómo negar que ya existieron
planetas con humanidades,
y hubo Homeros que describieron
las primeras heroicidades,

y hubo Williams que ahondar supieron
del alma en las profundidades?
Serpiente que muerdes tu cola,
inflexible círculo, bola
negra que giras sin cesar,
refrán monótono del mismo
canto, marea del abismo:
¿sois cuento de nunca acabar...? (1)

Sí, bien sabemos que todo recomienza; las ideas, los prejuicios, las modas de otros tiempos... el antaño y el ayer; el *naguère* y el *jadis;* los cesarismos, que alternan con las demagogias; el ateísmo agresivo, que alterna con la devoción... ¡Mareas, mareas del abismo!

Y una de las cosas pintorescas que va a empezar de nuevo es la costumbre de los «entierros», cuyas historias estremecieron de delicia mi infancia.

Volverán los espectros en las noches de luna a decirnos dónde están los cacharros repletos de luises y libras esterlinas, enterrados por los buenos abuelos medrosos del año de 1915. «Cuando la gran guerra...» El *bas de laine,* temeroso de su fragilidad, se vaciará en cofres fuertes, protegidos contra la herrumbre, que irán a los subterráneos misteriosos.

El «crédito» en que se basaban las transaccio-

(1) *El Estanque de los Lotos,* vol. XVIII.

nes del mundo, al crédito definido estupendamente (¿por Guyau?) como «un acto de fe», habrá sucumbido quizá por un siglo, a manos de la desconfianza, del pánico financiero.

Cada país venderá sus trigos, sus aceitunas, sus vinos, sus ganados, sus paños, como hoy, estrictamente por oro, y revivirán aquellos avaros de cuento que metían en el oro sus largas manos uñosas, y con íntimo deleite las dejaban chorrear monedas amarillas sobre el fondo del arca...

Júpiter seductor, en lluvia de oro volverá a cambiarse y no en lluvia de cheques ni de azulados billetes de Banco.

El oro, «energía condensada», según otra definición célebre, ya no se vestirá de papel. En su magnífica desnudez, santa y maldita al propio tiempo, lo contemplará el mundo...

He aquí, pues, otro de los probables resultados de esta «guerra».

❀

«¡El préstamo forzoso!» ¡Qué capítulo ha sido tan peregrino en la historia de nuestros cuartelazos americanos!

¡Quién iba a decirnos que un día del año radiante de 1915 podría implantarse en Europa!

De hecho, en Constantinopla, allá a principios de la guerra, parece que se abrieron, por orden superior, las cajas alquiladas por los Bancos a sus clientes. Tengo idea de que en Bruselas se hizo

o pretendió hacerse lo mismo. Que se haga un día esto en Berlín o en París, y el crédito, el consabido «acto de fe», morirá para siempre.

Por lo pronto, tal o cual Banco nacional de Europa se contenta con recibir el oro que quieran llevarle en cambio de billetes, recompensando a los particulares que tal hagan con una especie de ejecutoria de patriotismo, consistente en recibos especiales que de ello darán testimonio.

Tales recibos, claro, no servirán nunca para que se devuelvan los luises recibidos. El particular regala al Estado la prima que tiene el oro sobre el billete en algunos de los países beligerantes, y, a cambio del regalo, recibe su testimonio de patriota.

No deja de ser optimista esta idea de que el oro es patriota. Nosotros creíamos que el oro no era ni patriota, ni valiente, ni abnegado... Pero como Dios premia a los optimistas, sobran particulares que lleven sus monedas.

¡Y hay quien calumnia aún a la humanidad!

¿No es un acto de valor y de abnegación considerable eso de vaciar la escondida media de lana, salvaguardia única quizá del pan venidero, y recibir en cambio algunos papelillos de colores con la garantía de Estados que se debaten entre las garras del más espantoso desastre financiero de los siglos, que sufrirán una sangría, valuada por los moderados en doscientos mil millones de francos, si la guerra dura sólo dos años?

... Pero, para que este optimismo no nos lleve

hasta la congestión, conviene decir que muchos siguen escondiendo sus monedas; que muchos quizá acabarán por enterrarlas, y que un día, dentro de muchos años, cuando el colectivismo triunfe, e ideales más serenos y plácidos iluminen a la humanidad, acaso la reja de los arados choque frecuentemente con los cofres llenos de luises y de libras esterlinas, que la prudencia o el pavor enterraron, y los claros y bovinos ojos del labrador miren con curiosidad aquellos discos inútiles ya, por los que corrieron mares de sangre, de lágrimas, de angustia, y que no servirán para nada, absolutamente para nada, en los albores santos de la «era» que comience...

El labrador, a quien supondremos filósofo, palpará pensativo las piezas relucientes...

Imaginaremos que el sol cae augusto a lo lejos. Las meditaciones son buenas hermanas de los ocasos.

El labrador, cerrando los ojos, verá el desfile de los «capitanes», desde los albores sangrientos de la humanidad, hasta los sangrientos crepúsculos de 1914 y 1915, en que la «última guerra» amenazó con destruir la paciente y dolorosa obra cultural de los milenarios...

Todos esos capitanes, seguidos de sus electrizados rebaños de hombres, lucharon y murieron por el oro (aunque llamándolo con distintos nom-

bres...) Todos los constructores de imperios, sobre el oro y para el oro los edificaron, y el oro, como un huracán amarillo, los destruyó más tarde.

Verá también el labrador el desfile de las mujeres... ¡Cuán pocas amaron! ¡cuántas se vendieron! El oro era para esas mariposas llama irresistible. Por una colmada escarcela, sucumbían las fidelidades, se desquiciaban las promesas...

Verá después el desfile de políticos, de gobernantes, de pastores de pueblos, de magistrados. ¿Cuántos de ellos pasaron por el pantano amarillo sin mancharse, como el plumaje del poeta?...

¡Rarinantes in gurgite vasto!

La justicia, rendida al mejor postor; los puestos públicos—así entre tirios como entre troyanos—no al mérito, sino a la «influencia» entregados, es decir, al «oro» en una de sus múltiples manifestaciones.

¡Cuánta ignorancia en todas partes!

¿Y para qué?...

He ahí los discos ya inútiles... ¡Los diabólicos discos que ya no pueden comprar nada!

El labrador de los futuros tiempos los sopesará un instante aún en su diestra y después, con un soberano movimiento de indiferencia, de desdén, acaso de asco... y también de melancolía, los arrojará a lo lejos, entre los trigos, que erguirán sus cabelleras rubias (oro bendito) para recibir el beso (de oro divino) del sol.

LEVIATÁN

Sean cuales fueren los resultados de la gran guerra; gane quien gane o que no gane nadie, después de la paz vendrá en todos los pueblos civilizados un formidable período de organización.

El Estado irá paulatinamente asumiendo los servicios públicos y ordenará las diversas actividades sociales.

Ya no sólo será legislador y director: será constructor, será almacenista, será industrial: lo será todo.

El mundo entero constituirá un organismo cada día más perfecto, y acabará por tener una personalidad, no jurídica ya, no social, no geográfica, no histórica, sino individual.

Será un individuo completo.

Se verá entonces surgir aquel monstruo de que nos habla Paulowski en sus divertidas utopías: Leviatán, «microcéfalo colosal», superior a los

hombres y que los envolverá como a otras tantas células de su cuerpo gigantesco.

Paulowski no inventó, por cierto, ese monstruo. Ese monstruo viene de muy lejos.

Ya Tomás Hobbes, el famoso pensador inglés, nos habla de él, y Paulowski honradamente lo cita.

Hobbes escribió el «Leviatán, o la forma, la materia y el poder del Estado», manual de despotismo en el cual se demuestra que «siendo los hombres por naturaleza lobos los unos para los otros, sólo logran sustraerse a tan lamentable destino sometiéndose al príncipe, que tiene todos los derechos, ya que a cada momento salva a sus súbditos de la muerte y puede, por consiguiente, imponerles lo que le dé la gana, dogmas científicos o creencias religiosas».

Poned *Estado* donde Hobbes dice *Príncipe* y tendréis apuntada la tiranía post-bélica, que se acerca, que empieza ya a gravitar sobre los hombres.

Leviatán, que venía formándose lentamente, creció mucho cuando la Revolución francesa.

Entonces empezó a insistirse en ciertos fenómenos colectivos. Se habló de *lazos jurídicos entre los hombres;* se expuso el nacimiento de la sociedad civil y del contrato social; se trató en numeros volúmenes del organismo social, del maquinismo contemporáneo y se llegó hasta a comparar muy estrechamente este organismo al cuerpo humano.

Cuando Bergson vino a Madrid y nos dió aquellas dos admirables conferencias del Ateneo, que yo escuché religiosamente, explicó la teoría del Estado según los alemanes, y según los ingleses y franceses. En concepto de estos últimos, todo Estado, por pequeño que fuese, considerábase como una persona completa, y tenía, por tanto, derecho a la vida.

Esta mitigada tesis, después de la guerra se volverá, por aglutinación, *planetario-personal*, y las pequeñas individualidades se convertirán en simples órganos de la persona total, que es el planeta..., mientras no creamos, como indica ya tanto filósofo, que el universo entero es una persona...

Se ha discutido muchos siglos, sin resultado, acerca de si el hombre es libre, y luminosísimos filósofos han demostrado hasta la evidencia que sí lo es... y que no lo es.

Los filósofos escolásticos, la bandada aristotélica, han sostenido en voluminosos tomos que sí lo es. Otros muchísimos filósofos afirman que no.

Locke, por ejemplo, el gran pensador inglés, nos dice que «recurriendo a la experiencia, y sólo a ella y no al sentimiento, el hombre no es libre».

«Una voluntad, según él, está determinada siempre por otra voluntad, y esa por otra, hasta

lo infinito, o por un motivo, un peso, un móvil que la hacen inclinar a derecha o a izquierda. Siempre hay voluntad, es decir, deseo preciso y vivo de hacer una acción, o de continuarla o de interrumpirla; pero esa voluntad no es libre, porque figurársela libre es figurársela como capaz de querer lo que no quiere. La voluntad es *una inquietud de obrar* en tal o cual sentido, y esa inquietud, a causa de su carácter de inquietud, de emoción fuerte, de tensión del alma, nos parece libre, nos parece una fuerza interior, que es autónoma e independiente; el esfuerzo nos da conciencia de la voluntad.

»No neguemos esa tensión; pero sepamos bien que es el efecto de un poderoso deseo, tan vivo, que está irritado por el obstáculo y que nos escuda, por decirlo así, contra él; es una pasión que domina y llena todo nuestro ser, de tal modo que nunca nos hallamos tan apasionados como cuando creemos querer, y, por consiguiente, mientras más queremos, menos libres somos. (Faguet: *Iniciación filosófica.*)

Schopenhauer escribió un «ensayo sobre el libre albedrío», en que acumula los argumentos contra él. Confieso que lo leí con encanto hace algunos años. Georges Renard tiene un libro intitulado *L'Homme est-il libre?*, en el que quiebra muchísimas lanzas en pro del *Esclavo Albedrío*, y por su parte, Emerson dice:

«Si en la cosa más pequeña pudiésemos pertur-

bar el orden de la naturaleza, ¿quién querría aceptar la existencia?»

Yo no sé nada de nada, no concluyo en tan ardua y capital cuestión; pero sí diré que, suponiendo al hombre libre hasta cierto punto, al llegar el mes de agosto de 1914, a partir del día 2 de ese mes memorable en los fastos del planeta, ya empezó a ser esclavo, y cuando venga la paz lo será del todo.

El individuo planetario organizará nuestra vida colectiva como el subconsciente, o el dios biológico, o lo que sea, organiza nuestra existencia corporal, y ya no podremos ni respirar sino a compás del ritmo del mundo.

Será cada uno de nosotros para su Estado como una célula para el cuerpo humano. Habrá hasta hombres-fagocitos y hombres-leucocitos. A su vez, cada Estado, según dije, se convertirá en un órgano del gran Estado Mundial: ser cuyo cuerpo es el planeta y cuya alma es el conjunto de nuestros pensamientos y voliciones.

Es posible que al principio haya dos confederaciones de pueblos, o mejor dicho, dos grandes Estados antagónicos; pero poco a poco irán acercándose, tendiendo puentes, y al fin, los dos vendrán a estar tan íntimamente unidos como las mitades que forman el hombre, teniendo entrambos, como en el hombre, un solo corazón y un solo estómago. (¿No se habla ya, por ventura, de la «Sociedad de Naciones»?)

Nosotros, células de ese gran cuerpo, de «ese Grandísimo hombre», que hubiera dicho Swedenborg, habremos de desempeñar únicamente aquellas funciones y aquellos menesteres que se nos designen, y así como en nuestro organismo las células que fabrican huesos no pueden elaborar cartílagos, y las que fabrican cartílagos no pueden elaborar carne, así nosotros mismos no podremos, de padres a hijos, hacer sino las mismas cosas, por los siglos de los siglos, hasta que nuestro cuerpo vaya adaptándose al oficio, de tal modo que se efectúe una especificación distinta para cada especialidad y el hombre-tuerca sea tan diferente del hombre-palanca como lo es una palanca de una tuerca...

Wells nos contaba que en la luna pasa algo de esto; pero claro que pasa en mayor escala, porque, según el propio Wells, los selenitas son invertebrados, y el esqueleto óseo que nosotros tenemos, en ellos no ha existido y no ha podido limitar el desarrollo de ciertos órganos.

La cavidad craneana, por ejemplo, en ellos no ha tenido estas paredes calizas que nos impiden a los hombres alejarnos tan de prisa como quisiéramos de la animalidad; y así resulta que su cerebro se ha desarrollado hasta adquirir proporciones gigantescas.

Los eruditos de Selene, gracias al desarrollo de sus circunvoluciones, jamás han necesitado volverse ratas de biblioteca, y saben todas las nimie-

dades posibles, sin libros: ellos son el libro palpitante y animado.

Confieso que me seduce, por los que sobrevivan a la catástrofe actual y por los que vengan después, esta edad de la organización y del Estado Omniscio. ¡Qué disciplinaditos van a ser todos!

En cambio, no habrá miseria, ni siquiera pobreza, ni por ende veleidades revolucionarias.

Las células rebeldes, como las que producen un quiste en nuestro cuerpo, serán suprimidas por la cirugía del Estado en un santiamén.

Las calles parecerán espejos; las casas, relicarios. Las ciudades ya sabemos que serán circulares, con barrios concéntricos.

El amor estará tan reglamentadito, que ni se acordará nadie de ciertas antiguas miserias, de las que tan donosamente se reía Voltaire en su *Cándido*.

... Pero confieso que experimento cierto alivio al pensar que para entonces yo ya no estaré en este acabado conjunto del planeta, y que me habré ido para siempre, con mi individualismo, vitando, a alguna estrella... a Sirio, si os place, para ver este mundo desde su radioso punto de vista.

NUESTRO DESAMPARO

Madrid, noviembre, 1915.

A lo que parece, los horrores de esta guerra demuestran perentoriamente que Dios no gobierna el planeta y que si posó en él su planta divina debió ser hace mucho tiempo, hace muchos milenarios... allá en la edad de oro o antes, cuando, según Novalis, la naturaleza se petrificó de sorpresa, de amor y de miedo ante su presencia, formándose entonces las rocas, los abismos, las montañas, que son como las huellas del pasmo del mundo al mirar lo inefable...

¿Cómo es posible, se preguntan todos los días los escritores que comentan la guerra, cómo es posible conciliar tales horrores con la idea de la Providencia, «que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza, y sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol»?

El noble e inquieto espíritu de Manuel Bueno, que revela siempre en sus escritos una preocupación honda y poderosa ante los problemas filosóficos modernos, decía en días pasados que el mundo «se hallaba en un divino desamparo» y que nada podía esperar sino de sí mismo.

Se comprende perfectamente tal actitud mental ante el espanto de determinadas catástrofes, sobre todo de la presente, cuando se ve que una camarilla militar de Berlín tiene el poder de lanzar al planeta a un abismo tal de horrores. No parece concebible que un Dios que guía al universo hacia fines seguramente buenos, pueda permitir tales cosas, y hay filósofos que prefieren afirmar, como Schopenhauer, que la Voluntad, única cosa en sí, no tiene fin ninguno, o como Nietzsche, que Dios ha muerto hace mucho tiempo.

En cuanto a los poetas, ¿cuál de ellos no se ha preguntado alguna vez como Espronceda:

¿Quién es Dios? ¿Dónde está? ¿Sobre la cumbre
de eterna luz que altísima se ostenta,
tal vez en torno de celeste lumbre
su incomprensible majestad se asienta?...
¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerte lanza
al inocente que le implora en vano?...
¿Embebido en su inmenso poderío,
es Dios el Dios que goza en su hermosura,
que arrojó el universo en el vacío,
leyes le dió y abandonó su hechura?...

A esclavitud eterna condenada,
a fiera lucha, a guerra interminable
tal vez estás, divinidad sublime,
que otra divinidad de inercia oprime.

Recuerdo que a propósito de una catástrofe, la de Mesina, y de las guerras balkánicas, el ardiente y piadoso Wilfred Monod fingía un diálogo entre un sacerdote y un abogado, del cual entresaco y traduzco lo siguiente:

El abogado.—¿Ha contemplado usted espectáculo semejante y cree en Dios?

El sacerdote.—Los males de la guerra deben imputarse a la necedad y a la ferocidad humanas.

El abogado.—De acuerdo. Pero si la humanidad, como usted lo enseña, ha sido creada, el responsable autor de los crímenes del hombre es el Creador.

El sacerdote.—No, puesto que el hombre fué dotado del solemne poder de elegir entre el bien y el mal, pues que fué dotado del libre arbitrio.

El abogado.—No tengo humor para filosofar sobre este montón de cadáveres... ¿Y la marejada que hizo unas doscientas mil víctimas, estaba dotada también de libre arbitrio?

El sacerdote (serio).—La naturaleza es el órgano del Todopoderoso. «El Eterno, reina», escribía el salmista. Nada acontece sin su orden.

El abogado.—Allí le querría ver a usted... Pues bien, una vez más: yo no comprendo que un

hombre honrado pueda creer en Dios. Ustedes tienen más corazón que su divinidad. ¡Cómo! ¿Ella ha querido esta mortandad espantosa? Se ha encarnizado con las mujeres y con los niños, a traición, sin que nadie la provocase, sin prevenir a nadie. Siquiera los militares, antes de matarse, se declaran la guerra.

El sacerdote.—Me he explicado mal. Dios no ha «querido expresamente» la catástrofe; la ha «permitido».

. . . . . .

El abogado (pálido).—Dios no la ha querido, ¿no es esto? Pero la «permite». ¿Y la permite después de haberla previsto, sin duda?

El sacerdote.—Yo estoy tan conmovido como usted. Yo, hace un momento, lloraba, titubeando, en las tinieblas, entre los cadáveres enlazados de una familia. Pero me repito con sumisión: «Los caminos de Dios no son nuestros caminos».

La enfermera.—Permítanme, señores, una simple advertencia: yo, que estoy consagrada al cuidado de los enfermos y de los agonizantes, me hago todos los días las preguntas que ustedes se hacen. Un terremoto de algunos instantes formula estas preguntas con estruendo; ¿pero y un cáncer de algunos años?... Comenzar a nacer es comenzar a morir; la muerte llamada natural es un suplicio que consiste en ser quemado a fuego lento.

El abogado.—¡Justo! ¡Justo! El destino humano entero es el que permanece incomprensible con la

hipótesis de un Dios bueno y omnipotente. Yo concluyo, pues, que el mundo rueda al azar, en la noche glacial del espacio.

La enfermera.—Puede uno no admitir la intervención perpetua de un Dios en los asuntos de la tierra y escapar, sin embargo, a las lúgubres conclusiones de usted. He aquí un librito, el *Nuevo Testamento,* que me acompaña por todas partes. Pues bien, encuentro en los Evangelios estas palabras de Cristo, palabras, ¡ay!, de circunstancias, de ocasión, incidentales: «Esas diez y ocho personas sobre las cuales se derrumbó la torre de Siloé, matándolas, ¿creéis que eran más culpables que todos los otros habitantes de Jerusalén? No, yo os lo declaro.» Así, pues, Jesús mismo admite que las piedras cayeron indiferentemente sobre los justos y sobre los pecadores. ¿Y por ventura, se volvió ateo por eso?

Aquí está la clave de la cuestión: el mundo, medido con nuestra lógica, resulta absurdo. Los filósofos materialistas nos dicen que marcha al acaso, que no existe más que la armonía de las fuerzas. En cambio, los más altos espíritus de la humanidad y el más alto de todos, Jesús, a pesar de que veían este ilogismo desconcertante, tuvieron «unánimemente» una actitud de amor hacia lo «absoluto». El absurdo aparente del mundo ni los desconcertó ni los volvió ateos. Nada era sufi-

ciente para hacerles negar a un Dios a quien «sentían» dentro de su alma.

Ahora bien; pues que hemos de seguir a alguien en nuestra orientación metafísica, pues que una actitud inédita ya no es posible en el mundo (sino para los imbéciles que, según Goethe, son los únicos que pretenden pensar y hacer cosas absolutamente nuevas), ¿por qué no seguir a estos guías divinos, a estos maestros, a estos espíritus maravillosos, imitando su sabia sumisión ante lo invisible y ensayando su afirmación sobrehumana?

El «divino desamparo», de que habla el insigne Manuel Bueno, lo sintió como nadie Jesús en un momento infinitamente angustioso y trágico, cuando exclamó: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?»; y, sin embargo, murió suspirando: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», lo cual significa dos afirmaciones supremas: la existencia de un Dios, bueno a pesar de todo, a quien llama padre, y la inmortal existencia del alma.

Platón, por su parte, antes que negar a Dios prefirió creer que ese Dios luchaba con una necesidad ciega, de origen incomprensible para nosotros (el Ahriman de los persas), a la cual acabaría por vencer. Para él, que con razón ha sido llamado «divino», el triunfo del bien era lento, lejano, pero seguro.

Renán mismo cree que «el progreso científico es *l'Univers prenant conscience de lui même*», es

decir, un Dios *infieri,* un «Dios que se está formando» y al cúal aún no debemos acusar de nada, ya que no tiene todavía una total conciencia de sí mismo.

Dios piensa en nosotros (con un pensamiento subconsciente, cuyas llamaradas visibles son los genios); se perfecciona, sufriendo, en nosotros. Nosotros, con nuestra ruda y dolorosa experiencia psicológica, con nuestro penosísimo aprendizaje mental, con la afinación de nuestro espíritu y de nuestros sentidos estamos «fabricando a Dios» y formando para El (merced a actos de altruísmo repetidos, que en las generaciones futuras se habrán convertido en instintos) un instrumento y un templo digno de su divinidad.

«*Qui de nous va devenir un Dieu?*», se preguntaba ya el gran poeta, y podría contestársele:

Todos, la humanidad entera, la especie. *(Eritis sicut Dii...)*

¿Por qué, pues, en vez de acusar a un Dios «exterior», que no sabríamos dónde colocar, para el cual no tendríamos bastante espacio en el mullido cojín de todas nuestras nubes, no nos acusamos a nosotros mismos de las calamidades originadas por los hombres?

¿Sería digno de ese Dios el bajar de su cielo para decir al Kaiser y a sus docenas de generales de monóculo. «Os prohibo hacer la guerra, mutilar hombres y catedrales, ultrajar mujeres, arrasar campos»? ¿No resultaría ultrarridícula una divini-

dad que, como las de *Ilíada,* se pusiese de un lado o del otro, apoyase a los rusos o a los prusianos?

Un día llegará en que la Especie, fuerte y consciente, no tolerará la existencia de esos seres troglodíticos cuya sola razón de ser es el exterminio.

Pero si tenemos impaciencia y queremos precipitar los albores de ese día, empecemos por perfeccionarnos individualmente todo lo posible.

¿Queremos que reine la justicia? Pues comencemos cada uno por hacerla imperar en nuestro espíritu, en nuestro rededor, en nuestra grande o pequeña zona de influencia.

¿Queremos que reine la piedad? Pues levantémosle un santuario como los antiguos romanos y seamos piadosos con nuestros semejantes. ¿Queremos que reine el amor? ¡Pues amemos! ¡Amemos siempre! ¡Amémoslo todo!

... Claro que es mucho más cómodo hacer reproches a Dios, a semejanza de los pueblos inferiores, que acusan de sus defectos personales al Estado.

Mucho más fácil es, no lo niego, que el mundo se perfeccione para que *velis nolis* acabemos por perfeccionarnos nosotros, avanzando contra nuestra voluntad, como los perros que van atados a los carros...

Pero esta actitud de esperar a que nos toque fatalmente el ser mejores, se parece a la del borracho del cuento, a quien, en vista de que el

mundo le daba vueltas, le pareció más cómodo que ir a su casa, aguardar a que pasase frente de él para meterse en ella...

Más práctico, más viril, más bello es empezar el perfeccionamiento de la sociedad, no de la periferia al centro, sino del centro a la periferia (ya que, en realidad, cada uno de nosotros es el centro del mundo, no de otra suerte que el centro del espacio, según la definición spenceriana, está en todas partes, no estando en ninguna su circunferencia).

¿Quién de nosotros no ha cometido con un débil una de esas injusticias que después reprochará a la sociedad?

O como dice Gutiérrez Nájera en su *Pax animae:*

> ¿Quién está cierto de no haber matado?
> ¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

Tenemos, por otra parte, una errónea manera de dolernos de las cosas. Nos espantan las catástrofes, porque creemos que son innumerables los seres inocentes que sufren en ellas. ¿Pero, por ventura, la vida no es una catástrofe perpetua en la que superabundan las víctimas inocentes? ¿Os imagináis que el hombre que padece de una enfermedad crónica que no le deja un punto de reposo, de una neurastenia aguda, por ejemplo; que el que sufre miseria perpetua en plena paz y pompa

de las naciones, es menos infeliz que el que ahora está enterrado en las trincheras?

El metro para medir las catástrofes, los dolores de la humanidad, es el «estado de conciencia de quienes lo sufren».

El estruendo, el aparato, la publicidad de una desgracia, no añaden nada a su potencia interior, no aumentan nada en el estrago de las almas.

De puro sabido se ha olvidado ya que la cantidad de dolor corresponde a la cantidad de noción del mismo que hay en nosotros, por lo cual Salomón decía (ha llovido desde entonces, ¿eh?) que «quien añade ciencia añade dolor».

¿Habéis visto alguna vez caer a un epiléptico presa de su horrible ataque? Sus labios están llenos de sanguinolenta espuma; sus miembros se retuercen convulsivamente; su gesticulación es penosa de ver... y, sin embargo, aquel hombre no sufre nada, no siente nada, no sabe nada.

En los terremotos y otras grandes catástrofes, como en la ya citada de Mesina, se ha comprobado que el «pánico es anestésico», y que muchas gentes mutiladas, enterradas vivas bajo los escombros por espacio de semanas enteras, no han tenido noción exacta del tiempo ni han podido calibrar la magnitud de su desgracia.

Con respecto al temor de morir, recuerdo la encuesta iniciada no ha mucho en Londres por un médico eminente y las contestaciones de muchos de sus colegas, quienes declararon que, en gene-

ral, los enfermos no tienen conciencia de su estado, y, por tanto, ni temen ni anhelan la muerte.

Más aún: cuando un inesperado accidente determina el que una persona se encuentre en grave riesgo de morir, lo notable es que ésta no presenta signos particulares de miedo, sino que, por lo general, ocupan su espíritu otras ideas.

El célebre explorador Livingstone fué una vez atacado súbitamente por un león, que comenzó por devorarle un brazo; un socorro providencial le libró de la muerte, y el explorador aseguró no haber sentido ni miedo ni dolor, preocupándole tan sólo el saber qué parte de su cuerpo mordería la fiera después de devorarle el brazo.

El embajador turco en Londres, Rustem Bajá, fué asaltado en una cacería por un oso, que le desgarró la mano derecha, el brazo y el hombro; tampoco sintió miedo ni dolor. Eso sí, le irritaba oir los gruñidos de alegría del oso mientras se regalaba con la carne del embajador...

Un oficial inglés, Eduardo Bradford, estando recientemente en la India, fué atacado por un tigre. La bestia devoró el brazo izquierdo del oficial, quien no sintió dolores, salvo el momento en que los dientes del tigre se hundían en su carne.

Y, por último, un sabio de Berlín, que en unión de varios compañeros recorría las montañas de Suiza, cayó un día con su caravana en un abismo; todos sus compañeros perecieron y él se salvó por

milagro; refiriendo después que durante la caída sólo tuvo ideas indiferentes.

¿Recordáis la dolora de Campoamor: «Lo que se piensa al morir»?

El moribundo pensaba solo:

> En aquel ritmo vacío
> de la canción de su hermana:
> «Cri-cri, cantaba la rana,
> cri-cri, debajo del río».

El admirable anciano que se llamó Fontenelle, momentos antes de expirar, al preguntarle qué sentía, respondió:

—Nada, sino que se me va haciendo difícil vivir.

Brillat Savarin decía a una parienta suya que le asistía:

—Si llegas a ser vieja como yo, verás que la muerte no es más que un deseo de morir...

El poeta Schiller, moribundo, susurraba con tenue voz:

—Siempre mejor... cada vez más tranquilo...

La propia muerte patológica, en los años de mayor vigor, es, según observaciones frecuentes, un lento amodorramiento sin dolor, como lo han testimoniado los que recobran la salud después de haber pisado los umbrales de la otra vida.

«¡Oh, vuelvo de muy lejos! ¡Qué bien me encontraba! ¿Por qué me habéis despertado?»—decía una señora, cuya hija me lo refería, después de un prolongado síncope. Idéntica sensación, se-

gún leo, dijeron haber experimentado otra señora amenazada de muerte por peritonitis, y otra que padeció fiebres tifoideas, y los ejemplos de este género podrían multiplicarse.

Existe en ciertos casos hasta la alegría de la muerte. *La Vita,* en un artículo publicado no ha mucho, recordaba que el general de Lounaz, muerto hace años en Roma, hizo suspender al sacerdote la recomendación del alma para pedir una botella de champaña y brindar con él y con los asistentes por el rey y por el ejército.

El célebre escultor Bouchardot, luchando ya con la muerte, decía al cura que le presentaba un crucifijo:

—No, no, señor cura; quítemelo de delante: está muy mal hecho.

La misma anécdota se ha referido de Alonso Cano.

Y para citar algo nuevo referiré que, hará a lo sumo un mes, un particular y muy querido amigo mío, al ir a tomar un tranvía en la calle de Alcalá fué atropellado por un coche, recibiendo en el temporal izquierdo un formidable golpe, del cual convalece aún. Un milímetro más hacia la derecha, y hubiera muerto.

Le pregunté:

—¿Qué sintió usted?

—Nada. Mi último recuerdo es el de haber avanzado hacia el tranvía.

—Pero ¿y el golpe?

—No sentí nada, absolutamente nada. Al volver en mí en la Casa de Socorro, me sorprendió encontrarme allí. Un médico me curaba. Me explicaron lo sucedido... ¡Yo nada sabía!

¡Oh, inconsciencia santa, estado natural del universo, antídoto del mal de vivir, filosofía suprema, condición divina por excelencia!

Pero vengamos a la guerra: ¿por ventura el hecho de que haya dos o tres millones de hombres heridos aumenta el dolor de cada uno de ellos?

¿Existe acaso un ser colectivo por el estilo del que soñó Paulowski en su «viaje al país de la Cuarta Dimensión», con una sola alma, la cual sienta todos los dolores del planeta, todos los dolores del Universo?

Entonces compadezcamos a ese ser formidable y misterioso, a ese titán, a ese dios trágico... y no a cada uno de los hombres que sufren. Aunque, bien mirado, no le compadezcamos, porque su inmenso dolor será proporcionado a su alma inmensa, y resultará análogo en su relación con el paciente a cada uno de nuestros dolores.

Pero apuremos aún la cuestión:

¿Es cierto que en el frente, en las trincheras, los combatientes son dignos de nuestra piedad?

No por cierto; la mayor parte de ellos está embriagada de un generoso vino espiritual.

Un excelente amigo mío escribía a últimas fechas desde su trinchera:

«Mi único dolor es no haber vertido aún mi sangre por la patria. Las balas, «desgraciadamente», me han respetado.»

Un inglés decía:

«Esta vida que llevo ahora es inmensamente superior y «mucho más divertida» que la que llevaba en Londres. No he tenido una sola hora de esplín... ¡Vivimos días magníficos, llenos de emociones extraordinarias!»

¿No pregonaba Nietzsche la excelencia de vivir en los peligros? ¿No aconsejaba que se edificaran moradas en la falda del Vesubio?

La «pesadilla sin fin» de la guerra dista mucho de ser igual a la suma de pesadillas que cada uno de los que ahora pelean llevaba en el alma; a la suma de problemas, de míseros cuidados, de pequeñas tristezas, de diarias mezquindades, a las cuales tendrán que volver los héroes supervivientes después de la epopeya, cuando salgan de este paréntesis rojo en que las linfas de la vida, encrespadas, turbulentas, no han tenido tiempo de reflejar las agudas piedras y los hoscos zarzales del camino...

Los esposos ahora se aman porque están separados y temen acaso a cada instante la ausencia definitiva; porque tienen angustia, y ya sabemos que es la angustia buen abono para la planta del amor... cuyas rosas florecen con misteriosa opulencia en el vaso de la inquietud.

Después, cuando vuelvan a reposar confiados bajo el mismo techo, el hastío se reclinará entre ellos en el tálamo; el fastidio reanudará la desesperante monotonía de su estribillo...

Los que están en las trincheras se dicen a cada paso: «Hoy puedo morir».

Cuando con la vista en el reloj, esperan el momento de lanzarse a un ataque a la bayoneta, mientras la ensordecedora artillería prepara el avance, viven momentos incomparables...

En cada instante está apretada, condensada una vida.

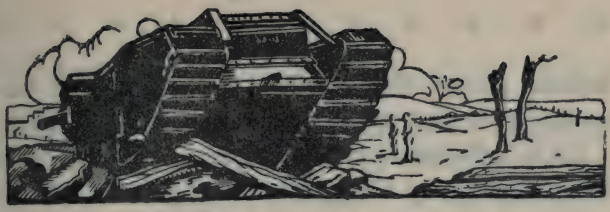
Los creyentes, como el héroe de Paul Bourget, en su última novela *Le sens de la mort,* piensan: «¡De un momento a otro puedo estar en la presencia de Dios!»

Mientras nosotros los neutrales, metidos dentro de la vulgaridad de la existencia, hacemos a las mismas horas las mismas cosas estériles y vanas, ellos sienten el temblor augusto de los supremos instantes. El peligro, que, como decía José Martí, «es una investidura», los llena de grandeza y de dignidad. La inminencia de la muerte amplía hasta el vértigo sus horizontes y los hace ver cosas y sentir verdades que nuestra miopía habitual no nos permite sospechar siquiera.

Esos hombres, aun los más vulgares, sienten la emoción inefable del que se halla cerca de la fuente arcana y portentosa de su ser íntimo, ¡de quien está a un paso de Dios!

Quién sabe si cuando venga la paz y el guerrero de hoy se convierta en el *calicot,* en el *facteur,* en el *concierge* o, si queréis, en el duque o en el deportista rico de antes del cataclismo, no sentirá un profundo desconsuelo y una gran nostalgia de esta vida de ahora, de estos meses de conmociones incomparables, de este perpetuo codearse con las verdaderas, con las grandes realidades y con la más grande de todas, que es la muerte... ¡Quién sabe si no se repetirán con melancolía las palabras de Ernest Lavisse (que el autor de un libro sobre la invasión de Bélgica, que yo he prologado, pone como epígrafe de sus páginas): *Quelle qu'ait été votre vie, heureuse ou malheureuse, vous pourrez dire: «J'ai vécu de grandes journées, telles que l'histoire des hommes n'eut avait pas encore su!»*

No; el mundo no yace en tanto desamparo como creemos en nuestros momentos de tristeza al contemplar el daño que el hombre puede causar, impunemente al parecer, a los demás. El mundo, aunque ello se crea una paradoja, está ahora más cerca que nunca de la verdad, porque, como dice el propio Bourget en su citado libro (y lo habían dicho ya tantos grandes místicos), «cuando sentimos que Dios nos falta es cuando está más cerca de nosotros...» *(«Quand nous sentons que Dieu nous manque, e'est qu'Il est tout près!»)*



EL VATICINIO

Madrid, marzo de 1916.

Dicen que en esta guerra han quebrado la justicia, el derecho, el respeto a los tratados, la moral de los pueblos cultos, la piedad, la misericordia, ¡qué sé yo cuántas cosas!

Ello podrá o no ser; pero lo que sí ha quebrado, de fijo, es el vaticinio. Y tal quiebra es ciertamente dolorosísima para un inmenso número de personas.

No hay, en efecto, gloria que más halague a los hombres que la de vaticinar, quizá porque la visión del futuro es la cualidad por excelencia de los dioses.

Tener talento no es nada. Hoy todo el mundo tiene talento para algo.

Salomón dijo que el número de los tontos era

infinito; pero esto acaecía en los tiempos de Salomón. Hoy casi no hay quien no se pase de listo.

En la antigüedad había algunas almas que eran como cimas muy altas, quizás porque se elevaban sobre un nivel de general simplicidad, propia de la juventud de la especie. Estas cimas pasaron fácilmente el océano plomizo del olvido y han llegado a nosotros circundadas por una misteriosa aureola; mas, a medida que la difusión de las ideas es mayor, hay muchos menos hombres grandes y muchos más hombres inteligentes y listos; por donde, a pesar de que la vanidad humana tiene infinitas asideras, son ya pocos los hombres que se enorgullecen de su talento (generalmente sólo tienen este orgullo los pocos tontos que quedan).

En cambio, no hay hombre, por superior que sea, que no se enorgullezca de ser profeta. Con tal de que su profecía se realice, le importa poco al más sabio y más bueno que venga la peor de las calamidades sobre el planeta:

«—¿No se lo había dicho a usted?»—exclaman. Y se quedan satisfechísimos.

¿Quién es, por ejemplo, el médico que prefiere la salvación a la muerte (vaticinada por él) de un enfermo?

«—¿No lo había yo dicho? ¡Si conoceré el caso!»

En cambio, ¡toda su grandeza de alma no bastará para consolarlo de un falso diagnóstico!

Bien sé que un día la humanidad será tan per-

fecta que habrá profetas (y aun médicos) que se alegren de equivocarse cuando vaticinan y auguran catástrofes; pero por ahora no hay que esperar eso de nadie.

Pues bien, con la actual espantosa guerra ha acontecido que estos señores profetas se han puesto en el más evidente de los ridículos.

Los dioses parece que han tenido a gala despistar todos los juicios, desorientar todas las deducciones, reirse de todos los cálculos.

¡Qué más! Los propios alemanes, quienes habían previsto hasta la cantidad de clavos de repuesto que requieren las herraduras de un caballo durante cada cien kilómetros de marcha, según sea por terreno quebrado o llano, se han equivocado en las tres cuartas partes de sus previsiones.

Ni la guerra duró seis semanas; ni en Francia estalló en seguida la revolución sindicalista, socialista y anarquista; ni las colonias de Inglaterra se sublevaron.

Y lo propio se han equivocado los ingleses y lo propio los millones de profetas que hay entre todos los países y que no escarmientan jamás, a pesar de sus continuos y ridículos fracasos.

Es evidente que una inteligencia que pudiera abarcar de una vez todos los hechos, sabría de-

cirnos lo que acontecería en un momento dado. El futuro es el hijo del presente y el nieto del pasado. Todo lo que va a suceder mañana late ya en germen en el hoy... Y, sin embargo, los hombres más sabios y más astutos son incapaces de preverlo.

Más aún: ni en nuestra propia vida, tan estudiada y considerada por cada uno de nosotros, podemos asegurar la menor cosa. El hecho capital, la muerte, nos coge siempre de improviso; llega, según el simil evangélico, como un ladrón, y hay que velar mucho para adivinar siquiera vagamente su presencia:

Vigilate, quia nescitis qua hora Dominus venturus sit. (Mat. XXIV, 24.)

Tallarí, el ilustre autor, ya moribundo, decía: «¡No moriré porque no quiero morirme y porque me ha dicho una bruja que me pondré bueno!»

Remy de Gourmont estaba muy ilusionado con su mejoría y con su próxima curación, cuando la Invisible le echó las descarnadas manos al cuello...

Tan inesperados como la muerte, llegan el amor y la fortuna.

Aun en la existencia más monótona es enorme el sitio que ocupa lo imprevisto. Cada día trae sus sorpresas, y cuando se está seguro de esta característica por excelencia de la vida, se vive con cierta curiosidad divertida, preguntándose uno a diario: «¿Cómo me sorprenderá, con qué me sorprenderá el día de mañana?»

Menos mal cuando la sorpresa no es trágica o cuando Nuestra Señora la Aventura no nos coge en sus brazos negros y se lanza con nosotros al océano de lo desconocido.

Los astrónomos dicen que se puede predecir la hora, el minuto, el segundo en que, dentro de un siglo, se efectuará la totalidad de un eclipse para tal o cual región, y en cambio, es casi imposible afirmar si lloverá o no lloverá mañana.

Y la vida es así, como la meteorología, y será así mientras una ciencia, mucho más vasta, más poderosa, más comprensiva, no nos enseñe a extraer de los hechos presentes todas las posibilidades del mañana, o modifique de un modo magistral la estructura de nuestro cerebro; porque, ¿quién sabe, en suma, «si desplazando ligeramente un lóbulo cerebral, si orientando de diferente modo la circunvolución de Broca, o desviando un haz de nervios, no veríamos el porvenir como vemos el pasado»?

¿Quién sabe si es cierto que el porvenir existe ya en un plazo inaccesible a nuestra comprensión y si vamos nosotros hacia los sucesos inmóviles, pareciéndonos que sucede lo contrario, «merced a una ilusión semejante a la que nos hace creer en el tren que vienen hacia nosotros los árboles del camino» o a la que nos sugiere ver la luna como barco de nácar que navega a través de las nubes?

No cabe duda, por otra parte, de que el subconsciente de cada uno abre a veces con sus dedos misteriosos, breves y centelleantes resquicios en la sombra que nos rodea, y hay y ha habido muchos predestinados que han visto destacarse en la noche interior las vagas y vastas arquitecturas de su destino... pero generalmente no son los tales quienes se precian de profetas y aun suelen ser gentes harto simples, que no presumen de sabiduría.

•

Pero aun estos videntes, en lo relativo a la Gran Guerra, se equivocan, pues no parece sino que, como decía yo al principio, los dioses en tan solemnes momentos se proponen desorientar y despistar a los hombres.

Al iniciarse la guerra, un ocultista, el señor W. Tudor Pole, dió en Londres cierta conferencia muy curiosa, en la que citó cuidadosamente algunas profecías antiguas y más o menos venerables, que parecen referirse a los actuales tiempos.

Reza una de ellas, oriental (como casi todas), que cuando un Constantino vuelva a ser rey o emperador en Europa y se case con una Sofía, una nueva era amanecerá y la cristianidad regresará a Constantinopla. Y es el caso como hacía notar Mr. Tudor, «que el rey de Grecia se llama Constantino y su mujer Sofía...», aunque, insinúo yo,

no parecen ser ellos quienes entren a Constantinopla. Ya se contentarían con salir bien librados de la espada y la pared, entre las cuales se encuentran.

Otro curioso pronóstico referente a Constantinopla es que llegará un día en que las paredes y la bóveda de Santa Sofía se agrietarán. Entonces estará próximo el fin del imperio otomano. Ahora bien—añade Mr. Tudor con una seriedad absolutamente sajona—; en estos últimos años las paredes de la Mezquita se han agrietado de tal manera, que hay dudas de si el edificio entero podrá resistir algún tiempo más sin derrumbarse.

»Existe—agrega—una sentencia negra (así se llaman las profecías en Oriente), no muy conocida en el Occidente, pero muy esparcida por los Balcanes, relativa a que llegará un tiempo en que el Papa Blanco y el Papa Negro (o sea el general de los jesuítas), morirán la misma noche, y, como consecuencia de esta señal, amanecerá lo que se llama «El Gran Día Blanco». Es una extraña coincidencia la de que el Papa Pío X y el general de los jesuítas murieran recientemente, con dos horas de intervalo uno de otro. El último acto del Pontífice fué enviar su bendición al Papa Negro. A través de todos estos dichos se traduce el mismo pensamiento: el de que una Aurora Blanca, o una era de paz, seguiría después de un tiempo en el que se manifestarían señales y acontecimientos

extraños. Y muchas profecías declaran que esa Aurora Blanca tendría como signo precursor una guerra mundial...»

Aquí se ve de un modo evidente la candidez de las profecías, pues ¿hay algo, por ventura, más fácil de vaticinar que una era de paz sucediendo a una gran guerra; que un período de salud siguiendo a una enfermedad; que días de sol viniendo tras los días nublados? ¿No constituye esta oscilación perenne el mecanismo por excelencia de la naturaleza?

Los quirománticos, que conocen la incorregible credulidad de sus clientes, les dicen siempre cosas análogas:

—«Tendrá usted graves dificultades en sus negocios; pero si persevera logrará lo que desea. Hay una persona que le quiere a usted mal; pero veo otra que vela solícitamente por usted. Morirá alguien que usted ama; pero un nuevo amor embellecerá su vida...» Con eso y con añadir: «Advierto en la mano de usted bellas características; es usted noble, generoso, valiente, etc.», ya está ganado el reluciente luis, y el consultor se marcha maravillado de la sibila...

Con respecto a los grandes sucesos, se anuncian anfibológicamente, con vagas palabras: «Veo una gran luz azul: esto quiere decir que los pueblos adelantarán este año en la senda de las artes y del Ideal. Después veo una gran luz roja: una catástrofe conmoverá ciertas regiones del pla-

neta... Europa atravesará rudas pruebas; pero triunfará al fin... etc., etc.»

Con vaguedades como éstas se enriquece cualquier madame de Thèbes y no hay manera de equivocarse jamás.

Y, en tanto, el enigma, profundo, insondable, hosco, nos cerca; y las almas se agitan dentro de él como en medio de una niebla negra, de esas que en Londres dejan adivinar apenas el misterioso dédalo de la gran ciudad.

¿Cómo, cuándo acabará la guerra? ¡Nadie lo sabe! No lo sabe el Kaiser, no lo sabe Joffre, no lo sabe el alto comando inglés, no lo sabe Cadorna, no lo sabe el Zar...

¿Qué será de la pequeña Bélgica o de la Gran Bretaña? ¡Enigma! Y si de este arcano de los sucesos mundiales pasamos al de los sucesos íntimos, ¡la propia implacable obscuridad!

Cada alma de hombre moderno se formula todos los días, más o menos angustiada, tres o cuatro fundamentales preguntas, a las cuales el destino no se digna contestar.

Y esta angustia crece de punto cuando un ser amado desaparece...

Ayer iba y venía por toda la casa, con suave, sonriente y previsora diligencia, arreglándolo todo, ordenándolo todo... Era el alma, la luz, el calor del hogar... Hoy ya no está en ninguna parte: es

una cosa «que no tiene nombre en ningún idioma». Ha sido preciso envolverla en linos, meterla en una caja y echarla fuera... Se la ha arrojado de la morada tibia y acogedora: ¡a ella que era lo esencial de esa morada...! Se la ha enviado lejos, despiadadamente, a pudrirse bajo la lluvia glacial: ¡a ella que era tan sensible al frío, que gustaba tanto de ver arder a nuestro lado los grandes leños crepitantes de la chimenea, cuya rojiza llamarada ponía un tono trágico en sus dulces facciones y en su suave cabellera rubia; a ella que en el lecho se repegaba cerca del esposo para no tener frío!... Y ahora, resbalará sobre sus carnes la gota de agua helada, y la pobrecita, que amaba tanto el calor espiritual de nuestra compañía, estará sola en las afueras de la ciudad, al lado de otros cuerpos rígidos y extraños, que callan irrevocablemente...

En estos trances indecibles, el alma también quiere saber lo que está después, lo que sigue más allá de las tinieblas... y también lo desconocido enmudece, y como en la admirable estrofa del viejo Malherbe, la muerte cruel

se bouche les oreilles
et nous laisse crier!

❀

¿Pero, y os figuráis la tremenda vida de la humanidad si todos supiésemos nuestro futuro?

Para saber el futuro y no morir de angustia, necesitaríamos ser dioses.

Si el pasado, con no existir ya más que en una lejanía indecisa, como un fantasma borroso..., nos atormenta a veces sobremanera, a un grado tal que se concibe, en el dogma palingenésico, la necesidad del olvido absoluto de las existencias anteriores, o, como expresa maravillosamente Virgilio:

«Anima quibus altera fato
corpora debentur, Lethei ad fluminis nudam
securos latices et longa oblivia potant...

Si el pasado, digo, con estar ya muerto, nos tortura de tal manera, ¿os imagináis el horror de un futuro inevitable, de un Fatum sombrío e inmóvil que obstruyese el camino, y al cual fuésemos, irremediablemente, empujados?

Si la simple aprensión enloquece a tantas almas, ¿quién podría soportar la certidumbre absoluta de un hecho infausto, que fuese aproximándose inexorablemente?

Dícese que no hay tormento moral comparable al de estar en capilla un reo, y así acontece que en los países cultos la ley abrevia cuanto puede tan terrible prueba, mientras llega el tiempo (felizmente llegado ya para algunas naciones) de la supresión de la pena de muerte.

¿Pues qué sería la visión de esta muerte, avan-

zando negra e implacable hacia nosotros durante meses y años?

¿Qué sería, sobre todo, para los felices, para los que se complacen en las riquezas, para los que aman y son amados, para los que piensan que este mundo es su heredad?

¡He allí la flaca y hosca aguafiesta que se aproxima, que se desliza hacia nuestra zona de luz, ella que no es más que obscuridad y silencio!

¡He allí el hoyo que va a contener toda nuestra magnificencia, nuestro orgullo, nuestros títulos, nuestra indigestión de vanidad!

... Y si volvemos los ojos a este problema siempre presente de la guerra, ¡qué nación de las beligerantes podría soportar la abrumadora evidencia de ser aniquilada y vencida, y cómo le sería posible ya ningún ímpetu, esfuerzo ninguno, cuya espantosa inutilidad conociera de antemano!

¡Ah! Ciertamente no debemos quejarnos del celo con que los dioses nos esconden el futuro, y en vez de afanarnos vanidosamente por averiguarlo, debiéramos preparar a nuestros descendientes, con una educación sólida, honda, austera, para ese estado de serenidad, de fuerza espiritual que los harán un día dignos de conocer y de soportar estrictamente su destino!

LA «IMPASIBILIDAD» DE LA NATURALEZA

Un amable cronista de *Le Temps*, el habitual autor de *La vie à la campagne*, Cunisset Carnot, reproducía, hará apenas una semana, cierto viejo tópico, muy traído y llevado siempre que la catástrofe, material o moral, se enseñorea de la vida. Este tópico es el de «la impasibilidad» de la Naturaleza.

«Tantas desgracias—decía—, tantos horribles duelos, tantos inapaciguables dolores, desencadenados en nuestros corazones por esta espantosa guerra: y la paradoja de que no podemos comprender nada de la indiferencia de la Naturaleza para con nosotros parece afirmarse más completamente todavía ahora que antes. Han vuelto las sonrisas de la primavera con su cautivador encanto, su dulzura, su generosidad. El retorno de la bella estación, radiante de sol, vibrante de calor, bajo un

azul maravilloso, ha sido más encantador que nunca... y los ríos de sangre inundan la tierra, que triunfa luciendo su nuevo vestido y acentúan esa cruel contradicción, mostrándonos que en este mundo impasible que nos rodea nada hay para nosotros que se parezca a la piedad...»

¡Cuántas veces, lector, has oído esta queja! No quiere el hombre aceptar la aparente (ya veremos que lo es) impasibilidad de la Naturaleza ante sus dolores. Se cree de tal manera el centro de la creación, que le parece muy natural que ésta se vele de tristeza con su tristeza, llore con sus lágrimas, ruja con sus cóleras y se amanse y endulce y llene de luz con sus sonrisas de felicidad...

¡Singular pretensión!

Veríamos a las fuerzas todas del cosmos en un perenne cataclismo, en una constante cólera, en un continuo sacudimiento, porque es a saber que jamás, en ningún instante, la Humanidad ha sido feliz ni ha estado en paz. El ciclón, la tormenta, las erupciones volcánicas, las marejadas, serían la regla general, si había de concordar la Naturaleza con el variable espíritu de los hombres.

Se cuenta que hace mil ochocientos ochenta y tres años, un sabio que meditaba a la sombra de un árbol, en un rincón perdido del vasto imperio romano, vió de pronto obscurecerse el sol..., sin-

tió temblar la tierra. Un viento angustioso pasaba aullando...

Y no había para esto razón alguna aparente: ni una nube en el cielo, ni un posible eclipse, pues que acababa de llenar la luna.

La Naturaleza en aquella hora de la tarde parecía retorcerse y angustiarse por primera vez en la sucesión de los milenarios.

El sabio, sorprendido, exclamó: «O bien el mundo se desquicia, o el autor de la Naturaleza está sufriendo...»

Justo a aquella hora, en una colina pedregosa, hosca, reseca, un hombre desnudo, clavado en una cruz, exclamaba trágicamente:

«¡Eloi, Eloi, lammasabacthani!»

«¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!»

Y este sería el ideal de las almas atormentadas: que a cada pena suya el Universo se apenase, como dice la leyenda que se apenó a causa del Hijo del Hombre, y que cuando una raza superior padece, como ahora, un calvario tan grande, el sol se obscureciese, temblara la tierra y una sombra de dolor velase las constelaciones...

Pero la Naturaleza parece estar en paz, y los días de las grandes catástrofes, si es la primavera, amanecen tan radiantes como los otros.

La Naturaleza parece estar en paz, sí, porque no sabemos observarla. Si la observásemos con los ojos del pensador, del sabio, veríamos que todas las catástrofes de la Humanidad son una insignificancia junto a la catástrofe «permanente», por decirlo así, del Universo entero.

Coged un grano de arena. Hay en él conflagraciones espantosas. Los átomos, como sistemas solares diminutos, giran en vertiginosa rapidez combinando sus curvas. Estos mismos átomos se disocian en un perenne cataclismo, movidos por una energía misteriosa, la energía intraatómica, y acaban por desvanecerse en el éter imponderable. La disociación de un grano de arena es lenta con relación a lo que el hombre dura... Pero hay cuerpos radioactivos, en los cuales esta disociación es fantástica.

Todo en el cosmos se mueve, se agita, se disloca, se transforma, se desvanece, con una rapidez inconcebible. La materia no es más que una simple variedad de la energía, y la energía no conoce el reposo. Lo que nosotros llamamos reposo, no es «más que una de las formas del movimiento».

Y si esto acontece en cuanto nos rodea, acontece de una manera quizá más admirable en nosotros mismos. A cada instante millones de moléculas salen de nuestro cuerpo, por la perenne eliminación de nuestra economía, y no nos movemos, no respiramos, sin que un torrente invisible

de porciones nuestras nos abandone para ir a otros cuerpos, para asociarse con otras formas de la vida. Asimismo, infinitas moléculas entran en nosotros, de suerte que cuando conversamos con un amigo, cuando miramos a una mujer hermosa, mucho de nosotros mismos se ha ido a formar parte del cuerpo de aquel amigo, mucho de nosotros ha volado con el flúido de nuestros ojos hacia aquella mujer, que se lleva, sin saberlo, algo de nuestro ser y nos ha dejado algo del suyo.

Cada año, y no cada siete, como se creía antes; cada año, quizá, todo nuestro cuerpo se ha transformado. La apariencia es análoga; pero, en realidad, el hombre de doce meses antes ha múerto, está tan múerto como el cadáver de un año ha...

¿Pues y la conciencia, esa perpetua movilidad de la conciencia? No sabemos, en suma, si la conciencia es algo absolutamente inmóvil en el centro de un círculo que gira: el círculo del espacio y del tiempo; pero, en todo caso, los estados de conciencia, o sea la sucesión de puntos de ese círculo, es vertiginosa, y ni dormidos puede decirse que estemos jamás en reposo.

Si alzamos la mirada al espacio, parécenos, en las augustas noches silenciosas, que todo es paz sobre nuestras cabezas; que esos orbes «serenos» giran con el más apacible de los ritmos. Otra ilusión; cada uno de esos orbes es una masa atormentada, de gases ígneos, en conflagración perenne. Llamaradas de hidrógeno estupendas fingen

penachos color de rosa, lenguas inmensas que lamen el abismo...

Desde que un astro nace (no sabemos cómo, pues parece ser que la nebulosa no es su «pañal», sino su «mortaja», según las observaciones modernas), hasta que se apaga y se enfría, no cesa un instante la serie de sus cataclismos. Cuando se ha enfriado, las turbulentas fuerzas que lo modelan parecen apaciguarse; pero en realidad están agitándose bajo su costra, y de vez en cuando se anuncian en potentes erupciones de volcanes, en marejadas y terremotos. Una vez aparentemente apaciguado un planeta por el enfriamiento... surge en él la vida, viene a él la Humanidad, con sus cataclismos morales e intelectuales, con su lucha incesante, con su fiebre, que no tiene fin... Y todavía esta Humanidad quisiera, en su orgullo, que el planeta, momentáneamente apaciguado, vibrara con sus congojas, se estremeciera con sus pavores, se encogiera con sus angustias, se ensombreciera con sus tristezas...

En realidad, no nos damos cuenta de una cosa: de que nosotros mismos somos el dolor, la angustia, la melancolía de ese Universo, puesto que somos nosotros mismos su conciencia.

Dios ha hecho de nuestros ojos los ojos del Universo, de nuestra alma su alma; pues que El no es ni una conciencia, ni un alma, ni nada que

podamos nombrar y definir... ¡Quién sabe si El es sólo una ley!

¡El Universo padece, pues, en nosotros, se retuerce con nosotros, solloza, gime, espera o desespera, ama u odia con nosotros, y es un contrasentido pedirle fuera de nosotros lo que en nosotros mismos está realizando!

Alguna vez me he quejado yo (en verso) de que algunos crepúsculos prodigiosos no fuesen contemplados acaso más que por mis ojos. Queja absurda. Los ojos de cada hombre son los ojos del cosmos. El cosmos se mira, se contempla con la mirada de un hombre cualquiera, y desde el momento en que un ser contemplativo ha sido testigo del lujo y la opulencia de un ocaso o de una aurora boreal, el espectáculo ha tenido «teatro pleno».

En la mansa noche de luna, los hombres se matan... Suena el tableteo seco de la ametralladora. El cañón sacude y atormenta el aire. No hay un pedazo de tierra que no esté removido y bañado en sangre, y del inmenso campo brota el dolor como una rosa de misterio...

Un hombre, en medio de toda aquella angustia, piensa: «¡Y la luna impasible que rueda por el éter, como bola de plata! Y las estrellas suaves que titilan, y la brisa que suspira, y en un soto no lejano, indiferentes a la saña de los hombres, dos

ruiseñores cantan... ¡La Naturaleza no conoce la piedad!»

¡Injusta queja! ¡La Naturaleza se encoge de piedad en el corazón de aquel hombre bueno! ¡El corazón de aquel hombre es en tal instante el corazón de la Naturaleza!

●

¿A quién se le ocurriría pensar: yo estoy triste y mi dedo meñique sigue tan sonrosado como antes? ¡Yo me muero de pena, y mi cabello continúa tan rubio y tan ensortijado como siempre!

Más aún: yo sufro pasión de ánimo y mi rostro, visto en un espejo, parece impasible...

¡Y qué fuera de ti, ¡oh hombre!, si a cada pena moral se retorciese y angustiase cada una de tus entrañas, cada uno de los miembros de tu cuerpo, cada cabello de tu cabeza! ¡Bien está que ellos sigan su labor de vivir, independientemente de tu angustia, para que tú puedas, ¡oh prisionero del cuerpo!, hilar tu tristeza invisible y sentir así el llamamiento del edén lejano, del cual has venido, del cual no debes olvidarte!

Por lo demás, tú sufres, tú, que no eres ni tu dedo, ni tu cabello, ni tu rostro, ¡y eso basta! La viruela podría deshacer tu cara; el cuchillo del cirujano podría cortarte brazos y piernas. Podría extinguirse la luz de tus ojos... Y «tú», sin embargo, estarías allí. Tu «yo» no sufriría merma ninguna y

continuaría sufriendo... sufriendo mientras carne que fué tuya se disgregaba insensible debajo de la tierra...

Pues así es tu alma con relación a la Naturaleza. La Naturaleza no existe sino porque existes tú. Nada importa que el mundo se modifique a cada instante. Nada importaría que todos los astros se deshiciesen después de estrujamientos prodigiosos. Si tú quedabas en alguna parte para sufrir y gozar, la Naturaleza estaba allí, contigo, donde tú estuvieses sufriendo o gozando.

¡Mira cuán grande es, pues, el privilegio de tu Yo, y cómo esa supeditación y esa importancia secundaria de cuanto ves, hasta de muchos de los miembros de tu cuerpo, que pueden morir y deshacerse, sin que tú mueras, te prueba, en suma, lo contingente y subalterno de cuantas catástrofes mundiales contristan—quién sabe por qué—el corazón del hombre!

La muerte no existe. Es una ilusión. Por no creerlo así, nos angustian tanto las guerras y hay quien se siente tentado de acusar a Dios de crueldad porque «permite» tales cosas.

La muerte y la vida no son más que dos fases, dos formas de una vida que no vemos, de una vida superior que hay en cada uno de nosotros, independiente de este flujo y reflujo de los nacimientos y de las agonías.

Ni nacemos cuando venimos al planeta, ni morimos cuando meten este cuerpo—que ya se ha

transformado en treinta o cuarenta años incontables veces—en un ataúd.

La menor catástrofe de conciencia, el menor conflicto de orden moral, es superior a todas las conflagraciones, a todas las guerras, a todas las matanzas...

—Sí—dirás—; la muerte no existe; pero se muere con dolor. ¡El dolor sí existe!

—Quién sabe—te respondo—si el dolor no viene sino de esa insistente e ilusoria identificación de nuestro yo con la parte inferior de nuestra naturaleza. Si te convencieras como un Anaxágoras, como un Epicteto, de que tú no puedes sufrir con los dolores que te asaltan; de que estás más allá del dolor, sobre el dolor, inaccesible al dolor... entonces no te quedaría más que una posibilidad de sufrimiento: el del espíritu, el de la conciencia, de que te hablaba arriba, y aun éste se iría depurando y simplificando hasta que no pudieses sufrir más que de una cosa: de no poder conocer la verdad... Pero al propio tiempo que este sufrimiento, te vendría una idea consoladora: que si no puedes conocer ahora la verdad, es justamente porque te has identificado con tu cuerpo, con lo exterior, con la vida ilusoria; que la verdad está dentro de ti, y que la muerte, al romper la malla de la ilusión, te deja sólo delante de ti mismo, y, por tanto, sólo delante de la verdad.

Fuera de este dolor de no conocer la verdad, no puede haber ninguna pena para el espíritu.

La guerra, rompiendo brutalmente centenares de miles de estas mallas de los sentidos, coloca muchas almas frente a la verdad... La guerra produce la muerte con más eficacia que otros muchos incidentes planetarios, y es, por tanto, una maravillosa desnudadora de almas.

Mientras el mundo, mientras el Universo permanece al parecer impasible, y fulgura la plata de las noches y radia el oro de los días veraniegos, silenciosamente, misteriosamente, algo se levanta invisible del cuerpo de los muertos segados por la metralla: una conciencia más lúcida y serena, depurada por el dolor. Y esta conciencia que nadie ve, pero cuya acción irá sintiendo el planeta, es la propia conciencia de la Naturaleza.

TODO VUELVE A SERVIR

Madrid, noviembre, 1916.

No faltan espíritus pusilánimes que hagan cálculos de lo más peregrinos con respecto a la guerra.

Uno de esos cálculos es el de los miles de toneladas de hierro que podrán beneficiarse cuando venga la paz...

El enorme frente franco-anglo-belga habrá recibido tan fabulosa cantidad de proyectiles, que el simple aprovechamiento del metal compensará, en buena parte, de los daños causados.

El hierro, fundido otra vez, servirá para nuevos cañones, nuevas ametralladoras, nuevos proyectiles, si, como lo temen los pesimistas, esta guerra no es la última que destroza y contrista el corazón de la Humanidad.

En cuanto al cobre, merece capítulo aparte: los

alemanes obligaron a todos los súbditos del imperio a entregar el que tenían. No escaparon ni las obras de arte. En ciertas plazas y lugares abiertos veíanse en pintoresca confusión candelabros, relojes, almireces, pasamanos, cencerros, estatuillas chinas y japonesas, vasos de todas formas, tubos de telescopios y catalejos, medallas conmemorativas, juguetes...

Sobre todo aquello pasaban máquinas apisonadoras que, en un abrir y cerrar de ojos, convertían el abigarrado conjunto en grandes láminas amarillentas uniformes y las cuales iban después a la fundición, de donde salían listas para convertirse en cápsulas con su respectivo fulminante.

Ahora, cuando la paz venga, este cobre tornará tal vez a convertirse en relojes, en candelabros, en estatuillas para consolas, en juguetes para niños, sin perjuicio de volver, andando los tiempos, a ser estuche cilíndrico en que se encierre la obscura muerte que da el plomo blindado...

He aquí una forma del eterno retorno, que no desplacería ciertamente a Nietzsche.

Pero hay todavía otras formas mucho más pintorescas, en las cuales nadie repara: los zapatos viejos, por ejemplo, van a talleres especiales de los que, tras breves y rápidas operaciones y manipulaciones, salen nuevecitos y vuelven al frente como si tal cosa; y en cuanto a los paños para

trajes de hombres y trajes de mujeres, pasan por renacimientos tan numerosos y tan variados, que su historia, si alguien pudiese referirla, resultaría edificante. Como el amor de Don Juan, recorren «toda la escala social».

Preguntad a cualquier sastre «instruído» acerca de esto, y os referirá de qué manera los casimires que vistieron a un lord y que salieron de las mejores sastrerías de Londres, tras mil peripecias y vicisitudes, descendiendo del lord a su ayuda de cámara, del ayuda de cámara al pobre de solemnidad, del pobre de solemnidad al trapero, son llevados en grandes cestos a la fábrica y vuelven de allí, retejidos, con rumbo a la sastrería de la New Bond Street para vestir de nuevo al lord.

No hay traje de los que llevamos que, cuando menos en parte, no haya vestido a pordioseros, a «tramp», a bandidos..., o a lores y monarcas.

Todo, amigos míos, todo vuelve a servir.

❀

Y si con nuestro peculiar afán de filosofar pasamos de los trajes de tela a este doliente traje de carne que nos viste, ¿qué diremos? La substancia de nuestros ojos fué ya substancia de otros ojos, y millones de veces miró con desdén, con amor o con odio...

La carne de nuestros labios ya besó innumerables veces en otros labios de hombre y fué besada con pasión en otros labios de mujer.

Los músculos de nuestra lengua ya agitaron millones de lenguas, que hicieron sonar su elocuencia vana en las asambleas o en voz baja y temblorosa dijeron palabras de amor.

Y nuestro corazón, esta pobre entraña mártir, ya sacudió millones de pechos con su palpitación de amores, con el temblor de su deseo. No hay una sola molécula de nuestro cuerpo que no haya servido en órganos semejantes infinitas veces.

Ved, por esto, si el hombre no será una admirable máquina de sufrir, si no estará educado eminentemente para el necesario padecer con que se aprende la lección de los mundos, puesto que ya desde el seno de la madre trae órganos que se saben de memoria la pena y que han aprendido durante milenarios la gimnasia del dolor...

El Universo, como dice Maeterlinck, «es un arca cerrada». De esa arca maravillosa no puede escapar ni un átomo, y en la perenne vibración que crea las formas efímeras, que produce los fenómenos innumerables y sucesivos, cada átomo es comparsa de la tragedia de la vida que el corazón inmortal ensaya y repite de tan maravilloso modo y reproduce cada molécula en infinitos escenarios su incesante papel.

Y, sin embargo, este intercambio perenne, este servir para todo o para todos, que tratándose de

los casimires es tan democrático y va con tan igualitaria tendencia del lord al mendigo y del mendigo al lord, en el hombre establece jerarquías, no por naturales menos misteriosas.

Vuestros ojos están hechos acaso de la misma substancia que sirvió para los ojos de Nerón..., pero en vos miran sólo con piedad, con amor, y como dos claras piedras preciosas reflejan milagrosamente la luz sin mancha de los cielos.

Vuestro corazón ya latió, quizá, bajo el pecho de Giles de Retz; pero en vustro pecho sólo tiene generosas palpitaciones de ternura noble y de ideal excelso.

Vuestra mano esgrimió en pasados siglos el acero para el asesinato en las encrucijadas y callejones de los burgos medioevales; pero la esgrime ahora en defensa de los débiles, de los pequeños, de los expoliados... ¡Qué más da, por ejemplo, que hoy lleváseis en la diestra bombas de mano o pastillas incendiarias porque os lo mandara una disciplina brutal y una educación falsa; mañana, tal vez, llevéis en la propia mano lirios y rosas para regarlos en los altares de la Piedad y del Derecho!

«Todo vuelve a servir», sí, pero con una tendencia a servicios siempre más altos. Este planetoide obscuro, de eje oblicuo, que es, como decíamos conversando días pasados el poeta Luis Urbina y yo, el «White Chapel» o la «Villette» del Universo, sin duda arderá de nuevo para ser des-

pués, acaso, uno de los «barrios aristocráticos» del Sistema Solar, un *quartier des Champs Elysés,* un *East End*...

•

El átomo, que según las teorías modernas es un sistema solar en el cual innumerables «Iones» cargados de electricidad negativa gravitan alrededor de un electrón cargado positivamente, sabe el secreto de esta continua transformación, en que lo mismo, sirviendo para lo mismo, vuelve, sin embargo, mejores las cosas en su devenir perenne.

Parece como que cada átomo de estos que, como se sabe, dentro de su infinita pequeñez almacena una inmensa cantidad de energía, la guarda para los incesantes ensayos de mejoramiento que ha de intentar...

En la cuestión de la belleza puramente física, por ejemplo, ¡con cuánta frecuencia vemos el conmovedor esfuerzo de la naturaleza para lograr, de padres feos, hijos hermosos! A veces tarda dos o tres generaciones; a veces hace que el hijo se parezca al menos feo de los padres. A veces, en los siete u ocho hermanos de una familia, va afinando el tipo; va emitiendo más limpia y más alta la nota, como en una escala musical, de suerte que la última mujer, por ejemplo, es un trasunto de la belleza antigua, cuando la primera, si se las com-

para, sugiere apenas, zurdo, torpe, caricaturesco, el intento del «artista» invisible...

Del cuello enarcado del camello al del cisne, ¡qué salto mortal! Del saurio volante al quetzal, ¡qué abismo!

La humilde célula ha aprendido lentamente, muy lentamente, su lección, y es ya una maestra consumada.

Y eso que no vemos más que la transformación operada en nuestra Whitte Chapel, en nuestra Villette..., en nuestros pobres y tristes Barrios Bajos...

Imaginemos en el enjambre de mundos sin cuento (los mundos todos de nuestro universo, del cual parece ser centro, quicio, pivote, el formidable Canopo), ¡los planetas elegidos que habrá!

La substancia, ya lo sabéis, es la misma, la misma en todas partes, Proteo incansable que en sus transformaciones maravillosas nos construye el mundo fenomenal. Pero claro que en circunstancias más propicias, en ambientes más adecuados, con un sol cuya energía sea millares de veces mayor que la del nuestro (y hay muchos soles así), el imperceptible obrero: el átomo, tozudo y resuelto «mejorista», habrá logrado *especimens,* ejemplares humanos, que en este subplaneta resultarían dioses...

Todo habrá servido, pues, de nuevo, pero adquiriendo excelencias indecibles.

Las almas habrán alcanzado jerarquías que, columbradas siquiera por nuestros débiles ojos espirituales, nos cegarían, nos causarían el vértigo.

El gran Dupont de Nemours, deteniéndose en pensamientos análogos a éste, escribía:

«¿Es en ti, dices, en donde la progresión debe detenerse? Levanta los ojos: ¡eres digno de levantarlos! Piensa: has nacido para pensar. ¿Te atreverás a comparar la distancia pavorosa que reconoces entre tú y Dios con el intervalo tan pequeño que hay entre ti y la hormiga y que me ha hecho vacilar entre vosotros dos? Ese espacio inmenso, ¿está, por ventura, vacío? No lo está, porque no puede estarlo. El universo no tiene lagunas; mas si está lleno, ¿quién lo ha llenado? No podemos saberlo; pero desde el momento en que existe el sitio, hay en él alguien o alguna cosa.

»¿Por qué no tenemos conocimiento ninguno evidente de esos seres, cuya conveniencia, analogía y necesidad de ser en el universo, hieren la reflexión, que es la única que puede indicárnoslo? ¿De esos seres que deben soprepasarnos en perfecciones, en facultades, en poder, tanto cuanto nosotros sobrepasamos a los animales de la última clase y a las plantas? ¿Que deben tener entre ellos una jerarquía tan variada, tan graduada como la que admiramos entre los otros seres vivientes e inteligentes, supeditados y subordinados a nosotros, muchas categorías de las cuales pueden ser

nuestras compañeras sobre la tierra, como somos nosotros los compañeros de animales que, privados de vista, de oído, de olfato, de pies, de manos, no saben quiénes somos en los momentos mismos en que nosotros labramos su felicidad o su desgracia; algunos de los cuales, en fin, viajan acaso de globo en globo, o (los que son más elevados aún) de sistema en sistema, más fácilmente que nosotros vamos de Brest a Madagascar? ¿Por qué, repito, no conocemos estos seres?

»¡Ay!, es que no tenemos el órgano y el sentido que nos falta para que nuestra inteligencia comunique con ellos.»

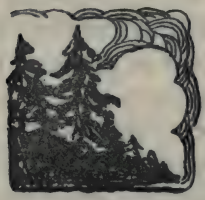
Este órgano, este sentido de lo invisible, lo tendrá la humanidad un día.

Está ya, acaso, en embrión en nuestro cuerpo.

Va desarrollándose quizá misteriosamente en los escondrijos de nuestro sistema nervioso, y antes de mucho se abrirá como una sexta ventana maravillosa que amplíe hasta el vértigo nuestro horizonte sensible.

Entonces nos daremos cuenta de que tales jerarquías espirituales no son ni pueden ser la obra de una «predestinación» caprichosa del «bon vouloir» de un Dios que, como el alfarero, sin que sepamos por qué, labra con la misma arcilla «vasos de elección o vasos de ignominia», sino del propio esfuerzo pacientemente realizado en el dominio de uno mismo, a través de los milenarios, bajo la mirada límpida y amorosa del Padre...

Es decir, sabremos, en suma, que aquellos seres óptimos y luminosos, junto a los cuales Canopo es pálido y opaco, no son más que almas que ya han servido muchas veces, porque, como dice, sonriendo, Anatole France, «la naturaleza es comunista». Tiene en sus almacenes cierta cantidad de almas: cuando esas almas han servido durante algunos años vuelven al almacén, donde esperan otra salida, para una nueva permanencia en una nueva envoltura viviente. «Porque un alma es imposible que no vuelva a servir»...



RECOGIMIENTO

Madrid, abril de 1917.

Si el hombre de la guerra va adquiriendo, o mejor dicho, readquiriendo un sentido interior; si la catástrofe parece espiritualizarlo, débese ello, no sólo al dolor, no sólo al conflicto moral, no sólo a la muerte, con la cual se codea en todos los instantes: débese muy principalmente a «las tinieblas».

El mundo, después de luengos años de luz, ha vuelto al regazo maternal de la «noche».

Las ciudades, que eran como islotes de claridad, cuya aproximación se anunciaba al viajero por infinidad de focos eléctricos, primero espaciados, más nutridos luego, y por último, apretados en feérico enjambre, ahora sueñan en las tinieblas...

París, Londres, Milán, Venecia, piensan cobijadas por la noche misericordiosa.

Recientemente fué a Italia Mauricio Barrés.

Vió muchas cosas; pero sobre todo vió, es decir, adivinó a Venecia en la obscuridad.

D'Annunzio era su guía. Conversando los dos paseaban por el dédalo de canales.

«La conversación—dice Barrés—, en la cual creí ver nacer un nuevo D'Annunzio, prolongóse hasta muy tarde, hasta bien entrada la noche, a través de la ciudad, sobre la cual volaban los aviones con las luces extinguidas.

»¡Qué desierto, qué siniestro chapoteo del agua! ¡Qué decoración de capa y espada, qué prodigiosa colección de estampas románticas!

»Quienes vieron estas extraordinarias tinieblas serán con el tiempo muy de temer: no dejarán jamás, si de Venecia se habla, de fatigar a sus contemporáneos, repitiendo con insistencia:

»—¡En 1916 es cuando había que pasear por Venecia!»

Así como el ojo, en cuanto vive algún tiempo en la obscuridad, recuerda su lección ancestral y va percibiendo todas las maravillas que se esconden en la noche, así también el alma encuentra el camino directo hacia lo invisible, que había perdido en las metrópolis fulgurantes, llenas del vértigo del placer.

¡Cuántos olvidados secretos que supieron los pensativos pastores caldeos se nos van revelando!

Les tenèbres ont des oreilles et les profondeurs ont des cris!

Un nuevo sentido de la existencia muéstrase a aquel que vive en la obscuridad largas horas.

Los hombres elegidos, con un instinto certero, juzgaron siempre que la poca luz era aristocrática.

El pintor más prodigioso del mundo, Rembrandt, lo es acaso por haber creado ese áureo claroobscuro de donde surgen sus creaciones con un valor y una expresión nunca hasta entonces logrados.

Si hay humanidades superiores a la nuestra, deben, sin duda, vivir en planetas penumbrosos, alejados de su estrella central.

Los planetas, como Mercurio y Venus, en los cuales el sol ciega, estarán habitados por la plebe o por la mesocracia de las almas.

Al mediodía sólo la cigarra tiene voz.

En la noche todas las cosas nos hablan.

«Tú, dice Manuel José Othon a un poeta en la introducción de su *Noche rústica de Walpurgis:*

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable a ser testigo,
ya el campo eleva su canción salvaje,
Venus se prende el luminoso broche...
Sube al agrio peñón y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

Y la *intempesta nox* le habla:

Media noche. Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
semejan al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas...
Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti, que nos envuelva
el rey de sus fantásticos imperios
en la clámide azul de tus vapores
y en el sagrado horror de tus misterios.

Mas, en otro tiempo, cuando el poeta escribía estos sonetos admirables, sólo en los campos o en las mal alumbradas ciudades de provincia de algunas naciones de nuestra Hispano América podía oirse «lo que dicen las cosas en la noche».

Hoy puede oirse este lenguaje divino en el propio corazón de París o de Londres.

Londres, a pesar de ser antes de la guerra una de las ciudades mejor alumbradas del mundo, amaba las penumbras elegantes y discretas.

Los ingleses popularizaron, o mejor dicho, aristocratizaron las pantallas o *abat-jours*.

Esas comidas en que una blanda claridad caía sobre la mesa llena de flores y de cristales, mientras los bustos descotados y las cabezas en que fulguraban las endiamantadas coronas ducales quedaban en la más deliciosa semiobscuridad, espiritualizaban casi la función más vulgar del hombre... La conversación en aquel clarobscuro parecía más alada y ática.

Las mujeres de cierta edad, además, acariciadas

por la blanda sombra cómplice, ya no pertenecían al tiempo, emancipábanse de sus garras implacables.

Los hombros tersos pregonaban entre los encajes y las perlas lácteas una juventud eterna...

Los rostros velaban su secreto.

Los salones en que se conversaba después de la comida también estaban a media luz.

Las almas selectas, como que se sentían así más libres para aletear.

Hasta un verso hermoso podía en aquella penumbra hospitalaria ser murmurado junto a la oreja de una mujer discreta.

La luz viva, por lo demás, ha espantado siempre el verso aristocrático.

Con mucha luz sólo cabe la arenga lírica, la sonoridad quintanesca, el discurso estentóreo y vacuo.

La luz viva es luz de mitin y de banda militar.

¡A Beethoven y a Verlaine hay que oirlos en la penumbra!

Yo he dicho a una mujer: «Eres misteriosa como una ciudad vista de noche».

Y recuerdo de ciudades más misteriosas en la

semiobscuridad que muchas mujeres: «Puebla de los Angeles», por ejemplo.

Puebla de los Angeles es una bella y monumental ciudad colonial de Méjico, con una de las catedrales más maravillosas de América, con caserones señoriales, con calles rectas y silenciosas, con monumentos religiosos y civiles de un sello de majestad.

Por circunstancias especiales, yo muchas veces llegué a la ciudad a las ocho de la noche y salí en el primer tren de regreso a la capital antes del amanecer o amaneciendo apenas.

Durante mucho tiempo no vi, pues, a aquella ciudad, ya de suyo romántica, sino en la noche. No supe en varios meses cómo era de día.

Parecíase a una dama misteriosa que sólo me hubiese dado citas amorosas.

En una de las avenidas principales había cierto caserón imponente.

Y todas las noches, a eso de las diez, en el absoluto silencio, una mujer en el piso principal, con los balcones abiertos, poníase a tocar el piano.

Yo salía de mi hotel después de la cena e iba a oirla al pie de un soporte de la luz eléctrica, frontero casi a la morada.

La mujer aquella, admirable pianista, ejecutaba lo mejor de Chopin, de Brahms, de Grieg, de Liszt...

Yo, embelesado, escuchaba.

Noche a noche repetíase la escena.

Antes de cerrar los balcones, terminado el concierto, ella permanecía unos momentos apoyada sobre el barandal.

¿Era bella?

No lo sé. Joven sí era y esbelta.

Miraba al muchacho aquel romanticón y melómano, su único oyente... y cerraba las maderas.

«Era misteriosa como la ciudad vista de noche.»

Y sigue siéndolo, porque no volví a Puebla en mucho tiempo, y cuando torné, el piano había enmudecido y estaba cerrado el gran balcón...

En las ciudades muy luminosas no se siente el hondo prestigio del hogar.

La gente vive fuera de casa lo más posible.

En cambio, en estos océanos de sombra de ahora, en que las arquitecturas monumentales surgen de pronto fantásticas, agresivas y formidables de la masa misma de las tinieblas, el hogar adquiere un significado conmovedor. Es el refugio por excelencia. La leve luz que se denuncia apenas a través, de amparo, de meditación, de calor, de cariño, de refugio contra las mil cosas hostiles e ignoradas del exterior.

Sentimos los viajeros, los turistas, la nostalgia de ese blando fulgor que escapa por entre las maderas. Querríamos estar en el círculo de luz de

las lámparas, dentro del cual se adivina, desmesurado, el mundo, merced al sortilegio de los libros de viajes:

O que le monde est grand à la clarté des lampes!
Aux yeux du souvenir que le monde est petit!

Soñamos en volver al hogar lejano.

Queremos también nuestro sitio bajo cono luminoso, propicio a las cordiales ternuras...

Pasada la guerra, es de creer que este recogimiento penumbroso de las ciudades ha de durar aún.

Remy de Gourmont pensaba que cuando el cataclismo terminase, Europa iba a volverse loca de júbilo, y un ansia prodigiosa de vida y de goces sacudiría a todos los humanos.

Pero acaso no sea así. Acaso el aislamiento y la meditación persistan.

La prueba ha sido demasiado ruda. El dolor ha sido demasiado grande. La lección se ha aprendido con muchas lágrimas.

Los muertos son legión...

Para restañar las heridas es menester un poco de paz.

Por otra parte, muchos, muchísimos hombres de las trincheras, habrán aprendido en el peligro, en la soledad, en las tinieblas, la lección del Espíritu, y no podrán olvidarla tan pronto.

La frivolidad de la vida mundana les dará náuseas.

Un alma que ha probado la miel de recogimiento y que se ha contemplado por primera vez a sí misma, tiene por fuerza que seguir buscándose con ahinco.

A pocos hombres les es dado en circunstancias normales mirar su alma.

La corriente de casi todas las vidas es demasiado tumultuosa y el río de los instantes no refleja al barco en que se boga, ni puede copiar las estrellas.

Pero cuando por ventura, por elección, por recompensa escondida, un hombre se encuentra de pronto con su alma, se sorprende primero, viene la estupefacción después, y por último, el arrobamiento.

El sentido de su propia vida se le descubre de pronto.

El panorama interior se abre y se dilata portentosamente.

La belleza sin forma de Psiquis, al revelársele, se adueña de él.

Y es imposible que una vez que nos hemos encontrado con nosotros mismos, el sabor de la mundanidad nos atraiga de nuevo.

Antes de la guerra, sólo una porción elegida de seres verdaderamente privilegiados, sabía que tenía alma y se recreaba en la contemplación de la diosa.

Los demás pasaban por el camino, al margen de la maravilla, sin verla.

Eran como esos automovilistas locos, que de-

voran kilómetros y kilómetros de carretera, y al llegar al término del viaje sólo han visto el polvo del camino.

Pero la guerra puso bruscamente a millones de hombres en comunión con la noche, con la soledad, con el infinito.

Dejóles por sola compañía su propio pensamiento angustiado, resignado o temeroso.

Y el Espíritu hizo su obra.

Lentamente, con timidez osó asomarse a la superficie del ser...

La primera cautiva entreabrió con recato la ventana...

Y ahora todos esos hombres han entrado en el plano de las realidades superiores; han bebido el vino de los fuertes. Saben estar solos, es decir, verdaderamente acompañados *(numquam minus solus quam cum solus)*.

¿Será posible que, pasada la conflagración, olviden tan dulce y deliciosa compañía?

¿El idilio interior, se romperá al tornar el paladín a las ciudades?

El *tête á tête* sublime, augusto, severo a veces, consolador siempre, merced al cual los «voluntarios de la muerte» supieron y sintieron tantas cosas, ¿será despreciado por la compañía turbulenta de los mundanos?

No lo creo.

Quien se ha encontrado una sola vez con su alma, ya no la olvida jamás.

Y una suave penumbra, y un recogimiento amable en las metrópolis, serán quizá procurados por mucho tiempo.

Y la visión fantasmagórica de estas grandes ciudades arropadas en las tinieblas, acaso cuando vuelva la luz, despierte en la memoria y en el corazón de los fuertes nostalgias inefables.

OTROS ENSAYOS

SI SE APAGARA EL SOL...

Madrid, diciembre, 1916.

La ciencia vive de contradicciones deliciosas... como el hombre, que la ha organizado.

¿Qué es al hombre sino una contradicción vertical? ¿Y qué sería de la vida sin esta contradicción ambulante y pensante?

«Atrevido sicambro: quema lo que adoraste y ama lo que quemaste.»

Esto, sin ser sicambros ni atrevidos, hacemos a diario los hombres, así nos llamemos artistas, poetas, sabios o Juan Pérez.

Dicen que la ciencia no es más que una ampliación del sentido común. ¿Y hay algo que se contradiga más que el sentido común? En nombre del sentido común ¿no se llevan a cabo por ventura los mayores contrasentidos?

Pero vengamos al grano.

Hasta hace poco se creía que el planeta que habitamos era un prodigio de antigüedad. El sabio que menos pasado le asignaba suponíale diez millones de años de existencia.

Para el depósito de sedimentos, para la formación de los pliegues montañosos, para los cambios sobrevenidos en la fauna y la flora, se suponían edades junto a las cuales toda la historia del hombre era como un segundo.

Entre los seis días del Génesis y los millones de siglos de la Geología, el péndulo de nuestras pobres inferencias tenía espacio para ondular hasta lo inconcebible.

Pero, estas suposiciones como otras muchas que tan solemnemente han hecho los sabios, pecaban de falta de exactitud.

Si se creía que la tierra era tan antigua, pásmense ustedes, debíase tal creencia a la poca observación de las estrellas.

Las estrellas no mienten jamás, pese a la vieja redondilla que dice:

El mentir de las estrellas
es un seguro mentir
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.

Las estrellas, maestras de la humanidad, guías del nauta, serenadoras de las almas, embeleso de los ojos, lumbre divina del ideal, son maravillosa-

mente verídicas, y ahora que los aparatos astronómicos han llegado a perfección tan grande, nos dicen que la transformación, el cambio, el devenir constante del universo, no son ni mucho menos tan lentos como lo imaginábamos, y que difícilmente podemos asignar a la tierra que habitamos edades tan enormes cuando vemos que los soles mismos de los cuales penden invisiblemente y dependen en absoluto los planetas, pasan por cataclismos y cambios tan bruscos, que una simple vida humana, con ser tan corta como es, puede perfectamente registrarlos y medirlos.

El astrónomo del observatorio de París, Pierre Puiseux, en un trabajo que tengo a la vista y que se llama *L'avenir des Planètes,* nos dice a este propósito:

«Allí donde el geólogo debe observar su pronóstico, el astrónomo puede emitir precisiones susceptibles de comprobación. Y aun cuando en verdad los cambios de que se trata no se han comprobado en la tierra ni en planetas análogos a ella, sino en estrellas más bien comparables al sol, el valor del argumento permanece completo, puesto que el estado de la tierra, bajo todos sus aspectos, depende exclusivamente del sol.»

Ahora bien, ¿el sol es tan estable como parece?—podríamos preguntarnos.

—El sol—nos respondería el señor Puiseux—ha sido estable durante... unos veinte siglos.

—¿Nada más?

—Nada más.

Las observaciones anteriores a estos dos mil años son defectuosísimas, sin ser muy dignas de fe dentro de los mismos dos mil años.

En estos veinte siglos, ni el nivel de los océanos, ni la extensión de los glaciares, ni los límites de los cultivos delicados, han sufrido un cambio general y progresivo. El sol es, pues, una fuente bastante fiel de energía, a pesar de las inquietantes manchas que, a veces, ocupan enormes extensiones de su superficie y que producen formidables convulsiones magnéticas.

Sin debilitarse demasiado, el sol ha atravesado por las edades históricas, y este precedente puede bastar a hacernos ver el futuro (cuando menos en un lapso de tiempo análogo) con cierta seguridad...

«Dentro de los mismos límites—añade el citado astrónomo—las fórmulas de la mecánica celeste nos hacen prever para el sistema planetario una configuración más o menos estable. Ningún planeta parece amenazado de caer en breve tiempo sobre el astro central o de perderse en las profundidades del espacio... Pero los geólogos nos invitan a considerar intervalos de tiempo mucho más largos, y difícilmente podemos no seguirlos en este camino. Si se habla, no obstante, de un millón de

años, o de más, la estabilidad de las órbitas se vuelve incierta y el mantenimiento de la radiación solar, asunto vital para la tierra, aparece como un problema inquietante, para el cual no dan resolución ninguna los experimentos de laboratorio.

»Se ha buscado, en muchas direcciones y siempre con poco éxito, cómo podría el sol mantener largo tiempo su incandescencia. Su extensión es para él un peligro y no una salvaguardia. La contribución que recibe de las otras estrellas es insignificante. La energía cinética representada por los movimientos internos, no vale gran cosa. Las acciones químicas no podrían ser más que un expediente provisional de corta duración, si el combustible no se renueva. La caída de meteoros debería, para ser eficaz, ser en extremo abundante y los cometas que pasan cerca del sol no manifiestan ni la presencia de un medio resistente, ni el aumento continuo de la masa central. Las transformaciones radio-activas de la materia, por un momento han parecido resolver el problema, pero no comprenden sino un tiempo limitado, no parecen ser reversibles, y si lo fuesen, absorberían la energía en vez de libertarla. Le queda, por último, al sol la facultad de contraerse sobre sí mismo, pero ya ha usado ampliamente de ella y se prevé el momento en que le faltará ese recurso...»

¿Está, pues, cerca el día (y aquí sí que no cabe lo de «día») en que el mundo se quede sin sol?

«Cerca», en los fenómenos astronómicos, pue-

de significar muchos siglos, lo cual tranquiliza a los espíritus egoístas.

—«El que venga atrás que arree»—se dicen éstos.

El filósofo, empero, se siente uno con la especie y el porvenir de ésta no le inquieta menos que el suyo propio.

Mas si el filósofo cree en una causa inteligente de la cual emana nuestro universo, se tranquiliza pensando que la luz de la lámpara ha de durar mientras sea necesaria para la labor.

Cuando la labor, la gran labor misteriosa, esté terminada, se extinguirá la lámpara, no sin que otras se enciendan en diversas habitaciones; porque «en la casa del Padre hay muchas moradas».

•

¿Y qué es el tiempo, en suma, y qué más da que el mundo este que habitamos dure diez siglos, cien siglos... o un siglo aún?

Lo que importa es la faena que se haga en ese tiempo.

Una hora de Edison vale por mil años de un picapedrero.

En un minuto puede nacer un mundo en una gota de agua, evolucionar, perfeccionarse y morir por evaporación...

•

Para esos insectos que en nutrido enjambre giran alrededor de la bombilla eléctrica de cien bujías que alumbra mi despacho (escribía yo hace poco), ha sobrevenido un estupendo, un inexplicable cataclismo. Yo he hecho girar el botón del contacto y se ha apagado instantáneamente mi lámpara...

Imaginemos que de pronto se apagara el sol para el enjambre de humanos que nos movemos alrededor de él... ¡Qué espanto! ¡Qué horrible desconcierto! ¡Qué frío!

Pues lo propio ha acontecido a mis insectos.

Hay un físico entre ellos que explica a los otros el por qué de la extinción súbita.

Hay un místico que imagina que las pavorosas tinieblas son castigo de Dios, irritado (a lo que parece, los insectos eran grandes pecadores).

Un filósofo pretende fundar en aquel cataclismo un sistema nuevo.

... En tanto Dios (es decir, yo, en este caso), duerme tranquilamente en la alcoba, al lado del despacho obscuro, sin oir al filósofo, ni al físico, ni al místico...

Mañana por la noche, cuando la lámpara vuelva a encenderse, un insecto astrónomo dirá que se trata de una estrella variable, como «Mira Cœli o Algol», cuya periodicidad es muy difícil establecer!

Los sueños nos han enseñado ya todas las cosas que se pueden hacer en un instante.

Hay ejemplos clásicos: el de aquél que soñó toda la Revolución francesa en un segundo.

El era un aristócrata que asistió a numerosas peripecias, hasta que, delatado a su vez, fué aprehendido, juzgado, y se le llevó a la guillotina en la trágica y rechinante carreta...

Cuando la cuchilla caía sobre su nuca, despertó lanzando alaridos.

Una varilla de la armazón superior del catre de latón se había desprendido en aquel momento y le había dado un golpe en el cuello.

El golpe había determinado el sueño: sueño de meses, lleno de hechos y visiones.

Sabido es que los ahogados a quienes se logra volver a la vida suelen referir que en un momento como ante la vertiginosa cinta de un cinematógrafo, han visto desarrollarse toda su existencia, con infinitos detalles. Un amigo mío, muy verídico, que estuvo a punto de ahogarse, me ha confirmado el hecho.

La eternidad, pues, puede caber en el ánfora invisible de un minuto, y para Dios, que es un acto simplísimo, todas las cosas están sucediendo en el mismo instante, si es que cabe en la inopia de nuestro vocabulario expresarse así.

Quien haya amado sabe de esto. En el primer beso se le mete a uno de rondón todo el infinito... y en la mirada de la mujer que se ama ha visto uno desfilar, como Antonio en los ojos de Cleopatra, todas las naves de los días.

Quien haya sufrido mucho lo sabe también, pues, como dice el sonoro Núñez de Arce:

> A veces Dios, en tributo
> de su justicia ofendida,
> todo el dolor de una vida
> reconcentra en un minuto...

Más aún: hay minutos, qué digo, hay más en volver a nacer, a vivir, a penar!

¿Quién de vosotros, o de vosotras, no daría todas las angustias de una existencia larga por repasar ciertos instantes de plenitud en que nos han sumergido los éxtasis?

Diderot decía que él diera gustoso diez mil años de infierno por vivir de nuevo una vida...

Se nos dan en este mundo mercedes tan sin precio, que vale la pena de pagarlas con mucho dolor.

La joven madre que, salida apenas de la tortura del alumbramiento, ve a su hijo palpitante, y que lo besa... ya no puede arrepentirse de haber nacido. Y el hombre a quien por primera vez le dice «¡te quiero!» la mujer anhelada durante años, consentiría acaso en pasar por un infierno dantesco para tornar a ese minuto...

¡Qué importa, pues, señores astrónomos, que esta estrella familiar que nos alumbra, se extinga antes de lo que pensáramos: ya dió tiempo a muchas, a incontables generaciones, para amar, para pensar, para soñar, para hacer el bien!...; que se apague en buena hora.

LONGEVIDAD

Madrid, enero, 1917.

Yo no sé si vosotros habréis leído la *Filosofía de la longevidad,* de Jean Finot.

Es un bello, un noble libro optimista, que os recomiendo.

Su autor, que dirige, ¡y con cuánto acierto!, la conocida *Revue*, vuelve sobre las ideas de su obra en estos días, a propósito de la guerra.

«Francia se muere—dice—, y si hay razón de sobra para pensar en el renacimiento económico, en la transformación de nuestras industrias, en el porvenir del comercio, en los mejores medios de difundir en el exterior los productos de nuestro pensamiento y de nuestra actividad, todos estos problemas palidecen ante el problema de la pobla-

ción, del cual depende la vida y la muerte de la raza.»

A este propósito, Finot analiza en diversos capítulos los medios de remediar el mal formidable y pasa revista a varios tópicos:

«Cómo salvar nuestra vitalidad.»

«La revisión del valor de los sexos.»

«La revisión del valor de las edades, etc.»

Quiero detenerme un poco en este último enunciado, porque además de sustentar ideas que me son caras, tiene un interés que sin duda apreciarán desde luego muchos de mis ultrasimpáticos lectores—y lectoras—habituales.

Según Finot, la idea de la muerte nos emponzoña y acorta la vida. En vano—dice—queremos alejarla de nuestra conciencia con la fuerza del razonamiento: vuelve con una tenacidad invencible y no cesa de inquietarnos... hasta que acaba con nosotros.

Yo escribí hace ya muchos años en *Almas que pasan* un cuento en que un hombre se suicida por miedo a la muerte, por la locura que le produce la obsesión de la muerte.

«Morir—pensaba él—, he de morir, pues, y todo seguirá lo mismo que si yo viviera. Esta multitud que inunda las aceras continuará su activo y alegre tráfago, bajo el mismo azul del cielo, calentada por el mismo oro tibio del sol! En los bosques los pájaros seguirán piando y los amantes seguirán buscándose en la boca la furtiva miel de

la vida. Las mismas preocupaciones atormentarán a las almas; deleitarán los mismos placeres, sin cesar renovados a las generaciones... La tierra continuará girando como una inmensa mariposa alrededor de la llama del sol... y yo ya no existiré, ya no seré nada, ya no sentiré nada... ¡Me pudriré silenciosamente en un cajón de madera, que se desmoronará conmigo!»

«Pasarán las parejas de aves sobre la tierra que me cubre, sin conmover mis cenizas... El sol activará las germinaciones nuevas en torno mío, sin que mis pobres huesos se calienten con un fuego bendito.

»Mi memoria se habrá desvanecido entre los hombres; mi huella se habrá perdido; mi nombre nadie lo pronunciará. El hueco que deje estará lleno...

»Y, si al menos fuese así, si la muerte se redujese a un eterno e inconmovible sueño... pero las palabras de Hamlet nos torturan el pensamiento. ¡Morir... dormir... soñar acaso! *¡To sleep! ¡perhaps to dream!*

»No, no es posible ya padecer más; la resistencia humana tiene sus límites y la mía está agotada. Esta obsesión de la muerte en los últimos tiempos se ha enseñoreado de mí en modo tal, que ya no puedo hablar más que de ella, ni pensar más que en ella... Mis noches son de agonía lenta y odiosa... Mis días, tristes hasta opacar mi tristeza la luz del sol...

«Mi tormento llega al heroísmo de los tormentos... Ya no puedo con mi mal, y voy a acudir al más absurdo... al más extraño, al más ilógico, pero también al más efectivo de los remedios: ¡voy a matarme! sí, a matarme, ¿concebís esto? ¡A matarme... por miedo a la muerte!»

Tal es el caso de infinitas gentes, con la sola diferencia de que su suicidio es lento. Y conste que yo personalmente ha tiempo que no experimento por la muerte más que una gran simpatía, mezclada con una gran curiosidad, aunque nadie, claro, pueda decir las ideas que le sugiera la última dolencia con todo su fúnebre acompañamiento de médico, medicinas, visitas de ocasión, exhortaciones, etc.

La literatura, ciertas ideas religiosas, las supersticiones populares: todo contribuye a hacerla odiosa e insoportable.

Si el hombre cree en ciertos dogmas, tiene miedo al infierno. Si no cree, vive con el espíritu sometido a un torturador balanceo; al quizá... al quién sabe, al pudiera ser...

«Yo conocí a Renán hacia el fin de su vida, tan llena de serenidad y de armonía—dice Finot—. Sin embargo, cuando hablaba de la muerte, perdía toda ponderación y parecía turbado como un hombre de las cavernas.

»—La muerte—decía—yo la encuentro odiosa, execrable, insensata, cuando extiende fríamente su mano sobre la virtud y sobre el genio.

»Y Marco Aurelio, mucho antes que Hamlet, se lamenta, frente a los huesos de los grandes desaparecidos, de la nada de la muerte. Entonces calumnia a la vida, que no es para él más que vacío, pequeñez y podredumbre. Sublime estoico, su ponderación en este punto le abandona y maldice la existencia...

»La vida, empero—añade Finot—, vale la pena de vivirse, y en cuanto a la vejez, vista de otra manera que como se la ve, no debería emponzoñar nuestras almas.

«¿Por qué—pregunta Finot con «humour»—no se suicidan los pesimistas? Un verdadero pesimista debería matarse cuanto antes.»

—Entonces—objetaréis—ya no habría pesimistas.

—¡Con lo cual nada se perdería, pues que obligados a irse, se curarían al propio tiempo!

Y, sin embargo, podríamos vivir hasta doscientos años, según Finot.

Innumerables casos de centenarios y bicentenarios confirman esto.

No sólo podríamos vivir doscientos años—añado yo—, sino que no hay ningún imposible científico para la prolongación indefinida de la existencia.

La renovación celular podía ser eterna.

Después de lo hecho en este sentido en el Instituto Rockfeller, de Nueva York, ya no cabe dudar del Fausto que todos llevamos en los misterios de la carne...

¿Por qué, pues, no vivimos ni un siglo?

En primer lugar, por el ya mencionado temor a la muerte, y en segundo, porque ¡oh sarcasmo! los que más nos quieren nos obligan a envejecer muy de prisa.

En cuanto un hombre ha cumplido cincuenta años, sus hijos, a cada instante, le dicen a coro:

—¡Papá, no corras!...

—¡Papá, no salgas, que llueve!

—¡Papá, no tomes tan deprisa el tranvía!

—¡Papá, que te vas a acatarrar con ese gabán!

Y papá los escucha, aun cuando siente que sus músculos y sus arterias se ríen de estas amonestaciones; y envejece por sugestión; porque es la costumbre a cierta edad envejecer; porque así como el enfermo del cuento, a quien el doctor había declarado muerto, «no podía saber más que el médico», él no puede saber más que el común sentir; y se resigna, y se inmoviliza... y se muere!

Es sabido que en Francia el hombre de cincuenta años tenía la costumbre, que felizmente ha ido desapareciendo, de retirarse de los negocios. De donde resulta que pasaba de una vida activa a una vida sedentaria... y de ésta al cementerio, por aquello de que se está mejor sentado que no de

pie, acostado que sentado ¡y muerto que acostado!

«Por lo demás—dice Finot—nuestras ideas sobre el límite de las edades se han modificado singularmente desde hace medio siglo.

»Turgueneff, en su obra *Padres e hijos,* nos muestra a dos «ancianos», de los cuales cada uno tenía ¡cuarenta años!

»En cuanto a Balzac, provocó un escándalo hablando de «la mujer de treinta años, capaz de amar y de ser amada».

»¡Cuán pueril y falso nos parece eso ahora! ¡Un anciano de cuarenta años! A menos de ser un perdido o de estar enfermo de enfermedades orgánicas, a esa edad se encuentra uno en el comienzo de la existencia.

»Esta guerra nos ofrece ejemplos significativos. Los más gloriosos jefes de nuestro ejército pasan, casi todos, de los sesenta años.

»¿Y qué decir de M. de Freycinet, cuyos grandes méritos como presidente de la comisión del Ejército y del Senado han maravillado a sus colegas? Sin embargo, pronto tendrá noventa años.

»Veamos otro ejemplo de los más conmovedores: se trata del venerable decano de San Martín, de la ciudad de Roubaix, monseñor Berteauy que a los noventa y dos años sostiene por su coraje y su energía a la desgraciada población de esa ciudad y se impone a los alemanes...»

¿Qué conclusiones saca Finot de estas premisas?

Algunas muy bellas:

«Después de haber proclamado los derechos del hombre—dice—Francia debería asegurarse la honra de realizar «la carta de las edades»... Su iniciativa, no lo dudamos, sería seguida por el mundo entero y nos procuraría una gratitud eterna. Unámonos los viejos y los jóvenes en nuestra solicitud de un porvenir mejor y digno del pueblo más admirado y más amado. Cuanto más alejemos el plazo fatal de la muerte, más bella será la vida. Todas las religiones y todas las clases sociales pueden comulgar en el mismo esfuerzo. El cuerpo es también una creación divina... La vida no es sólo vegetación o goce. Su significación se resume en el deber. Ahora bien, con los años, la idea del deber se amplía y se dignifica y tiene, por lo tanto, más importancia para la colectividad.»

¡Ah! soñador incorregible, lírico tenaz, escultor perenne de nieblas... ya sé que tu triste egoísmo olvidando esta radiante palabra del deber, va a decirme:

—«¡Para qué llegar a los cien años, a los doscientos, si no podemos ser amados!»

Voy a echar sobre esto un párrafo contigo; un párrafo que formará capítulo aparte.

En primer lugar, para los hombres verdaderamente cultos, hay muchas clases de amores.

En el hombre de espíritu elevado, el instinto de la reproducción, con todas sus turbulencias, ocupa un lugar muy secundario. Está allá en los sótanos de la fisiología.

Cuando se ha llegado a cierta edad, en que sus desmanes resultan completamente odiosos, se le recluye más y más en los escondrijos de la naturaleza prehistórica y no se toma de él sino lo que tiene de verdaderamente bello; aquella ilusión noble y temblorosa, aquella fuerza inicial y aquellos iris que ponen prestigios en toda carne.

Un hombre de sesenta, hasta de ochenta años, si no es un saco de alifafes—y no lo será aquel que desde su juventud no quiere serlo—puede amar de innumerables maneras.

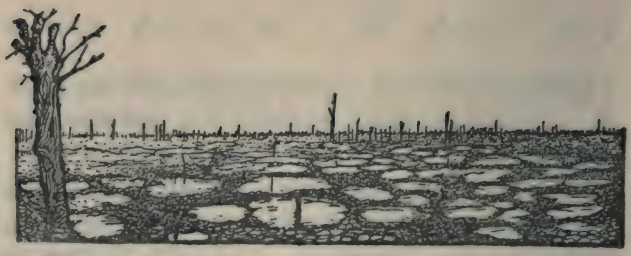
Hay muchos cariños, muchas ternuras, muchas dilecciones, muchas amistades, que ennoblecen y perfuman la vida, y que, por el ambiente de serenidad espiritual en que florecen, difunden, no sólo en quienes lo sienten, sino en aquellos que les rodean, un bienestar muy grande.

La edad, además, otorga a la mujer, por ejemplo, una prerrogativa que no le es dada siempre ejercer en la juventud, a causa de la imbécil maledicencia: una mujer de cincuenta, sesenta años, puede escoger un amigo espiritual, que la conforte, que la suavice las asperezas del descanso, con quien conversar de bellas cosas selectas.

La que no tuvo la suerte de encontrar un marido amante, delicado, bueno, el compañero de «verdad» que toda mujer superior va buscando, puede en la ancianidad—en esa ancianidad florida que nos prometía Metchnikoff—hallar otra alma, que vaya casta, libremente, a su lado, durante la última etapa del viaje...

Cuando la vejez no sea—debido a los desmanes que la juventud en los hombres y a otras causas en las mujeres, así como a los tanteos científicos de ahora—un semillero de miserias, podrá ser aquella corona de éter y de estrellas que, según Carmen Sylva, pone el mismo Dios en las cabezas blancas; pues ya el poeta mejicano Riva Palacio nos dijo:

Que tiene la vejez horas tan bellas
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas.



LA PAZ QUE BAJA DE LAS ESTRELLAS

A lo que parece, «el punto de vista de Sirio» es la gran panacea para todos los males de la tierra.

Cuando usted estima que el vaso de sus desdichas va a colmarse; cuando Dios, que «aprieta, pero no ahoga», según el proloquio, empieza a marcarle en la garganta los dedos invisibles; cuando juzga usted que sus males no tienen ya más remedio que la muerte, se asoma usted a su balcón y sumerge su mirada en la hondura infinita donde ruedan los mundos.

No es preciso que Sirio esté a la vista.

En los países septentrionales puede usted contemplar los siete bueyes que cuida el rojo Arthuro (septentriones), o sea la Osa Mayor, cuyas estrellas principales son, según Víctor Hugo, las siete letras del nombre de Jehovah, quien, «sintiendo la

necesidad de nombrarse», dejó caer en el abismo los siete caracteres de diamante, los cuales arden como soles...

Si está usted en países meridionales, en la República Argentina, por ejemplo, contemplará usted la Cruz del Sur, que

> radia desde la enorme esfera
> con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
> en sus terribles brazos crucificar al polo.

según nuestro Lugones.

No importa, pues, el asterisco, no importa el sol en que usted fije los ojos. El efecto será el mismo y será inmediato: la serenidad.

Un humorista madrileño refería en días pasados que cierto pobre hombre, que al volver a su casa se encontró con una carta de su suegra anunciándole su llegada, con otra del casero subiéndole la renta, y con la confidencia de su mujer previniéndole, *sotto voce,* de que en breve sería padre del décimocuarto hijo, pensó en tirarse por el balcón. Iba a efectuarlo, cuando vió a Sirio, azulado, lejano, flamígero, como un inmenso diamante azul en la insondable noche... Pensó en lo que sus penas, la suegra, el casero, el hijo número 14, significarían «vistos» desde aquel sol enorme... y encendió resignadamente un pitillo y se resignó a vivir.

La contemplación de la noche estrellada, que es uno de los espectáculos supremos, según Kant (el otro es el reinado armónico del orden moral en las almas), tiene una inmensa virtud sedante. Reconforta y tonifica de un modo excepcional, y éste debería ser un argumento para enseñar en las Universidades algo más que la cosmografía seca en que no entra para nada el Cosmos, y en que el pizarrón se llena de cifras y de figuras geométricas.

Las creencias, los dogmas, ganarían mucho asimismo con la contemplación científico-sentimental (no os choque el maridaje de estos adjetivos) del cielo estrellado. Porque Dios, que es del tamaño de cada alma, como el agua del mar es de la capacidad y forma de cada golfo, de cada bahía o ensenada, se ensancharía hasta el vértigo.

El Dios de los que contemplan dos orbes y saben un poquito, nada más que un poquito de astronomía, es de tal suerte desmesurado, que el espíritu se anega en su profundidad sin límites con una sensación de plenitud indecible.

Hay hechos que a diario descubre la astronomía, de tal modo poderosos, de una tan abrumadora elocuencia, que uno siente que la copa de su espíritu ensancha hasta el infinito sus bordes, y es capaz de contener una «porción» inconmensurable de absoluto.

He aquí el más reciente de estos hechos, que traduzco de un periódico especialista:

«La ciencia astronómica alcanza actualmente alturas imprevistas que nuestros padres nunca pudieron imaginar. Comenzamos a saber que la Vía Láctea, de la cual nuestro sol es una estrella y nuestra tierra un átomo, se mueve en el espacio inmenso con una velocidad verdaderamente formidable. Según el diario de la Sociedad Real Astronómica del Canadá, las velocidades radiales de diez y seis nebulosas blancas consideradas como Vías Lácteas lejanas, velocidades que han medido los señores R. K. Young y W. E. Harper, no sólo están concordes entre ellas, sino que siguen la misma dirección en su movimiento de traslación; por lo cual se entiende que estas velocidades se deben a nuestro propio desplazamiento hacia la dirección 20 h. 24 m. en ascensión recta, y 12° en declinación austral. La velocidad de este desplazamiento nuestro sería, según tales cálculos, de 598 kilómetros por segundo. Por otra parte, la revista *The Observatory* nos hace saber que, con métodos diferentes, el señor Truman ha encontrado un desplazamiento de nuestra nebulosa hacia un punto situado a las 23 h. de ascensión recta y 20° de declinación austral, y este desplazamiento alcanza una velocidad de 670 kilómetros ¡por segundo!

»Cuando se piensa en las dificultades de esos cálculos, no puede menos que admirarse la concordancia de los resultados.»

Esta dirección que sigue nuestro universo, con

su enjambre formidable de soles, está situada hacia la estrella de Capricornio.

No olvidemos que en la propia Vía Láctea, a la cual pertenecemos, el sol nos lleva a una velocidad de 20 kilómetros por segundo hacia Vega, la azulada estrella de la Lira:

> En pos de cuyo azul remoto acorde
> marcha el sol con su coro de planetas
> describiendo espirales en la infinita noche!

Y no olvidemos, por último, que la tierra gira alrededor del sol a razón de 29 kilómetros por segundo.

¿Cabe, pues, preocuparse del casero, de la suegra y del décimocuarto hijo, hasta el punto de querer tirarse por un balcón, cuando alzando los ojos vemos esa maquinaria estupenda de diamantes?

¿Qué suma de posibilidades habrá alcanzado en cada sol, en cada mundo de los que giren a su alrededor, en cada grupo de esos soles dobles, de esos sistemas de tres y cuatro estrellas de diversas coloraciones, el artista eterno?

¡Si en este globículo de la tierra, desde el primer grumo protoplasmático o *Batirius* de Haeckel, hasta un Newton, un Víctor Hugo o un San Francisco de Asís, hay una cadena intermedia tal de maravillas, imaginaos lo que la mente divina ha podido desparramar en los millones de millones

de orbes de los innumerables universos que la ciencia va descubriendo!

«¡Oh abismo, tú eres el dios único!»—decía Renán.

¡Y a ese «ser», a quien ni siquiera podemos dar un nombre; a ese «absoluto», del cual sólo es digno el silencio, los hombres lo mezclan en sus tristes contiendas, le atribuyen pasioncillas, cóleras, orgullo, deseo de ser glorificado, como cualquier artistilla o literatuelo vanidoso!

Y no son esos hombres ni los negros, ni los mongoles, ni los indios primitivos, que, incapaces de la abstracción, fabricaron su divinidad a su triste imagen y semejanza: son los ultracivilizados del siglo XX.

Leyendo yo una de tantas proclamas de soberanos, de las que con tanta frecuencia traen a Dios a maltraer, ocurrióseme en días pasados enviar a mi compatriota don Benjamín Barrios, director de la revista *América Latina* (uno de nuestros jóvenes profesores de energía de América), el siguiente soneto, que publicó ya, y que sintetiza mi pensar en estas cosas:

¡Oh mi señor!, tú callas, tú ya no dices nada
sino en el hondo instinto del alma que te invoca;
pero los reyes te hacen hablar, ¡ay!, y en su boca
tu voz se vuelve grito de guerra y son de espada.

Tu eterna mansedumbre se torna marejada
de horror; tu mano pródiga cual garra nos sofoca,
y surge, en vez del agua, la sangre de la roca
del mundo y toda nube de rayos va preñada.

... Mas un día (¡benditos quienes lucir le vean!)
los hombres, que a su imagen y semejanza «crean»
a Dios, serán tan grandes, que abismarán al mito

cruel, obscuro, torvo, que gozaba matando.
Y tú en la mente humana te irás agigantando,
hasta llenar de músicas y luz el infinito!

Pero volvamos a las estrellas.

El *point de vue de Sirius,* comprendido a mi modo, y del que hablo arriba, no se entienda que es un «punto» despectivo para el hombre. Es una ascensión espiritual lograda con la contemplación del firmamento. El alma ha subido de pronto tan alto, que ya encuentra mínimas, ridículas y risibles las cosas de la tierra, y cesa, cuando menos por algunas horas, de preocuparse de ellas.

Pero este mismo poder de ascensión muestra la grandeza del hombre. Quien es capaz de ir en espíritu hasta las estrellas, de consolarse con la contemplación de las estrellas, de medir y pesar las estrellas, es más grande que las estrellas.

Si éstas fueran dioses, maravillosos seres conscientes (Virgilio llama a los astros «conscientes», «consciasidera»: *Eneida,* IX, 429), no nos desdeñarían. Nuestras luchas inenarrables en el desierto de la conciencia humana, donde hay tan pocas flores, el deseo de tantas almas atormentadas de hallar a Dios, único bien a quien van buscando, a través de las cosas visibles, en cierta etapa de su

evolución para buscarlo después en el abismo del yo; todo este penar de las razas, todo este investigar de los cerebros, todo este ansiar de las almas, habría de conmoverles, y, en vez del desprecio, el amor por los hombres brotaría de la entraña luminosa de los astros.

En su *Noche mística de Walpurgis,* el poeta mejicano Manuel José Othon, muerto ya, hace exclamar a las estrellas:

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde la soledad del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No, sus cráneos que se alzan y estremecen,
son el más grande asombrador portento;
fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas, en ígnea llamarada,
contemplamos arder, y es ante ellas

toda la creación polvo y ceniza...
Los astros son materia... ¡casi nada!
¡Y las humanas frentes son estrellas!

No; los astros conscientes no nos desdeñarían, como nosotros no desdeñamos ninguna de las formas inferiores de la evolución y de la vida, porque sabemos que sólo se diferencian de nosotros en grado, y que serán como nosotros un día, y más de lo que ahora somos.

Las estrellas sabrían con su luminoso saber lejano que hasta en lo más obscuro de las pobres almas de los hombres, hasta en la más vil, está Dios escondido... Ellas no ignoran que todo espíritu realizará a Dios en su ascensión por la evolutiva espiral sin límites. Ellas saben que no hay un solo ser que esté destinado a añadir más tarde una estrella nueva a las constelaciones espirituales.

Con sus rayos pálidos y tenues nos envían desde millones de millones de kilómetros de distancia un beso de amor y simpatía que viene a anidar, dulce y casto, en nuestras frentes contemplativas.

Como nuestras almas, ellas arden por ser mejores; ellas se acrisolan constantemente pensando en Aquel por quien suspiran el cristal geométrico y la corteza rugosa; la flor paciente y muda; la roca excelsa y el agua que flota en la espalda azul de los mares; la bestia, en cuyos ojos tristes se lee ya la nostalgia del Infinito, y el hombre acongojado y radiante, barro y oro, lobreguez y piedra preciosa.

Ellas son las compañeras de las almas que tienen sed de luz y hambre de amor; y por eso, cuando las contemplamos, se desvanecen como por encanto nuestras pequeñas angustias de una hora, y por eso una divina paz desciende hacia el corazón del hombre en las noches límpidas: ¡la paz que baja de las estrellas!

FATUM

Madrid, agosto, 1916.

Yo no sé si todo está terminado, si todo es fatal, pero sí sé que esta idea de la fatalidad trae inmediatamente sosiego y paz al ánimo deprimido y amargado por las contradicciones y tristezas de la tierra.

No cabe duda de que la mejor filosofía es aquella que nos da las más eficaces armas contra el dolor, y el fatalismo ya hemos visto cómo se conduce frente a los males. El «estaba escrito» del árabe es un colchón muy blando para caer...

De hecho no hay religión que no sea fatalista. La católica, con su terrible teoría de la predestinación, por ejemplo: *multi sunt vocati; pauci vero electi,* y su creencia de «que no se mueve la hoja

del árbol sin la voluntad de Dios» y de que están contados hasta los cabellos de nuestra cabeza, es de un fatalismo en inercia ante la vida; pero éste es un falso reproche. El fatalismo lucha y es hasta heroico, porque sabe que la propia lucha es fatal. No se apoltrona nunca ni se desalienta... Sólo que cuando es inevitable caer, lo hace sin aspavientos, sin lamentaciones, con una actitud digna, silenciosa y resignada ante lo inevitable.

Uno de los hombres que mejores lanzas ha roto en defensa del Fátum, es el gran Schopenhauer. En su ensayo sobre el libre arbitrio prueba—o a las inteligencias impresionables como la mía y un poco árabes (acaso por la raza), les parece que lo prueba—la necesidad absoluta de todas las cosas. En su opúsculo sobre «El destino de cada individuo», dice: «Que todo lo que sucede, todo sin excepción, sea absolutamente necesario, es una verdad que se nos presenta *a priori*, y que, por lo tanto, es inquebrantable; me refiero aquí al fatalismo demostrable. En mi trabajo premiado sobre la libertad de la voluntad *(Die Freirheit des Willens*, al que nos referimos arriba) esta verdad se presenta como el resultado de todas las investigaciones precedentes. Está confirmada empíricamente y *a posteriori* por el hecho, del cual no puede ya dudar nadie, de que así la sonámbula magnética, como las personas dotadas del don de segunda vista, y aun a veces los ensueños que se tienen durante el sueño ordinario, hacen conocer

de antemano con exactitud y precisión el porvenir. Esta teoría sucinta de la rigurosa necesidad de todo lo que sucede, encuentra su confirmación empírica más elocuente en la «segunda vista». Lo que la segunda vista nos hace conocer con frecuencia, largo tiempo antes de que suceda, lo vemos, en efecto, llegar exactamente y con sus circunstancias accesorias, tal cual había sido anunciado, hasta cuando se toman todas las precauciones posibles para evitarlo o para hacer que el acontecimiento en cuestión se aparte, cuando menos en algunos puntos, de la visión descrita. Estas precauciones siempre han sido vanas, y lo que debía impedir que la profecía se realizara, no ha hecho más que asegurar su cumplimiento. Así, en la antigüedad, en las tragedias lo mismo que en la historia propiamente dicha, la desgracia anunciada por el oráculo o el ensueño es justamente traída por las precauciones que se toman para evitarla. Como ejemplo de esto, citaré simplemente, entre tantos otros, el rey Edipo y la bella historia de Creso con Adrasta en el libro I, de Herodoto, cap. XXXV, 43. Los casos que hacen pareja con éstos, en cuanto a la segunda vista, han sido reunidos por el honorable Bende Bendsen, en la tercera parte del tomo VIII de la *Archir. für Thierischen Magnetismus,* de Kieser (en particular los ejemplos 4, 12, 14 y 16); y se encuentra otro en la *Theorie der Gesterkunde,* de Yung Stilleng, parágr. 1555. Ahora bien: si el don

de segunda vista fuese tan frecuente como es raro, serían innumerables los acontecimientos anunciados de antemano, que se producirían exactamente, y la prueba, de hecho innegable, de que todo lo que acontece, así lo general como lo particular, es rigurosamente necesario, se convertiría en una prueba corriente, al alcance de cada uno de nosotros».

❀

No se concibe, en efecto, que los sonámbulos puedan ver con claridad extraordinaria y en sus menores detalles los sucesos futuros si éstos no existen ya en alguna parte, para ser vistos por un sentido que el hombre normal no posee aún; todo es fatal y está determinado hasta en sus menores detalles.

Como digo arriba, después de leer a Schopenhauer y a algunos otros grandes paladines (ha habido muchos y muy ilustres) del fatalismo, uno se siente convencido. Pero hay una objeción que ni el gran filósofo alemán ni otros no menos conspicuos aciertan a resolver (cuando menos de un modo tal que yo quede satisfecho). ¿Por qué, si todos nuestros actos están determinados, son fatales, sentimos remordimiento de aquellos que no se ajustan a determinado cartabón moral?

En unos versos míos, que se me permitirá que cite por venir muy a propósito y por ser absoluta-

mente inéditos, expreso yo esta objeción, en la forma siguiente:

Espíritu que naufraga
en medio de un torbellino,
porque manda mi destino
que lo que no quiero haga.

Frente al empuje brutal
de mi terrible pasión,
le pregunto a mi razón
dónde están el bien y el mal.

¿Quién se equivoca, quién yerra:
la conciencia que me grita:
¡Resiste! llena de cuita,
o el titán que me echa en tierra?

Si no es mío el movimiento
gigante que me ha vencido,
¿por qué, después de caído,
me acosa el remordimiento?

La peña que fué de cuajo
arrancada y que se abisma,
no se pregunta a sí misma
por qué cayó tan abajo.

Mientras que yo, ¡miserable!,
si combato, soy vencido,
y si caigo, de caído
aún me encuentro culpable.

Y en el fondo de mi mal
el triste consuelo siento
de que mi derrumbamiento
fué necesario y fatal.

Bien sé que esta antinomia la explican algunos por la educación, por el prejuicio, por la fuerza de lo preestablecido, pero estas explicaciones y otras de la misma laya no convencen. Más bien convencería la idea de que nosotros «en un estado anterior» hemos escogido la existencia actual; de que por ende hasta lo malo que haya en ella (es decir, la imperfección, ya que el mal no es más que eso) resulta culpa nuestra y, por lo tanto, aun supuestos fatales nuestros actos, pueden sernos reprochados por nuestra conciencia, que está fuera del espacio y del tiempo.

Pero, sea lo que fuere, no cabe duda de que el fatalismo es cómodo y nos da una indulgencia muy grande con respecto a los errores colectivos e individuales. Cuando un prójimo nos hace una perrería nos decimos: «es natural: la encina sólo da bellotas»... y nos quedamos tan tranquilos.

Cuando el mundo entero se vuelve loco, como ahora es el caso, buscamos a su locura una explicación fatal y cesamos de sorprendernos y lamentarnos.

He aquí, por ejemplo, lo que dice Maeterlinck en las primeras páginas de su novísimo libro *Les dèbris de la guerre:* «Se ha notado siempre, a través de toda la historia, que hay dos voluntades distintas, las cuales son como dos manifestaciones opuestas e irreductibles del alma de nuestro globo: la una no busca sino el mal, la injusticia, la tiranía, el dolor; la otra exige el derecho, la liber-

tad, la luz, la alegría. Ambas se encuentran en presencia una postrera vez; no dejemos escapar la ocasión de aniquilar a la que viene de abajo; sepamos ser despiadados por no tener ya necesidad de piedad. Es una obra de defensa orgánica. Urge que el mundo elimine el militarismo prusiano, como una toxina que desde hace cincuenta años emponzoña e infecta sus horas. Se trata de la salud del planeta. Mañana los Estados Unidos de Europa tendrán que fijar el régimen de la convalecencia del mundo»...

Está muy bien dicho. Pero al leerlo se piensa en ese Ormuz y ese Arimanes que pugnan, no ya a través de toda la historia, sino a través de toda la cosmología, y se pregunta uno instintivamente: ¡Cómo va a suprimirse la sombra si se quiere que triunfe la luz! ¡Y qué culpa tiene Arimanes de ser negro para que Ormuz sea blanco! Y al pensar esto, que es en suma la esencia del fatalismo, ya no odia uno a ningún poder de los agresores y contundentes que se han lanzado a devorar el mundo. Es uno naturalmente francófilo; piensa que hay que luchar con toda el alma por que en el planeta vuelva a triunfar el derecho representado y no la inflexibilidad implacable del acero representada por Berlín; mas la conciencia se sosiega y comprende que lo negro y lo blanco están más allá de nuestras morales y nuestros anatemas, y que si la lucha contra la sombra es santa, el odio a la sombra es estéril...

Jacob luchó con el ángel por espacio de una noche y lo venció..., pero sin enojo. El ángel le llamó Israel porque había sido fuerte contra Dios, y le bendijo antes de irse...

Con respecto a los individuos, a las llamadas flaquezas de nuestros prójimos, la idea del Fátum es más apaciguadora aún que con respecto a las colectividades, a las naciones.

Bien sabemos que lo que nos molesta en los demás proviene siempre de su carácter, y ¿qué asidero mayor que el carácter puede tener la fatalidad? ¿No es por ventura el carácter la fatalidad individualizada?

Cuando nacían en los cuentos los príncipes, las buenas hadas iban a otorgarles dones (dones de carácter o dones físicos tan fatales como los primeros). Pero solían olvidarse los padres de invitar a alguna hada vieja y avinagrada, la cual llegaba a los postres a aguar la fiesta y abrumaba al pequeñuelo con algún defecto, con alguna deformidad moral o física incurable...

Oigamos a este propósito al viejo y encantador Anatolio en su último volumen, intitulado *Le livre de mon ami*. «Fée», en italiano «Fata», en español «Hada», en portugués y en provenzal «Fada» y «Fade»; «fadette» en ese patois de Berry que ilustró Jorge Sand, ha salido del latín «Fátum», que

significa destino. Las hadas resultan de la concepción más dulce y más trágica, más íntima y más universal de la vida humana. Las hadas son nuestros destinos. Una figura de mujer cuadra bien al destino, que es caprichoso, seductor, engañoso, lleno de encanto, de turbación y de peligro. Bien cierto resulta que una hada es la madrina de cada uno de nosotros y que, inclinada sobre nuestra cuna, otorga esos dones afortunados o terribles que son para toda la vida. Considerad los seres, preguntadles lo que son, lo que los constituye, lo que hacen: encontraréis que la razón suprema de su existencia dichosa o funesta es el hada. Claudio agrada porque canta bien; canta bien porque las cuerdas de su voz están armónicamente construídas. ¿Quién las dispuso así en la garganta de Claudio? Fué el hada. ¿Por qué la hija del rey se picó con el huso de la vieja? Porque era viva, un poco aturdida... y porque el decreto de las hadas así lo ordenaba».

«Esto es, precisamente, lo que responde el cuento, y la sabiduría humana no va más allá de esta respuesta. ¿Por qué, prima mía, sois vos bella, ingenua y buena? Porque una hada os dió la bondad, otra el ingenio, otra la gracia. Sucedió como ellas lo habían dicho... Una misteriosa madrina decreta, cuando nacemos, todos los actos, todos los pensamientos de nuestra vida, y no somos felices o buenos sino hasta donde ella lo haya querido. La libertad es una ilusión y el hada una ver-

dad. Amigos míos, la virtud es, como el vicio, una necesidad que no podemos eludir... ¡Oh!, no os escandalicéis. No por ser involuntaria la virtud es menos bella, y no por eso merece menos que se la adore.»

«Lo que amamos en la bondad, no es el precio que cuesta, sino el bien que hace.»

«Los pensamientos bellos son las emanaciones de las almas hermosas, que difunden su propia substancia, como los perfumes son las partículas de las flores, que se evaporan. Un alma noble no puede dar a respirar más que nobleza, lo mismo que una rosa no puede oler más que a rosa: así lo han querido las hadas...»

•

Repito que no sé si esto tan bellamente dicho, expresión de un pensamiento viejo como el mundo, es verdad; yo nunca he sabido qué es verdad o qué es mentira... Pero sí sé que la idea consuela por todos conceptos.

¿Por qué irritarnos de que ciertos amigos erizos nos pinchen con sus púas? ¿Podemos por ventura concebir un erizo sin púas, y no son, acaso, para la armonía de la creación tan necesarios el erizo como la paloma, el sapo como la estrella, la fetidez del cadáver como el perfume del nardo?

Cuando nos encontramos en el camino de la vida (¡ay! ¡con cuánta frecuencia!) un ser mezquino,

riscoso, que nos muerde y emponzoña, ¿por qué no recordamos a otros seres, nobles, bellos, armoniosos, dulces, que nos fué dado conocer en los claros de la «selva obscura»?

¿Por qué el recuerdo de las cosas maravillosas de la existencia no ha de abroquelarnos contra la tristeza de las cosas viles?

Un solo crepúsculo, una sola noche de luna, ¿no compensan, acaso, las tinieblas de todos los antros?

Una mujer sencilla y buena, que nos haya amado, ¿no basta a pagarnos con creces todo lo que diez mujeres perversas y necias nos hayan hecho sufrir?

Un amigo sereno, desinteresado, indulgente y sabio, ¿no es un don superior a todos los dones y no nos paga, de antemano o después, cuantas malevolencias, cuantas ingratitudes, cuantas ruindades nos hayan mostrado los otros hombres?

No son tan raras en este mundo las cosas exquisitas: solemos ligeramente olvidarlas para no recordar más que el dolor; pero ciertamente la vida ha tenido para todos nosotros horas de paz incomparable, y si fuésemos más cuerdos, haríamos lo que dice la leyenda de aquel hermoso reloj de sol que mostraba su majestad apacible sobre un pilar mohoso, en una antigua villa de Italia: *Non numero nisi serenas*... ¡Yo no cuento más que las horas serenas!

¡Ah! Las hadas que otorgan bellos dones en los

cuentos, son las más. Las que vienen a aguar las fiestas son las menos. Fijaos bien en que la viejecita nariguda y hosca, a quien no se convidó y que abruma al príncipe recién nacido con un presente negro, es acaso la más útil, porque le da el claroobscuro necesario para que luzcan en él los dones maravillosos que le otorgaron las otras...

Hay quien piensa que estas teorías son desmoralizadoras; yo no creo tal. Si un lirio sabe que es fatalmente lirio, que no lo debe a mérito suyo ninguno (por lo menos a un mérito actual), ¿se negará por eso a seguir siendo bello y dar perfume?

Si un alma sabe que es buena fatalmente (acaso porque antes de nacer ya había merecido ser buena), ¿renunciará por eso a seguirlo siendo? De ninguna manera.

En cuanto a los seres viles, canallas, en primer lugar, nunca creerán que lo son (si lo creyeran empezarían a dejar de serlo), y en segundo lugar, si la sociedad los segrega y aparta, menos amargura tendrán de quejarse a su destino que a ella.

Que pidan explicaciones al supremo alfarero de que habla San Pablo, por haberlos hecho vasos de ignominia en vez de hacerlos vasos de elección; y quién sabe si el alfarero, allá en el sigilo del alma, les dé una razón satisfactoria.

Todo hombre puede pedir cuentas a Dios de las aparentes injusticias de su vida, y Dios no se las negará jamás. Un instinto seguro responderá a su interrogación en las intimidades de la conciencia. Le dirá por ejemplo: ¿Estás seguro de no haber sido tú mismo el que eligió su porción? El que no lo recuerdes ¿es acaso un argumento? ¿Recuerdas por ventura otras muchas cosas que hiciste y que ya tu memoria no puede evocar, pero que evoca y baraja a veces tu ensueño? Has sido niño y lo sabes sólo por el testimonio de los demás. Has estado a las puertas de la muerte y fué preciso que te refiriesen después, en la convalecencia, los detalles de tu gravedad. Has ejecutado actos trascendentales en plena razón y no tienes ya memoria de ellos. Has sufrido dolores tremendos, que en vano, en tu recuerdo, intentas reconstruir. ¡Quién sabe si, de la propia suerte, antes de nacer has hecho algo que te obligó a revestirte de un cuerpo acaso débil, ñoño, miserable, y si tu fatalidad actual no es más que el resultado de tu libertad anterior!...»

«Antes de lanzarte de una altura a un abismo, eres libre de ejecutar o no tu acto. Una vez que te has lanzado, perteneces al abismo... a la ley implacable de la gravitación, a las fuerzas invisibles que te balanceen en sus brazos y te estrellen o no contra las rocas del fondo y te ahoguen o no en las olas revueltas y te arrojen o no a las mansas playas lejanas...»

Así entendido, el Fátum es todavía menos torvo, más consolador.

Por lo demás, entendido de cualquier manera que sea, dominable o invencible, es muy bella la actitud de las almas que se yerguen fieras y resueltas enfrente de él. Al Destino mismo deben complacerle almas así...

Y en cuanto a su inexorabilidad, no será tanta que por un resquicio del muro negro no se filtre el rayo de luz de la justicia y la misericordia de Dios...

LA INCOGNITA ROJA

Don José Comas Sola, director del Observatorio Fabra, de Barcelona, ha publicado recientemente un opúsculo que intitula *La vida en el planeta Marte.*

En él resume las ideas generales que en 1909 emitió con respecto a la habitabilidad de este planeta, y muy especialmente a la famosa «red de canales» que tanto y tanto ha hecho hablar a los sabios... y a los que no lo son.

El señor Comas Sola no cree en esos canales. Las grandes extensiones grises que se advierten en la superficie de Marte, y que son «fajas más o menos anchas y generalmente difusas, aunque algunas ofrecen claramente el aspecto de lagos alineados, están constituídas, en parte cuando menos, por lagos u oasis (regiones estas últimas en que la vegetación es más lozana o la coloración

de la misma es más obscura). Los «canales» serían en realidad cuencas hidrográficas, en cuyas vertientes se desarrollaría la vegetación. La dificultad de la visión de estos detalles les da un aspecto geométrico que en realidad no tienen. La clásica red geométrica de canales no existe.»

El señor Comas Sola cree que sus afrmaciones —mejor dicho, sus negaciones—«le enajenarán algunas amistades»; es decir, que habrá gentes que no le perdonen al ilustre astrónomo del Tibidabo que les rompa su juguete; gentes enamoradas, desde los tiempos de Schiaparelli, de los grandes «ingenieros» marcianos, constructores de obras, junto a las cuales Suez y Panamá son insignificancias, y que se sentirán profundamente heridas de que alguien ose poner en duda una concepción tan maravillosa.

Yo creo que el señor Comas Sola puede estar tranquilo a este respecto.

¿Qué clase de amigos serían esos que le negasen su afecto porque afirma que en Marte no hay canales? Se puede no creer en los Lesseps marcianos y seguir siendo, como lo es el señor Comas Sola, persona estimabilísima.

Pero hay aún otra razón para que estos amigos no se molesten por las afirmaciones del señor Comas Sola, y es que seguirán creyendo en los canales a pesar de la aseveración del sabio: las ilusiones—si ésta es ilusión—tienen la vida dura. Por otra parte, si un astrónomo niega los canales,

otro astrónomo, el profesor Percival Lowell, «el padre de Marte», como lo llaman los norteamericanos, que dispone de uno de los más formidables telescopios que existen en el mundo, afirma y ha afirmado siempre su existencia. He aquí lo que en carta dirigida a Camilo Flammarion el mes de Marzo último, dice este sabio:

«El nuevo telescopio de un metro de abertura del observatorio Lowell, que está ya completamente equipado para la observación visual, «muestra los canales como finas líneas exactamente geométricas», corroborando así las observaciones hechas con instrumentos menos poderosos. Ello contradice la opinión errónea, según la cual los grandes reflectores no muestran estos aspectos tan singulares y característicos de Marte». *(L'Astronomie*, Marzo, 1914.)

Percival Lowell lleva ya enumerados más de 450 canales, y ha logrado fotografiar los mayores varias veces. Las fotografías se han publicado ya en numerosas revistas astronómicas, entre ellas en la *Popular Astronomy*, de Estados Unidos; en la ya citada *Astronomie,* órgano de la Sociedad Astronómica de Francia, y creo que en una revista alemana.

Los soñadores, los que piensan que en el planeta amarillento, que parece un gran topacio en el misterio de las noches, hay seres infinitamente más inteligentes que nosotros, tienen, pues, un gran padrino para seguir creyendo. Este padrino

es Percival Lowell, quien afirma que hay en Marte el más vasto sistema de irrigación imaginable, el cual utiliza las aguas provenientes de los deshielos polares para llevar por toda la superficie sedienta de un mundo de evolución muy avanzada en que ya no hay océanos, sino simples mediterráneos, la frescura y la vida.

Por lo demás, no sólo se han fotografiado los canales por el sistema ordinario, sino que se ha empleado el método dicho de «filtros selectores», el cual confirma plenamente las afirmaciones de Lowell. El señor Tikhoff, miembro de la Sociedad Astronómica de Francia y astrónomo ilustre, procedió por ministerio de estos filtros selectores, y hablando de los resultados obtenidos, dice entre otras cosas: «La comparación de las fotografías tomadas a través del filtro rojo y del filtro verde hace ver una gran diferencia en la distribución de los colores en la superficie de Marte. Sobre las fotografías rojas, los continentes (Hellas, Elyseum, Ensonia, Eridania, etc.) se presentan como sitios más brillantes y sobrepasan con mucho en intensidad luminosa al casquete polar austral. Al contrario, en las fotografías verdes es el casquete polar el sitio más luminoso del disco. En cuanto a los mares, son muy poco obscuros en las fotografías rojas y grises en las verdes. Además el estudio de las pruebas fotográficas originales hace resaltar que es en las pruebas del rojo anaranjado, y sobre todo del rojo simple, donde se ven mejor

los principales canales, como Xanthus, Scamander, Simois, Tartarus, Cerberus, etc. En consecuencia, el color de los canales es semejante al de los mares».

Y añade para concluir: «Los más notables entre estos canales son Xanthus, Scamander, Simois y Tartarus, que aparecen visibles «como líneas continuas y regulares y no están de ningún modo compuestos de puntos separados».

La anchura de estos canales es de doscientos kilómetros poco más o menos...

Pero volviendo al ilustre astrónomo señor Comas Sola, diré que si no admite la existencia de los canales, afirma, en cambio, enérgicamente la habitabilidad de ese misterioso planeta, como lo ha afirmado siempre el gran Flammarion (autor de un precioso libro sobre Marte, nutrido de documentación, quien dice: «La hipótesis de que Marte está actualmente habitado por una raza intelectual muy superior a la nuestra, se afirma gradualmente, de año en año, a medida que las observaciones astronómicas se vuelven más precisas». (Flammarion: *Les autres mondes sont'ils habités?)*

Por su parte, el señor Comas Sola nos dice: «En Marte la existencia de la vida es altamente probable y hasta podemos añadir que «es casi seguro que la vemos». Ahora bien; admitida la existencia

de seres vivos en el planeta rojo, ¿es posible comunicarnos con ellos?

—«¿Qué duda tiene?»—responde el astrónomo barcelonés—. «Si la telegrafía sin hilos sobre la tierra está todavía restringida a distancias relativamente pequeñas, dentro de cierto tiempo podrá ser la acción de dicha telegrafía prácticamente ilimitada, siéndolo quizá ya para los aparatos marcianos, que estarían dispuestos muy diferentemente que los nuestros, a menos que los marcianos hubiesen abandonado definitivamente las ondas hertzianas e hiciesen uso de otras radiaciones o emisiones quizás desconocidas para nosotros y muchísimo más cómodas para el objeto que se persigue.»

«Pero si no dispusiéramos de ondas eléctricas, siempre podríamos emplear las luminosas y cabría la posibilidad de establecer un cambio de señales ópticas; dibujar, por ejemplo, figuras geométricas, cuyos vértices estuvieran formados por focos luminosos de gran intensidad, supuestos perceptibles telescópicamente desde Marte.

«Esta idea, que no recuerdo quién propuso la primera vez—concluye el señor Comas Sola—, es indudablemente la más factible y no sería ningún disparate el ensayarla. Sólo hay la dificultad de que vemos casi todo el disco de Marte iluminado por el sol, lo que nos haría poco fácil advertir la contestación de los marcianos.»

Además de la dificultad que expresa el director

del Observatorio Fabra, hay otra «práctica». Los sistemas de señales luminosas son caros. ¿Saben ustedes cuánto costaría, por ejemplo, el de espejos pregonado por el profesor Pickering? Pues nada menos que «dos millones de libras», según cálculos que se hicieron oportunamente.

Este sistema, mucho más viable (porque merced a él se podría conversar con las humanidades planetarias), fué ideado en el año de 1869 por Charles Cros, y Flammarion lo reproduce extensamente en el apéndice de su libro *Excursions dans le ciel*.

Pickering lo ha modernizado, es verdad, conforme a los elementos ópticos novísimos. Trátase de una serie de espejos que ocuparían una área de un cuarto de milla y que, reflejando la luz solar, la enviarían al espacio en haz de potencia formidable. Estos espejos estarían unidos a un gran eje paralelo al eje de la tierra y serían movidos por motores poderosísimos, regulados por aparatos de relojería (como los ecuatoriales), merced a los que efectuarían una revolución completa en veinticuatro horas. El profesor Pickering piensa que la luz reflejada por dichos espejos sería fácilmente distinguida por los marcianos siempre que éstos empleasen telescopios. Propuso que se empezara por una serie de resplandores, seguida, después de un instante, de otra serie, y así sucesivamente, con intervalos iguales a los del código de telegrafía óptica. Esto atraería la atención de

los marcianos, que quizás contestaran con una señal análoga.

La teoría así expuesta es muy sencilla; pero, como digo arriba, el costo del procedimiento se calculó que ascendería a cincuenta millones de francos... Bueno está el mundo para gastarse eso en hacer señales a unos señores hipotéticos de un planeta vecino, cuando con la misma cantidad cualquier potencia puede fabricarse un superdreadnought, que en una hora convierta en escombros un puerto y siegue algunos miles de vidas.

Otro sistema para comunicar con Marte fué ideado por David Dodd, el famoso profesor norteamericano de Astronomía, y consistía en el empleo de la telegrafía sin hilos. Convencido—porque los norteamericanos no dudan de nada—de que los marcianos hace mucho tiempo que intentan enviarnos mensajes, propuso una excursión en globo hasta una altura atmosférica tal, que el enrarecimiento del aire anulase las influencias terrestres, a fin de no turbar las ondas hertzianas que, «sin duda», irradian de otros planetas.

«Los aeronautas—añadía—nos meteríamos en una jaula de aluminio con aparato para expeler el gas ácido carbónico y sustituirlo con oxígeno y aire comprimido, a fin de no sufrir el mal de montaña. Ascenderíamos lo más alto que pudiéramos y permaneceríamos a esa altura máxima el mayor tiem-

po posible. Con nuestros aparatos de telegrafía sin hilos intentaríamos, no enviar, sino recibir mensajes de Marte.

¿Pero es cierto que Marte nos envía desde hace siglos estos mensajes?

«La casualidad—dice Charles Cros, ya citado—me ha puesto a la vista algunos hechos extraños; quisiera verlos reunidos; quisiera que se investigase si es cierto o no que se producen. Diversos observadores, Herschel, Schroeter, Harding, Messier y otros, han visto puntos brillantes en los discos de Mercurio, de Marte, y creo que también de Venus. Las explicaciones que suponen que se trata de volcanes o de fenómenos de reflexión mal definida de los rayos solares son poco satisfactorias; todos convienen en ello. Que se mire atentamente; quizá se verán de nuevo esos puntos y se les observará mejor. Se necesita una idea preconcebida para ver, y hasta aquí nadie la ha tenido.» *(Moyen de comunication avec les planetes.* Libro de Flammarion ya citado. Apéndice.)

Por su parte, el señor Coultre, distinguido astrónomo de Ginebra, durante setenta días de observaciones hechas en esta última oposición del planeta (la de 1913), notó una serie de apariciones luminosas de un blanco azulado, como si dimanasen de la luz de poderosas lámparas eléctricas.

Tal iluminación, que duraba algunos segundos, pudo observarse en muchas noches. No fué ésta, por lo demás, la vez primera que dichos fulgores se vieron. Aparte de los hechos citados por Cross, que remontan a épocas relativamente lejanas, en los últimos seis o siete años se han observado por diferentes sabios y en diferentes períodos estos puntos luminosos. Se ha buscado inútilmente una explicación y se ha acabado por atribuirlos a efectos de luz atmosféricos o erupciones volcánicas. Pero el señor Coultre cree firmemente que se deben a intentos metódicos para entrar en comunicación con nuestro planeta.

El escritor Aubrey Wilmer refiere otro incidente significativo, de cuya autenticidad claro es que yo no respondo, limitándome a traducir del inglés el breve relato:

«En Bringhampton, Nueva York, el profesor Jeremías Mac Donald volvía a su casa temprano una mañana del año de 1897, cuando un fulgor vivo hirió sus ojos y un objeto cayó a tierra cerca del sitio donde se hallaba. Más tarde pudo extraerlo del suelo y advirtió que era una masa de metal blanquizco que había sido fundida por el calor. Todavía estaba caliente, y cuando se enfrió lo bastante para poder romperla, se encontró dentro una pieza, también metálica, en la que había ciertas señales curiosas, que «muy bien pudieran ser caracteres escritos». Era indudablemente un aerolito; pero el profesor Whitney, que después lo

examinó, declaró que tenía una forma diferente de todos los que había visto antes, y el profesor Mac Donald es de los que creen que este misterioso visitante significa un intento de comunicación de otro mundo.»

Recuerda uno naturalmente, al leer lo anterior, la admirable novela de Wells, *The war of the worlds,* que, sin duda, innumerables lectores de *La Nación* han leído y que es de una fantasía (sobre base científica) prodigiosa.

Pero ¿y qué resultados prácticos nos traería una comunicación con Marte?—se preguntarán ustedes.

Inmensos—puede responderse—si, como afirman muchos astrónomos, el planeta rojo, salido antes que la tierra de la nebulosa primitiva y enfriado mucho más rápidamente que nuestro mundo a causa de su relativa pequeñez, es anterior a éste quizá en millones de años. La evolución de los marcianos habrá alcanzado dentro de tal supuesto alturas maravillosas, y la constante comunicación con ellos nos haría dar un salto tal en la escala del progreso, que nuestros problemas científicos más arduos resultarían juegos de niños. No más desigualdades sociales; no más incertidumbres religiosas; no más faenas ímprobas para arrancar a la naturaleza sus riquezas, para posesionarnos de sus fuerzas y utilizarlas en nuestro

beneficio; no más enfermedades... ¡acaso no más vejez! (La vejez es sólo una enfermedad, según Metchnikoff.)

Si el hombre en unos cuantos siglos ha alcanzado magnificencias y excelsitudes mentales estupendas, imaginemos a lo que habrán podido llegar inteligencias en acción que se ejercitan desde hace millones de años...

Si una hora de conversación con un hombre instruído y elocuente, que sabe desmigajar sus ideas, equivale a la lectura de muchos libros, pensemos en lo que significaría para los adelantos de la especie la comunicación metódica, continua, con espíritus infinitamente altruístas, más serenos, más sabios, que en el transcurso de milenarios se han adiestrado sin cesar en el misterio del universo.

Supongamos únicamente que los marcianos fuesen capaces de enseñarnos tres cosas:

1.ª La utilización barata de la energía intraatómica o cuando menos de las mareas y del calor solar.

2.ª La vacuna inmunizadora de todo género de dolencias; y

3.ª En el orden filosófico, la comprobación científica de la supervivencia del alma...

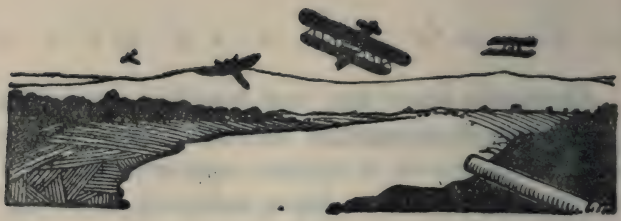
Vosotros, los escépticos, diréis quizá que tales hallazgos en una humanidad no preparada aún para digerirlos, traerían más inconvenientes que ventajas.

Objetaréis acaso que, aun resueltos estos tres problemas, la humanidad no sería feliz. Agregaréis, en fin, que no es sensato esperar nada de los mundos lejanos; que todos debemos más bien aguardarlo de nosotros mismos.

Tal vez... Pero ¿quién detiene los ímpetus del alma contemplativa del filósofo, del artista, del poeta, que en la augusta y diáfana quietud de la noche pide a los remotos orbes todo aquello que ha ido buscando vanamente por la tierra?

¡Soñemos, alma, soñemos!

Siempre habrá tiempo de volver a lo que tres o cuatro pedantes llaman con énfasis «verdades comprobadas», y que son acaso las ilusiones por excelencia de la vida... los fantasmas entre los cuales se mueve lentamente nuestro «yo» como un sonámbulo atormentado...



EL ALMA DE LAS PLANTAS

Madrid, 1918.

HACE algunos años, sugerido por ciertos descubrimientos modernos, escribí un cuento que se intitulaba *Guillotinadas*.

Era la horrible tragedia de la flor que «ve» y «sabe» que van a cortarla y no puede huir (1).

---

(1) El cuento *Guillotinadas* comenzaba con las frases siguientes (algo cambiadas en otras versiones):

«He aquí, en resumen, lo que nos dijo aquella tarde el conferenciante Gabriel de Asís, miembro verdaderamente «apostólico» de la Sociedad Protectora de las Flores, y cuya generosa propaganda ha tenido tanta resonancia en el mundo, especialmente en Inglaterra y en Estados Unidos.»

Y seguía con el texto mismo incorporado en este artículo.

La ciencia moderna—decía yo—ha probado hasta el convencimiento que las flores sienten.

—¡No cortemos flores!

Cuando os acercáis a una rosa, llevando en la diestra las tijeras afiladas, la rosa os ve: la ciencia ha probado hasta el convencimiento que las flores ven (1).

Os ve, sí, perfectamente.

Pero no puede huir...

La fatalidad de su origen la liga a la tierra.

Sabe que vais a guillotinarla de un tijerazo. Pero no puede gritar a vuestro corazón en demanda de misericordia.

La flor es muda.

Aguarda, pues, impasible, al parecer.

---

(1) Nota puesta en un manuscrito del cuento *Guillotinadas:*

«Mr. Viaud Bruant, apoyándose en la autoridad de Mr. Wagers, de la Universidad de Cambridge, y en la de Mr. Cunissit, emite la hipótesis de que la flor ve.

Además, el profesor Gottlieb Haberlundt, del Instituto Botánico de Graz, Styria, descubrió no ha mucho que ciertas plantas tienen ojos. Y no dos, como la generalidad de las especies animales, sino muchísimos. Este descubrimiento ha sido comprobado por el doctor Nutull, de Londres, y por el célebre naturalista Harold Wagner: «El órgano visual es múltiple. Tiene su asiento en las células epidérmicas de las hojas, las cuales, fotografiadas por un aparato especial adosado a un potente microscopio, aparecen como lentes convergentes, a través de las cuales se destaca con una limpieza asombrosa la imagen de los objetos exteriores.»

Mas si vuestros rudos ojos míopes pudieran advertir su estremecimiento de espanto, tendríais lástima.

Sólo que vuestras pobres pupilas están deslumbradas por el oropel de todas las tonterías humanas... y, claro, no veis nada, no percibís eco alguno del poderoso, pero silente, latido de la naturaleza.

Y avanzáis esgrimiendo vuestras tijeras.

Vais, puesto que sois los más fuertes, a aniquilar una forma de existencia infinitamente superior a la vuestra, que ha llegado, a través de milenarios, a refinamientos, sabidurías, delicadezas, junto a los cuales las finuras de nuestros «snobs» son absolutamente primitivas y ridículas.

La rosa, a pesar de ser más hondamente sabia que vosotros, o quizás por eso, no tiene defensa... Apenas si os opone sus leves espinas.

Sin embargo, cuando vosotros érais unos peludos pitecantropos erectos, ella poseía ya, siglos atrás, todas las aristocracias.

Pudo haber aniquilado la planta al hombre en los ciclos prehistóricos.

Debió comprender que aquel mono feo y maloliente iba a ser el enemigo jurado de sus especies... Pero no quiso hacerlo. La flor no mata sino a los que buscan en su perfume nocturno un envenenamiento misericordioso.

Pero decía que llegáis con vuestras tijeras: para que no os pinche cogéis el tallo de la rosa delica-

damente (es lo único que vuestro egoísmo sabe hacer con delicadeza) y... ¡trac! guillotináis a la flor.

Después prendéis aquella maravillosa cabecita: hombres, en vuestro ojal; mujeres, en vuestro corpiño.

La cabecita chorrea sangre, pero como es sangre incolora, vosotros no hacéis caso.

El hombre es un animal de analogías. Aquello que difiere de él carece de las propiedades de la vida consciente (en su concepto). Por eso el inglés Russel Wallace ha sostenido, en pleno siglo XX, que de todos los universos la tierra sólo puede estar habitada... geocentrismo digno de Tolomeo.

Como la flor no posee ojos iguales a los nuestros, ni come como nosotros (salvo excepciones) cadáveres de animales, ni pronuncia discursos, ni tiene vanidad, ni ha inventado, que sepamos, religión alguna, fuera de esa divina religión del silencio y del éxtasis, no podemos creer que piense (1).

---

(1) Aquí, en una versión anterior del cuento *Guillotinadas,* se leía:

«Por tanto, el individuo que la guillotinó lo hizo sin el menor remordimiento...

Más aún, con una especie de piedad póstuma, hay señoritas bastante estimables, que después de degollar flores las ponen en agua.

Esto equivaldría a poner en sangre cabezas de hombre, de una especie singular, que tuviesen, por ejemplo, cuellos muy largos.»

Estas cabezas guillotinadas, merced a la longitud de los tales cuellos, disfrutarían de una circulación imperfecta, que les permitiese vivir un poco más, como aquella de las mil y una noches, que al ser cortada fué puesta, por recomendación previa del ajusticiado, en una vasija de agua.

La deliciosa, la maravillosa flor degollada vive, pues (¡qué inefable tormento!), varias horas.

Mas, a pesar del agua en que están sumergidas sus arterias rotas, el agotamiento y la marchitez llegan pronto.

Vosotros soléis quejaros de esto y apreciar mejor aquellas flores de organización compleja, como las patricias orquídeas, o aquellas otras resistentes en su sencillez, como los claveles, que, cortados, viven aún días de tortura espantosa... pero con apariencias de lozanía perfecta.

¡Oh hombres, hermanos míos, cuándo comprenderéis el sencillo y santo secreto que nos rodea!

Os veo sonreir...

—¡Poesía, imaginación!—decís.

Seguid, pues, cortando flores para los corpiños de vuestras triviales novias.

¡Por qué habíais de entender!

¿Y no es por ventura mejor que no entendáis, a fin de que la flor pueda decir al Padre:

—Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen (1).

Y he aquí que ahora me encuentro en una revista científica con la comprobación de esta fantasía.

A lo que parece, los vegetarianos de Estados Unidos, que no quieren para conservar su propia vida destruir vidas animales, se encuentran perplejos, con razón, ante los experimentos extraordinarios hechos por el profesor Bosse, de las Indias inglesas; experimentos que le han permitido demostrar al mundo científico la semejanza que existe entre las reacciones producidas por acciones diversas en las plantas y en los animales.

En esta demostración práctica, hábilmente conducida por medio de ingeniosos instrumentos de precisión, se ha visto claramente que las plantas no sólo están dotadas de sensibilidad, sino que

---

(1) El cuento *Guillotinadas* (hasta aquí incorporado textualmente en el artículo anterior) termina en un manuscrito con las palabras siguientes:

«Recuerdo que, a pesar del señor ventrudo, el conferencista tuvo un gran éxito, especialmente entre las señoras que asistían a la conferencia, muchas de las cuales, entusiasmadas, lo aclamaron a la salida, arrojándole puñados de flores de las que llevaban prendidas en sus corpiños.»

algunas de ellas la poseen en un grado tal, que se aproximan a las formas inferiores de la vida animal.

Se ha demostrado, en efecto, que las plantas son afectadas de la misma manera que los animales, aunque en menor grado, por la fatiga, la electricidad, las funciones que excitan o deprimen a aquéllas.

Las plantas sufren y mueren por el efecto de los mismos venenos que los animales. Entre ellas y los animales, aun los de especies superiores, no se encuentra la diferencia cualitativa que se admite generalmente.

Las plantas sienten el dolor como nosotros lo sentimos, y las plantas cultivadas en jardines lo sienten más vivamente que las plantas salvajes.

Las plantas se asustan con los rumores de la tempestad y son afectadas por todos los acontecimientos que obran sobre la sensibilidad humana. Deben, pues, en consecuencia, ser consideradas como seres animados.

Esta teoría, aunque carece hasta hoy de una total demostración práctica, no es, sin embargo, una novedad—dice la revista indicada—en el dominio de las ciencias biológicas. Los antiguos creían en el alma de los árboles; consideraban a las flores como cosas divinas. Los contemporáneos de Octavio y de Ovidio lo afirmaban con énfasis; era una de sus mil intuiciones maravillosas.

Los poetas, con sutilezas imaginativas, encontraban siempre una relación entre el hombre y las plantas.

Los filósofos—decía Fernando de Herrera—atribuyen la vida a las plantas como a los animales, porque aquéllas tienen un alma, por medio de la cual vegetan y crecen.

Pero, científicamente, jamás se había probado, hasta ahora, que aparte de los fenómenos vitales comunes al reino animal, observados en las plantas, mostrasen éstas, asimismo, algunos fenómenos de la sensación y de la volición, que es lo que justamente hace que se establezca una diferencia entre las fuerzas que regulan las funciones en la vida vegetal y la vida animal.

Campanella decía que todo ser existe con la condición de poder existir y en tanto tenga una idea que realice personalmente, siempre que la naturaleza quiera crearlo.

La naturaleza puede, sabe y quiere lo que desea; de tal modo que todos los seres, de acuerdo con su perfección, sentirán esa triple condición de poder, saber y querer.

Todo ser puede, sabe y quiere, sin exceptuar la materia inorgánica (esto ya es—como comenta Faguet en su *Iniciación filosófica*—«el mundo como voluntad y como representación», de Scho-

penhauer); mas sólo Dios es el poder absoluto, el saber absoluto y la voluntad absoluta. Por tal motivo, toda cosa creada tiende hacia Dios y quiere volver a El como a su principio, y perfección de cuanto existe: «el universo tiene nostalgia de Dios»...

Habéis oído decir que el pobre quisiera ser rico, el rico quisiera ser noble, el noble quisiera ser rey, el rey quisiera ser artista, el artista quisiera ser Dios.

De la propia suerte podrá decirse: el mineral quisiera ser vegetal, el vegetal quisiera ser animal, el animal quisiera ser hombre, el hombre quisiera ser ángel...

Este «querer ser más» fragua la evolución.

La evolución no es sino la expresión material, visible de un deseo escondido en el universo entero: el deseo de llegar a lo absoluto; «la nostalgia de Dios», de que habla Campanella.

Nadie, si observa un poco la naturaleza, si se observa a sí mismo, puede negar esto.

Alguna vez torcemos el camino y damos en fines secundarios, que nos alejan del principal. Pero, tarde o temprano, rectificamos y volvemos al camino real, de la evolución, del perfeccionamiento constante.

Los extravíos nos han servido para rectificar. La rectificación sustenta más el edificio del porvenir.

... Pero creíamos que en este camino íbamos

solos, porque no sabíamos observar la naturaleza. En realidad todo en rededor nos acompaña: la materia inorgánica, que busca la inteligencia; la inteligencia, que busca a Dios por medio de la razón y del amor consciente.

Maeterlinck (que consagró a la «inteligencia» de las flores uno de sus libros más bellos), en su hermoso trabajo sobre la muerte de un perro, se queja de la soledad del hombre sobre el planeta, en medio de una naturaleza hostil, de fieras innúmeras, de insectos venenosos.

No, no es cierto, no estamos solos.

Nos acompañan los animales superiores, nos acompañan las plantas, nos acompañan los minerales (que merced a experimentos también recientes se muestran susceptibles de excitación, de fatiga; que viven y mueren...); nos acompaña la naturaleza entera, la cual «tiene nostalgia de Dios».

•

En adelante, cuando paseemos por un jardín o por un bosque, pensaremos que todos los árboles y todas las flores son nuestros hermanos, conscientes, aunque mudos.

Que de cada rama y de cada corola brota una oración indefinible hacia Aquel a quien busca el universo entero.

Ya no serán los silfos, los gnomos, las hadas, quienes poblarán nuestra soledad: serán las pro-

pias flores. Los propios árboles anteriores al hombre en el planeta, sabedores de muchos secretos; efímeras las flores, pero de belleza verdaderamente divina; augusta y serenamente viejos, muy viejos, enormemente viejos algunos árboles (como los que en Méjico fueron testigos de los ciclos zapotecos, y después, de la llegada de las siete tribus, y después de la conquista...), símbolos de la aspiración de la tierra obscura hacia el más allá.

La vida milenaria de los bosques no ha sido inútil: a través de los siglos se ha ido afinando su alma pacífica, hospitalaria y cordial...

Quien piense en estas cosas (en que sólo habrán pensado las almas delicadas de algunos grandes poetas), sentirá un intenso consuelo en medio de la poblada soledad de la naturaleza.

El olor de la selva y los perfumes de las flores serán ya para él como signos convenidos de la fraternidad.

Nobis quoque, le dirán la llama alada del colibrí, o el oro pálido y viviente del canario.

Nobis quoque, le dirán con su perfume las flores, con su olor resinoso los árboles...

Nobis quoque: es decir, también nosotros «le» buscamos y vamos a tu lado en la gran peregrinación hacia el Ideal.

OLIMPISMO

Madrid, junio, 1917.

Un distinguido y simpático escritor español mostrábase últimamente decepcionado porque cierto gran poeta extranjero había descendido desde su olimpo ideológico y se había vuelto propagandista de sus compatriotas, poniéndose el membrete de una filia con su reverso de fobia correspondiente.

En cierto modo el distinguido escritor tenía razón. Nos choca, nos hiere, nos impresiona dolorosamente ver a un gran espíritu bregando en estos planos inferiores de la discusión, de la controversia apasionada.

Querríamos contemplarle siempre en la diaman-

tina serenidad de su cumbre, en una actitud goethiana.

Querríamos que estuviese «más allá del bien y del mal».

Esta actitud, a primera vista, tiene por fuerza que enamorarnos a los poetas.

Yo mismo, al principio de la gran pugna, escribía (y Romain Rolland me pidió permiso para traducir estos versos en su revista *Demain* porque le parecieron *au dessus de la mêlée,* en la cima de ecuanimidad suprema en que teóricamente deben estar los hombres de pensamiento y de ensueño):

«Poeta, tú no cantes la guerra; tú no rindas
ese tributo rojo al Moloch; sé inactual;
sé inactual y lejano como un dios de otros tiempos,
como la luz de un astro que a través de los siglos
llega a la humanidad.
Huye de la marea de sangre, hacia otras playas
donde se quiebren límpidas las olas de cristal;
donde el amor fecundo, bajo de los olivos,
hinche con su faena los regazos y colme
las ánforas gemelas y tibias de los pechos
con su néctar vital.

Ya cuando la locura de los hombres se extinga,
ya cuando las coronas se quiebren, al compás
del orfeón coloso que cante marsellesas;
ya, cuando de las minas resurja el Ideal,
poeta, tú de nuevo,
la lira entre tus manos
ágiles y nerviosas y puras, cogerás,

y la nítida estrofa, la estrofa de luz y oro,
de las robustas cuerdas otra vez surgirá:
la estrofa llena de óptimos estímulos, la estrofa
alegre, que murmure: ¡Trabajo, Amor y Paz!»

Pero, meditando más, adentrándonos más en la lógica de las cosas, mirando también al *sentimiento*, que es la zona en que deben moverse las almas selectas, advertimos que el *olimpismo* es un gran pecado en aquellos que por su alteza, por su prestigio, tienen obligación de hablar, de obrar; en aquellos de quienes la patria o la humanidad esperan una *actitud* que acaso sea después derrotero, regla de conducta para los otros.

En todos los conflictos, en todas las luchas, en todas las perplejidades interiores, muchos hombres delicados se preguntan: «¿Qué pensará de esto Fulano?» «¿Qué resolución tomaría en mi caso?» «¿Aplaudiría lo que voy a hacer?»

Gusta a innumerables almas suponer, dado su conocimiento de otras almas elevadas a las que admiran, que en determinado momento contarían con sú alta aprobación.

Se ha dicho que la posteridad no es sino una superposición de minorías.

Para muchos espíritus, la opinión no es más que el parecer de unos cuantos hombres elevados, a quienes estiman. El sentir de los otros no les importa.

Aun cuando la reprobación de las masas caiga sobre sus actos, siéntense confortados si uno o dos amigos excelsos aprueban su conducta.

Ciertamente a ninguno de nosotros le importaría un ardite la unánime condenación social si supiese que Sócrates o Platón aprobaba su proceder.

Para determinados seres que viven en perfecta comunión con su *yo* superior, la límpida voz de éste basta a guiarles, a premiarles, a aplaudir sus esfuerzos, a consolarles de sus derrotas, y el mundo entero con su reprobación intentaría en vano contristarlos.

Esto supuesto, se explica que en las grandes crisis, muchas almas inquietas y delicadas no se satisfagan con los dictámenes del espíritu del rebaño y vuelvan instintivamente los ojos hacia las cimas intelectuales o morales del mundo.

Cuando las huestes de Napoleón III invadían a Méjico y sitiaban algunas de nuestras ciudades, en la cercada Puebla de los Ángeles, un grupo de jóvenes intelectuales volvió los ojos a Víctor Hugo, el gran desterrado, que había dicho:

Si l'on n'est plus que mille, eh bien, j'en suis! Si même
Ils ne sont plus que cen, je brave encor Lylla;
S'il en demeure dix, je serai le dixième
Et s'il ne en reste qu'un, je serai celui-là!

Querían saber aquellos jóvenes si el gran poeta estaba con ellos: pues que estando con ellos Víctor Hugo, ya no les importaba que estuviese contra ellos Napoleón.

Víctor Hugo estaba, en efecto, con ellos, y les escribió una admirable carta, que es histórica, como la otra, no menos admirable, en que pedía a Juárez la vida de Maximiliano.

Según el gran poeta, no era, no podía ser Francia, la Francia flamígera que había pregonado los más altos ideales de la tierra, quien invadía y torturaba a Méjico, pretendiendo enclavar en la vieja tierra de Tenoch un imperio extranjero. Napoleón *el Pequeño* era el solo autor del atentado.

Víctor Hugo, y con él la Francia espiritual, estaban al lado de los defensores de Puebla.

●

El gran poeta jamás vaciló en descender de su olimpo para luchar por los intereses de la humanidad.

¡Qué diríamos de un ser superior que, mientras los hombres perecen, se encerrase en la marfileña cima de su torre a contemplar las estrellas!

Cuanto más grande es un hombre, más cerca está del corazón de los otros.

«La relación de unión que existe entre los miembros de un solo y mismo cuerpo—dice Marco Aurelio—existe también entre los seres razo-

nables, por separados que estén entre sí, porque han sido organizados para cooperar a una misma obra. Tú te penetrarás mejor de este pensamiento si te repites con frecuencia: «Soy un miembro del cuerpo formado por seres razonables». Pero si te dices, simplemente, que formas parte *de la sociedad humana,* es porque no amas de todo corazón a los hombres; es porque todavía no experimentas una verdadera alegría en hacer bien; es porque les haces bien por simple decoro o conveniencia; es porque no tratas a cada uno de ellos como a otro tú mismo.»

Y en otra parte exclama:

«Todas las cosas, entrelazadas unas con las otras, forman un encadenamiento divino; y no hay quizás ninguna que sea independiente de otra. Todas están subordinadas entre sí y su conjunto constituye la hermosura del mundo. Porque no hay más que un solo mundo que está en todas partes, una sola materia elemental, una sola ley que es la razón común de todos los seres inteligentes, y una sola verdad, lo mismo que no hay más que un solo estado de perfección para las criaturas del mismo género y para los seres que participan de la misma razón.»

Ningún dolor le es indiferente, ninguna angustia puede serle extraña al hombre superior.

Su corazón late al compás de todos los corazones.

A mayor alteza, mayor solidaridad, mayor com-

penetración, hasta que llegamos al sabio, al filósofo de que habla Schopenhauer, que, torturado por los dolores ajenos, siente que la compasión lo mata y le parece que lleva encima la angustia del mundo.

Más allá de este sabio, de este filósofo, Cristo Jesús, empapado en sangre, muere de tal manera compenetrado con el dolor universal, que toda angustia es su angustia, y sólo porque es inmenso, su corazón no estalla.

No; el olimpismo, amigos míos, es sólo una forma—y de las más tristes—de la vanidad.

La vida, por lo demás, castiga cruelmente al que pretende vivir aislado de las humanas penas, al que se impermeabiliza de egoísmo.

Al egoísta el mal del mundo va a buscarle a su rincón escondido...

No podemos substraernos a esta comunión de las almas.

Ya los veis a quienes ante la guerra decían:

«¡Qué se me da a mí!», o repetían aquella egoísta frase del París de otros tiempos: *Pourvu que ça ne retarde pas l'heure de ma soupe!*... El desastre financiero ha ido a herirles por do más pecado habían, restándolos ganancias seguras, dividendos firmes, y a veces sumiéndolos en la miseria.

No nos dejemos tentar por el demonio de la *separatividad*.

La pluralidad es acaso la más espesa de las ilusiones de la tierra.

Una misma alma nos anima. Un mismo espíritu *gime en nosotros*. No ensordezcamos a su angustia.

Todo dolor es nuestro dolor, y el hombre que merezca de veras serlo ha de llevar como Atlas el mundo a cuestas.

❀

Pero no se entienda por esto que un imprescindible deber de solidaridad nos obligue a la sociedad de los mediocres y de los tontos.

¡Ah! ¡no por cierto!

Nuestras relaciones con los mediocres y los tontos, cuyo número es infinito, según Salomón, deben reducirse a hacerles el bien y a soportarlos con paciencia... cuando la vida nos obligue a ello.

Al mismo Cristo le fastidiaba e irritaba la tontería de sus discípulos y de los que lo rodeaban, incapaces de comprender el sentido divino de sus palabras, pidiendo a cada paso milagros, intrigando para estar en el reino de los cielos en sillas *más altas* que los otros... Su alma inmensa se complacía por eso en la soledad, y sus cuarenta días de desierto en comunión misteriosa con las entidades invisibles, con el Padre, fueron acaso sus mejores días. La soledad, y la compañía de los niños, de-

bieron complacerle tanto como asqueaba su espíritu la promiscuidad con los necios o la pedantería de los doctores!

No cabe ciertamente despreciar a nadie, porque todo hombre ha de llegar donde han llegado los más altos y en toda alma hay el germen maravilloso de un dios. Pero mientras un ser está en el antipático período de linfa, mientras su inteligencia puede apenas calificarse de ganglionar, mientras atraviesa por los senderos medios, bien está darle la mano para que no caiga, mas una vez que hemos hecho esto caritativamente, dejarlo en paz y seguir nuestro camino.

El aislamiento, que nos substrae a todos los vulgares razonamientos de la vida, es casi una virtud, es la tendencia natural del alma selecta, sobre todo porque en la soledad se dejan oir muchas admirables voces interiores y porque la naturaleza se muestra con aspectos inusitados. Pero tal aislamiento no es el olimpismo; no lleva aparejada la soberbia; no significa desdén; no se adora en el espejo de su propia excelencia; y cuando la sociedad, cuando la especie, requieren palabras cordiales, esfuerzos coordinados, cuando hacen un llamamiento al hombre representativo de cuyas luces y autoridad han menester, éste se apresura a salir de su morada solitaria; abandona su desierto lleno de suaves cuchicheos y de silenciosa compañía invisible, y dice aquello que es fuerza decir, y ayuda amorosamente a la labor común.

Y éste es el reconfortante espectáculo a que la guerra actual nos ha acostumbrado.

Ningún hombre superior de Europa ha negado su concurso a su país, y por eso hemos visto y vemos a un Verhaeren, a un Bergson, a un Boutroux, a un Maeterlinck, viajar en propaganda y conquistar para sus patrias los sufragios de la humanidad.

Viajes apostólicos son éstos, y sólo deben merecer nuestra admiración.

Ciertamente, con un gran suspiro de alivio han de volver el filósofo y el poeta a la íntima paz de su estudio, entre los árboles...

No hay labor más dura que la de salir de sí mismo para hablar a la multitud sonoramente, para decirla esas frases hechas que en determinados momentos son, sin embargo, necesarias...

Pero un alto deber exige tan dolorosa prueba, y quizá la más noble porción de la obra de los grandes espíritus será aquella que, aunque menos alta que las otras, fué, sin embargo, tónico, vino de entusiasmo, espolazo de estímulo para la masa, y fortificó el modesto ideal de los pueblos en los momentos más angustiosos de su historia.

LOS POBRES

AHORA que en Madrid se lucha una vez más por extinguir la Mendicidad (hay que ponerla con mayúscula, porque es muy poderosa), he pensado en un cuento que acaso no desdeñara Oscar Wilde.

Se trata de uno de esos cuentos «evangélicos», cruelmente evangélicos, que a su corazón amargado placían.

Podría empezar este cuento en el valle de Josafat, cuando los millones de los millones de hombres allí agrupados por milagro, viesen, despavoridos, desarrollarse la suprema escena de que habla San Mateo (25, 31 y siguientes):

«Y cuando el hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria.

»Y serán reunidas delante de él todas las gen-

tes; y los apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.

»Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda.

»Entonces el rey dirá a los que estarán a su derecha:—Venid, benditos de mi padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

»Porque tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed y me dísteis de beber, fuí huésped y me recogísteis.

»Desnudo y me cubrísteis; enfermo y me visitásteis; estuve en la cárcel y vinísteis a mí.»

. . . . . .

«Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles.

»Porque tuve hambre y no me dísteis de comer; tuve sed y no me dísteis de beber.

»Fuí huésped y no me recibísteis; enfermo y en la cárcel y no me visitásteis.

»Entonces también ellos le responderán, diciendo:—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, o huésped o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te servimos?

»Entonces les responderá, diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicísteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicísteis.»

Y entonces uno de los réprobos se erguiría, diciendo:—Señor, ¿y quiénes son esos pequeñitos?

Y el divino Jesús tendría que responderle:

—Los pobres.

Y el hombre replicaría:

—¿Y quiénes son los pobres, Señor?

Y Jesús permanecería silencioso... o, según la expresión de Wilde, se produciría el silencio «en la casa del juicio».

❀

¿Quiénes son, en efecto, los pobres, Dios mío?

¿Cómo saber cuáles tienen hambre y sed entre esa corte de los milagros, en que lo mismo llora el industrial de la mendicidad que el verdadero miserable; en que lo propio os cuenta la teatral mujer enlutada, que a lo mejor tiene casa propia, y la mísera viuda que sufre realmente la miseria y el frío?

Sí, incapaz de discernir y distinguir, porque no os es dado ver las almas, repartís vuestros socorros entre unos y otros, os exponéis a engordar holgazanes, a contentar la avaricia de innobles viejos, a fomentar el vil comercio que se hace con los pobres niños semidesnudos.

Si no dais a ninguno, sin duda que entre aquellos a quienes habéis negado la limosna hay muchos que son los verdaderos «hermanos pequeñitos» que tanto amaba el dulce Hijo del hombre.

Si dais vuestro dinero a las sociedades de beneficencia, de antemano sabéis que fracasarán, y

además no por eso os libraréis de la angustia perenne del mendigo callejero.

Si vais a buscar a los pobres en sus propios agujeros, os engañaréis, porque los hay que tienen un escenario adecuado a su industria y que son muy ladinos.

Me cuentan, por ejemplo, de cierto viejo ciego, que tenía una buhardilla sórdida alquilada para recibir las visitas de la gente compasiva, y que habitaba con su hija, pianista de profesión, en el principal de la misma casa con todas las comodidades.

Escribía a las damas caritativas, por medio de esta hija, cartas desgarradoras, y, cuando iban a visitarlo, ya él había tenido cuidado de ponerse la peor ropa, de pintarse ojeras, adoptar como un consumado actor las actitudes más lamentables y ensayar en su voz las inflexiones más desconsoladas.

Tenía, como si dijéramos, en el día sus tres o cuatro horas de «oficina», de «mostrador», y el resto del tiempo gozaba de los productos de su trabajo de actor con la mayor complacencia.

•

Así, pues, merced a hechos como éste y otros muchos, no va quedando, en suma, sino un remedio al que da: y es adaptar a la limosna aquello que reza el apotegma jurídico: «de que vale más absolver a cien culpables que condenar a un ino-

cente», o sea, dar limosna a cien que no la necesiten antes que negarla a uno que la ha menester. ¡Porque cómo vais a consolaros jamás de haber negado el pan a un verdadero hambriento!

La caridad, empero, no debe desalentarse ni por éstas, ni por otras miserias humanas. La caridad debe ser «cándida como la paloma y prudente como la serpiente». A cada astucia nueva debe responder con un nuevo arbitrio inteligente, lúcido, cordial: ella triunfará al fin, porque con ella está Dios.

En Italia, hace muchos años, algunas gentes de buena voluntad, para evitar estos abusos, tuvieron una idea tan sencilla como práctica: las casas de pan. Estas casas de pan, que aún subsisten, como su nombre lo indica, dan el de cada día al hambriento, pero a condición de comerlo allí mismo. Todo el que quiera tiene derecho a comer una ración. Pero no puede llevársela consigo. Una familia entera saciará su hambre en la casa de pan y evitará a la ciudad el espectáculo de su miseria; mas no podrá en modo alguno lucrar con la caridad del prójimo.

La caridad aquí, como veis, se ha vuelto ingeniosa. Claro es que no por esto matará al abuso. El abuso está agazapado en todas partes. Es la sombra de toda ley, de todo acto generoso. Mas los seres verdaderamente buenos no se desalien-

tan al encontrarlo. Antes bien, su presencia les comunica nuevos estímulos para vencerlo, y así responden a cada nueva trampa con una nueva idea sutil.

¡Ah, ciertamente la mejor caridad, la verdadera, la que hará el hombre cuando haya llegado a mayores cimas de cultura, la que empieza apenas a vislumbrar en algunos grandes países, como en los Estados Unidos, es la «caridad del conocimiento»!

Ayudar a otros físicamente, aliviando sus necesidades materiales (dice Vive-Kananda) (1) es, en verdad, grande, pero el auxilio es tanto mayor cuanto más grande es la necesidad y duradera la ayuda. Si las necesidades de un hombre se pueden aliviar por una hora, es ayudarle, en verdad, el remediarlas; si le pueden ser remediadas por un año, la ayuda será mejor; pero si se le eliminaran para siempre, ésta sería, sin duda, la mejor ayuda que podría dársele. El conocimiento espiritual es lo único que puede destruir nuestras miserias para siempre; cualquier otra ayuda sólo satisface las necesidades por cierto tiempo. El conocimiento del espíritu es lo único que aniquila para siempre la posibilidad de la necesidad. Así, pues, el conocimiento espiritual es la más elevada ayuda que

(1) Sociedad Vedanta, Buenos Aires.

puede dársele al hombre. Aquel que da el conocimiento espiritual es el benefactor más grande del género humano, y por eso hallamos que han sido los hombres de más poder quienes han ayudado más a sus semejantes en sus necesidades espirituales; porque la espiritualidad es la verdadera base de todas nuestras actividades en la vida. Un hombre sano y fuerte espiritualmente será fuerte en cualquier otro respecto, si así lo desea. Mientras no haya fortaleza espiritual en el hombre, ni siquiera las necesidades físicas podrán ser bien satisfechas. Después de la ayuda espiritual viene la intelectual; la dádiva de conocimiento es mucho más elevada que la de alimento y vestidos; es aún mayor que la de dar la vida a un hombre, porque la vida real de éste consiste en conocimiento. La ignorancia es muerte; el conocimiento es vida, y la vida es de muy poco valor si está en la obscuridad, revolviéndose en la ignorancia y la miseria. Sigue en orden, naturalmente, la ayuda física. En consecuencia, al considerar la cuestión del auxilio a los demás debemos tratar siempre de no cometer el error de creer que la ayuda física es la única que puede darse: no sólo es la última, sino la menor, en razón de que no puede producir una satisfacción permanente. La necesidad que siento cuando tengo hambre la satisfago comiendo; pero el hambre vuelve. Mi sufrimiento sólo acaba cuando está satisfecho más allá de toda necesidad. Entonces el hambre no me hará desdichado; ningún

sufrimiento ni pena podrán conmoverme. Por lo tanto, aquella ayuda que tienda a hacernos espiritualmente fuertes es la más elevada; luego sigue la ayuda intelectual y después la física».

Los norteamericanos, que regalan bibliotecas a las Universidades; que las dotan de espléndidos observatorios astronómicos; que crean bolsas de viaje; que derraman, en suma, sus millones para producir mayor difusión del conocimiento, están, pues, ya en el segundo escalón de la verdadera caridad: el de la ayuda intelectual.

En la Europa meridional, en cambio, salvo raras excepciones, estamos apenas en el primero... No sabemos casi dar más que limosna, y mal dada, porque se reduce a la perra callejera, que sólo tiende a suprimir, y con cuánta deficiencia y engaño, una necesidad efímera, a veces ficticia.

La caridad más alta, la espiritual, danla los instructores: los grandes poetas que procuran elevar el nivel de las almas; los artistas mágicos que nos acercan por medio de visiones nobilísimas a la fuente de la belleza eterna; los maestros que pasan por la vida difundiendo el secreto de la iluminación y de la paz...

El poeta es el caritativo por excelencia. Cuando os da en un bello verso, la fórmula de un estado

de conciencia que vosotros no habríais acertado a traducir, os hace un inmenso bien. Si se trata de un estado de conciencia doloroso, sentís al verlo definido, descubierto, fijado en el cristal purísimo de un verso, algo análogo a lo que experimenta el enfermo a quien durante años ha atormentado un mal que no tenía nombre. Después de consultar eminencias médicas, desesperanzado del eterno error de los sabios, se ha ido con su cruz a cuestas.

Pero un día la casualidad le pone frente a un doctor de verdadero ojo clínico, y ese doctor le dice en seguida: «Usted tiene esto o aquello».

El siente como una llamarada interior que confirma el diagnóstico. Es verdad, él tiene eso y no lo sabía.

Una inmensa sensación de alivio lo invade. El diagnóstico no lo curará de fijo; «pero ya sabe lo que tiene», ya puede dar nombre a su mal.

El poeta es como ese médico lúcido: sabe fijar en una armoniosa fórmula definitiva nuestros problemas incompletos, y al leerlo os sentís confortados.

Pero hace más: no sólo os define vuestro mal, sino que lo cura. Hay versos eternos que han aliviado a la humanidad y de los cuales todavía la humanidad vive.

El sabio, en el sentido augusto que en la antigüedad se daba a esta palabra, es también un gran caritativo.

De Rancé, reformador de la Trapa, se refiere que tenía un ascendiente misterioso sobre sus frailes. Una palabra suya, a veces una mirada, producía en los más atormentados espíritus la paz.

Torturados por la tentación, iban a buscarle a su fría y desnuda celda muchos pobres trapenses, y en cuanto él les hablaba y los miraba con amor, el mar de su espíritu se sosegaba y la noche tempestuosa volvíase un plenilunio manso y apacible...

He aquí, por tanto, otra inmensa caridad...

❀

¿Pues y la caridad de los inventores, de los que nos han dado tantos maravillosos agentes nuevos, de los que han esclavizado tantas fuerzas para que nos sirvan, para que nos rediman?

Todos estos benefactores superan en muchos codos a los que simplemente dan su limosna.

El espíritu humano es el pobre más pobre del universo: está solo, tiene frío y siente pavor ante el enigma.

Los verdaderos grandes hombres son los que saben darle la inapreciable caridad de la paz, los que saben estimularle para continuar la peregrinación...

❀

Pero—exclamáis—a los «hermanos pequeñitos» de que habla el evangelio, antes de poder darles

la sublime caridad espiritual hay que proporcionarles el pan. ¿Vais por ventura a dejarlos sin pan? Y si queréis socorrerles, ¿cómo evitar que el falso pobre defraude al verdadero?

Ya os he dicho que la caridad tiene supremas lucideces y acaba siempre por triunfar. La caridad es Dios... o, si os place mejor, Dios es caridad: *Deus charitas est*.

El hombre caritativo busca sin descanso, ágil, alegre, discreta y diligentemente al necesitado. Un instinto seguro acaba por guiarle; una mano invisible lo conduce. Su mirada adquiere claridades penetrantes: emana de él un enigmático poder que confunde a la mentira...

Y cuando su esfuerzo, infinitamente humano, resulta eficaz, una alegría interior, incomparable, divina, es el signo misterioso de su acierto.

UNA OBRA DEFINITIVA

El ansia entrañable de todo artista, de todo escritor, filósofo, sabio experimental, literato, es realizar una obra definitiva.

Para lograrlo, pone en tensión su voluntad; no escatima vigilias; no ahorra faena.

Muchas veces se ha triunfado ya. El mundo repite el nombre del elegido. El oro llena las arcas del hombre ilustre. Pero el hombre ilustre no está satisfecho. Sabe, dentro de la limpidez de su conciencia, que no ha realizado su obra definitiva. Que el éxito no es el signo del acierto; que, por el contrario, hay triunfos que dan tristeza porque no armonizan con el aplauso interno. Que aun sabiendo en su vasta labor cosas estimables, el diamante que él ha soñado, el diamante que hubiera querido mostrar al mundo, yace escondido en

quién sabe qué arcanas vetas del subconsciente; sus fulgores potenciales duermen en la piedra bruta... Y la vida se va, y el fin se acerca, y acaso la piedra preciosa ya no será encontrada... ¡Quién puede aquilatar las angustias de un alma sincera de artista, de sabio, que piensa en estas cosas!

¡La obra definitiva! Ella es la flor por excelencia de una vida. En lo físico, muchas generaciones han venido preparándola, con una afinación cada vez mayor de los sentidos, del sistema nervioso. En lo espiritual... ¡quién sabe lo que el alma ha peregrinado; los viajes que ha hecho para ser lo que es hoy...!

Esa flor, en cada uno de nosotros, siglos enteros la han deseado... ¡Y he aquí que una vez más nos vamos sin verla abrirse!

¡Ah, cómo envidiamos a las grandes cimas de la humanidad!

Homero (supongamos que fué sólo un poeta, dada la maravillosa unidad que se encuentra en la mayor parte de los cantos de la *Ilíada)* llegó, labró su poema inmortal; envejeció en el intento. Ya viejo, contó su cuento delicioso de la *Odisea*, y se fué, con sus ojos sin luz y su alma llena de resplandores, dejando a la humanidad el regalo de su *Ilíada*.

Esquilo, Sófocles y Eurípides: el primero de los cuales «pintaba a los hombres más grandes de lo que son, el segundo como deberían ser y el tercero como son», dejaron ramilletes tales de maravi-

llas, que, tomada al azar cualquiera de ellas: *Prometeo encadenado* (una de las siete que quedan del primero), *Edipo rey* (una de las siete también que nos restan del segundo), o *Alcestes* (una de las diez y ocho que nos quedan del tercero) resulta una obra definitiva.

Herodoto, después de sus numerosos viajes por Oriente, por Grecia, por Italia, compuso su *Inmensa historia*, llena de sencillez y de majestad, y, octogenario, fuése a las praderas elíseas, contento de su obra definitiva, cuyos materiales labró durante más de cuarenta años.

Platón, «el más grande de todos los hombres que han hablado de Dios antes de la era cristiana», según la célebre frase de Gratry, hizo una obra de tal manera definitiva (diremos maravillosa), que fué llamado El Divino.

Cicerón, que empezó por ser llamado rey de la elocuencia jurídica, «para la posteridad dejó de ser el nombre de un hombre para ser el «nombre de la elocuencia».

Virgilio, cuya perfección «siempre igual, siempre sostenida», es acaso ejemplo único en la historia de la poesía, dejó sus cuatro obras definitivas: las *Églogas,* las *Bucólicas,* las *Geórgicas*, la suprema *Eneida*, y se marchó sereno a la inmortalidad.

Lucrecio niega magníficamente todo: es el polo de la sombra, es genialmente negro. Pero deja su definitivo poema «de la naturaleza de las cosas»

como claroobscuro para el móvil pasaje del mundo, y desaparece.

Dante atraviesa los nuevos círculos concéntricos en que el alma debía abandonar toda esperanza; se remonta a los siete círculos de la *Expiación;* asciende, al fin, a los siete planetas paradisíacos, y deja a la atónita Edad Media que fenece, a la humanidad armoniosa que vendrá después, cuando el Renacimiento, el pasmo de su comedia divina.

Shakespeare escarba en el corazón del misterio; sacude aún nuestro pensamiento. Sus obras todas son definitivas, aun sin ser originales: tal alteza puso en ellas.

Cervantes escribe la mejor novela del mundo, la novela por excelencia, la epopeya del Ideal siempre derrotado y siempre vencedor, «que la épica también puede escribirse en prosa como en verso» (*Quijote*, fin del capítulo 48, primera parte), y se va, pobre, angustiado, pero definitivamente inmortal.

Víctor Hugo llega al último, y se aleja soberbio, único, sin herederos en el mundo...

Y el artista, el sabio, el literato, el poeta, sienten al contemplar estas cimas el ansia entrañable de la obra definitiva; comprenden que no hay reposo para el alma que no ha labrado su piedra preciosa, y se desalientan pensando que hoy es

casi imposible extraer esta gema de los ignorados abismos del Yo, y presentarla, pulida ya, temblorosa en su desnudez diáfana y centelleante, a los ojos de esta humanidad atareada, turbulenta, nerviosa, que siente el vértigo de los sucesos, el cataclismo de las metamorfosis, la agonía de todos los derrumbamientos.

¡La obra definitiva! Ya se contentaría el hombre de arte y de pensamiento con decir algo nuevo... ¡algo nuevo! Cierto que la mejor manera de salir del paso es volver a decir lo olvidado, ya que, según aquella frase peregrina, «no hay nada tan inédito como lo impreso»...

Muchos han logrado esta novedad del hurgar y escarbar, y yo me he preguntado hartas veces si no diría cosas estupendas aquel que tuviese, por ejemplo, el valor y la paciencia de leerse la *Patrología:* los 500 tomos, poco más o menos, en que se contienen tantas maravillas...

Os aseguro que muchas cosas de Crisóstomo, de Tertuliano, de Orígenes, resultarían, bien traducidas y entreveradas en páginas actuales, de una novedad deslumbradora...

Mas la conciencia de un artista, con estas y otras artimañas de erudición, ¿quedaría satisfecha?

Y, sin embargo, es fuerza decir nuestra palabra, cincelar nuestro joyel, añadir nuestra nota al concierto eterno, mejorar el mundo, aunque sea

en un átomo, para no dejarlo como lo recibimos, porque es a saber que cada uno de nosotros recibe su herencia del mundo... ¡y ha de pedírsenos cuenta de lo que hemos hecho de él!

Y como cada alma tiene una sed de perfección infinitamente superior a sus fuerzas, es quizá inenarrable el tormento de muchas almas mediocres que quieren intensamente, quieren a todas horas, en todos los momentos, y no pueden, y ven las maravillas que han labrado las otras, que labran quizá al lado suyo, y no están ellas en aptitud de crear, y se rebelan contra la imitación, y rechazan el sello de los temperamentos ajenos, la imperiosa huella de poderosos ingenios extraños.

Son estos seres así la inmensa mayoría (porque, ¡cuán pocos se levantan sobre el nivel de la inteligencia media!) Y quizá allá en lo íntimo de su yo protestan contra la injusticia de su destino.

Sin embargo, esta injusticia, según mi leal saber y entender, no existe.

Todo hombre, oidlo bien, ¡oh almas descontentas!, es un aprendiz de Dios. El mejor síntoma de que empieza a ser divino es justamente este deseo de perfección.

El humilde encuadernador de libros que se dice: «Yo quisiera encuadernar, como nadie lo ha hecho, los tomos que se me confían», es un ser misterioso, excelso, angélico ya...

El albañil que piensa: «Querría colocar los ladrillos más sólida y a la vez más ligera y armóni-

camente que ningún albañil», es ya un celeste arquitecto del devenir misterioso...

Lo terrible, lo descorazonador, lo angustiosamente triste, es el desgano de ser mejor. Ese es el pecado contra el Espíritu Santo.

Caer mil veces diarias y levantarse mil veces y seguir andando, es cosa tan bella que regocija al universo.

Insistir diariamente en el afán de mejorar la más humilde de las obras, es ya toda una obra capital.

Los seres que han llegado, ante nuestros ojos, a consumar esas cosas definitivas que envidiamos, no penséis, aunque lo parezca, que las han hecho «en la actualidad». Han venido haciéndolas hace cientos, miles de años, al igual de la naturaleza, que, pacientemente, en los saurios prehistóricos, trazaba ya los primeros ensayos de la divina curva del cisne de Leda...

Si veis un hombre genial que se enorgullece de su ingenio, apostad sin temor a que «no sabe» de dónde viene. Habría que interrogar al ser enigmático que se esconde en las profundidades de su inconsciencia, y él, si pudiese responder, diríanos las veces que asistió a la escuela del planeta: innumerables y tediosas veces, que al fin lograron en una concreción lenta de esfuerzos la maravilla de lo que ahora os pasma.

La divina justicia no ha hecho seres superiores y seres inferiores. La oruga será un día ave del

paraíso, y cada cosa llegará a la excelencia de lo suyo, siguiendo el bello consejo del poeta mejicano a las «cosas sin alma»:

> De la materia resistente y bella,
> tomad lo que más dura y más encanta:
> si sois piedra, sed mármol; si sois planta,
> sed laurel; si sois llama, sed estrella.

Quizá la suprema filosofía para los que sienten ansias entrañables de labrar la obra definitiva debiera consistir en perfeccionar la labor humilde o excelente que traen entre manos, sin contristarse jamás por las rebeldías de la arcilla en que se trabaja.

Cada hombre habría de intentar ser en su oficio, arte, ciencia, y dentro de los límites que lo condicionan, lo que los yanquis llaman tan acertadamente «the rigt man in the right place».

Debiera cada hombre seguir igualmente el sapientísimo precepto latino: «age quod agis», y hacer, sobre todo, «con amor» eso que estuviese haciendo.

Los artistas del Renacimiento decían: «Lo que seas, sélo con toda tu alma.»

Seamos con toda nuestra alma albañiles, dependientes de un colmado, agentes de máquinas de Singer, talabarteros... o filósofos, o pintores, o poetas..., recordando que el mérito no está

nunca «en el estado, sino en la perfección del estado».

Se cuenta que en una manga perdida de un traje de Isabel la Católica se encontró, después de muerta la reina, un pedazo de papel en que se leía: «A fulano (un pobre hombre de Granada), para pregonero, porque tiene muy buena voz.»

Los comentaristas afirman que en este pedazo de papel está el secreto de la grandeza de aquel reinado, en el cual se nombraba pregoneros a los que tenían buena voz; organistas de catedrales, a los que sabían tocar el órgano; embajadores, a los hombres listos, instruídos, honestos, «que tenían don de gentes», etc.

La receta es muy sencilla; mas parece que ahora casi en ningún país se aplica. En todos acontece lo que en el cuento del violín que tan denodadamente cuenta Victoriano Salado Alvarez, y en el que se trata de cierto muchacho que fué recomendado a un canónigo de la catedral de Guadalajara (en Méjico) para violinista del coro. El recomendante decía al canónigo:

—Es un chico excelente: mantiene a su pobre madre, viuda, y a tres hermanitos...

—Pero—insinuaba el canónigo—¿toca el violín?

—Muy aseado; va siempre limpio como la plata...

—...Pero ¿toca el violín?

—Muy devoto. ¡Confiesa y comulga cada mes!

—Muy bien; pero ¿toca el violín?

Como tocar el violín, no lo tocaba; era lo único que le hacía falta a aquel prodigio: tocar el violín.

Dícese que esto es general en todo el mundo. En innumerables países las gentes que no tocan el violín, por recomendaciones y otros medios son colocadas en las orquestas; naturalmente, desafinan... Entonces suele venir una revolución. Se ha dicho que una revolución no es más que un «cambio de personal». Todo el personal de la orquesta cambia, pues; otro la dirige... ¡Pero los violinistas nuevos tampoco saben tocar el violín!...

¿Cuál es el secreto del éxito social y político de algunos países?

Pues sencillamente que en su gran orquesta los violinistas saben tocar el violín.

Sepamos nosotros hacer lo que hacemos por humilde que ello sea. Pongamos todo nuestro instinto de perfección en la tarea que nos ha sido encomendada.

Seamos perfectos «como nuestro Padre Celestial es perfecto», sin dejar de ser lo que somos.

Un herrador que llegue al sumo de la habilidad en eso de forjar y poner herraduras a las caballerías, podrá decir en santa confianza cristiana al sublime «arquetipo»:

—Padre mío, he seguido el consejo de tu Jesús, y como herrador entiendo que soy tan perfecto como tú eres perfecto en cuanto Dios, o por lo menos con la perfección que tolera mi humana naturaleza.

A cada uno se nos pide en el Evangelio que negociemos con nuestro o nuestros «talentos».

¡Ay de aquel que encierra su talento y lo devuelve al amo que pide cuentas, tal como lo recibió, sin haber lucrado nada con él!

Pero además de la perfección en el oficio, en el arte que se ejerce, en la ciencia que constituye nuestra especialidad, hay algo «verdaderamente definitivo», lo «definitivo por excelencia».

¿Sabéis qué es ello?

El mejoramiento moral.

Feliz el hombre que durante su breve tránsito por la existencia se ha mejorado cuanto ha podido conforme a su ideal interior, de acuerdo con la medida íntima que todos llevamos.

¡Qué importa que ese hombre ni haya escrito libros, ni haya pintado cuadros, ni labrado estatuas, ni creado instituciones sociales de relieve, si cada día que pasó en la vida procuró ser más bueno que la víspera!

Muchas cimas de la especie, que veneramos, no escribieron libros; pasaron simplemente haciendo el bien. Algunos eran sencillos, acaso ignorantes, y, sin embargo, redimieron razas y renovaron todas las cosas.

Su obra definitiva fué la de su caridad, derramándose como agua clara por la tierra sedienta.

Llevaron el mundo a cuestas porque ninguna pena del mundo les fué extraña.

Ni una hierbezuela era hollada en el camino sin que su quebrantamiento retemblase en su corazón.

Los nombres de esas cimas, de esas almas, son todavía, como en la frase de San Antonio: «Miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón».

«Esos» seres eran carne y sangre, dolor y miseria como nosotros, pero querían con una conmovedora voluntad ser mejores; tuvieron hambre de excelencia, y cuando la lograron, su solo anhelo fué derramarla sobre el mundo.

¡Divinos manirrotos de sus riquezas espirituales, conquistadas quizás en miles de años, se dieron prisa a darlas a cuantos indigentes encontraban a su paso!

Uno de ellos, el más grande de todos, el que llegó, ya en vida, a la identidad con el Ideal Supremo, era carpintero, y os aseguro que antes de predicar su doctrina sublime, fabricaba las mejores sillas y las mejores mesas de Nazaret!...

INDICE

	Páginas.
Pax	9
Ante la catástrofe	13
Divagaciones	23
El cristianismo y la guerra	30
La vida y la literatura de mañana	36
Revisión de valores	42
Los reyes	49
El oro	58
Leviatán	67
Nuestro desamparo	74
El vaticinio	91

Páginas

La «impasibilidad» de la Naturaleza..... 103
Todo vuelve a servir..... 114
Recogimiento..... 124

OTROS ENSAYOS

Si se apagara el sol..... 137
Longevidad..... 146
La paz que baja de las estrellas..... 156
Fátum..... 165
La incógnita roja..... 179
El alma de las plantas..... 192
Olimpismo..... 203
Los pobres..... 213
Una obra definitiva..... 224

BIBLIOTECA NUEVA

LISTA, 66, MADRID

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN VALERA

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

NOVELAS

	Ptas.
I.—Juanita la Larga . . .	5,00
II.—Doña Luz	5,00
III.—Pepita Jiménez . . .	5,00
IV.—El Comendador Mendoza.	5,00
V.—Pasarse de listo. . .	5,00
VI.—Genio y figura . . .	5,00
VII.—Morsamor	5,00
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino . .	10,00
X.—Dafnis y Cloe	5,00

OTRAS OBRAS

	Ptas.
XI.—Cuentos escogidos.	5,00
XII.—Poesías escogidas.	5,00
XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos	5,00

OBRAS COMPLETAS DE GABRIEL MIRÓ

	Ptas.
Las cerezas del cementerio (novela)	5,00
La novela de mi amigo (novela)	5,00
El Obispo leproso (novela).	5,00
El libro de Sigüenza (novela)	5,00
Del vivir (novela).	5,00
Figuras de la Pasión del Señor	7,00
Años y leguas (novela). .	5,00

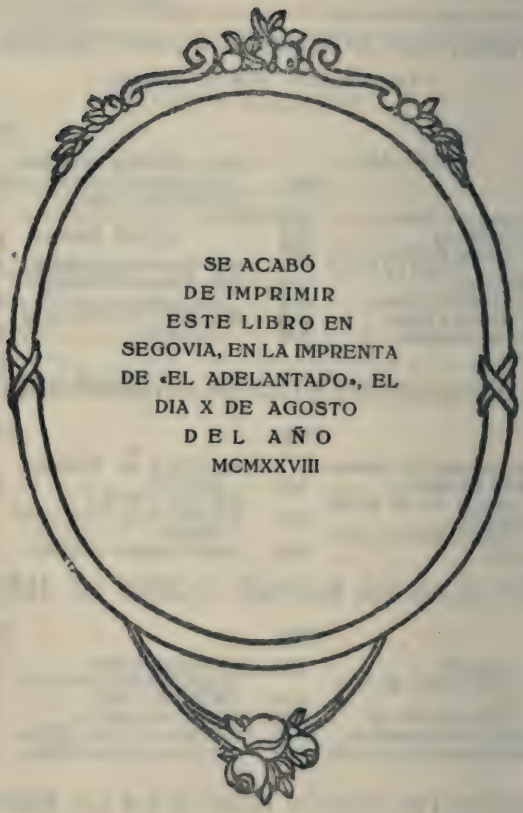
NOVELAS DE RAFAEL LOPEZ DE HARO

	Ptas.
¿Y después?.	5,00
Ante el Cristo de Limpias	5,00
¡Pero el amor se va! . . .	5,00
Fuego en las entrañas . .	5,00
Entre todas las mujeres.	5,00
La Venus miente.	5,00
Las sensaciones de Julia.	5,00
Un hombre solo	5,00
Todos los amores	5,00
Los nietos de los celtas.	5,00
Ser o no ser (comedias) .	5,00

OBRAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

	Ptas.
La viuda blanca y negra (novela)	4,00
El secreto del Acueducto (novela)	4,00
La Quinta de Palmyra . . (novela)	4,00
La mujer de ámbar (novela).	4,00

239



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
SEGOVIA, EN LA IMPRENTA
DE «EL ADELANTADO», EL
DIA X DE AGOSTO
DEL AÑO
MCMXXVIII

2 U D

D

BINDING LIST JAN 1 1939

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 7297 N5A1325 1920 v.24
Nervo, Amado
Obras completas de Amado Nervo